

79 MAR/ABR 2013

NEW LEFT REVIEW

Mike Davis *Los batallones de Obama*

Christopher Johnson *Lévi-Strauss y la historia*

Jiwei Xiao *Antonioni en China*

Robin Blackburn *Finanzas para anarquistas*

Kevin Gray *Corea del Sur y la hija del dictador*

Bolívar Echeverría *Homo legens*

Adam Tooze *Imperios en guerra*

Gregor McLennan *Del marxismo al posmarxismo*

Claude Lévi-Strauss

La puesta de sol

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde una Universidad pública, la Universidad de Posgrado del Estado del Ecuador. Esta iniciativa pretende contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación pretende ofrecer a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierta en acción revolucionaria.



Universidad
de Posgrado
del Estado

traficantes de sueños

Edición en castellano:	Universidad de Posgrado del Estado- IAEN, Ecuador
Editor de la edición en castellano	Carlos Prieto del Campo
Diseño editorial y coordinación editorial	David Gámez Hernández Iñaki Vázquez Álvarez
Edición conceptual	Natacha Reyes Salazar Francisco Sanz Esteban
Traducción	Jose María Amoroto, Juanmari Madariaga, Cristina Piña Aldao
Corrección ortotipográfica	Isabel López Arango
Editor	Susan Watkins
Deputy Editor	Tony Wood
Editorial Committee	Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Susan Watkins, Tony Wood, JoAnn Wypijewski
Associate Editor	Francis Mulhern
Assistant Editor	Daniel Finn
Publishing Director	Kheya Bag
Subscriptions	Johanna Zhang
Online Publisher	Rob Lucas

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Universidad de Posgrado del Estado (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

Edita: Universidad de Posgrado del Estado, Ecuador
Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.
Tel: (593)023829900
www.iaen.edu.ec
editorial@iaen.edu.ec

Produce: Editorial Traficantes de Sueños
Calle Junta del Comerç, 18, bajos, 08001, Barcelona
Calle Embajadores 35, 28012, Madrid
Tel: 911857773
www.traficantes.net/nlr
nlr@traficantes.net
nlr_suscripciones@traficantes.net

ISSN: 1575-9776-79

Impresión: Imprenta Editogran S.A.

NEW LEFT REVIEW 79

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO ABRIL 2013

ARTÍCULOS

- MIKE DAVIS ¿Las últimas elecciones blancas? 7
CHRISTOPHER JOHNSON Todo consumido 61

ENTREVISTA

- CLAUDE LÉVI-STRAUSS La puesta de sol 77

ARTÍCULOS

- KEVIN GRAY Las culturas políticas de
Corea del Sur 91
JIWEI XIAO La mirada de un viajero 111
BOLÍVAR ECHEVERRÍA *Homo Legens* 131

CRÍTICA

- ADAM TOOZE Imperios en guerra 143
ROBIN BLACKBURN Finanzas para anarquistas 155
GREGOR MCLENNAN Una cartografía de la
teoría radical 166

CONTENIDOS

MIKE DAVIS: ¿Las últimas elecciones blancas?

Imagen panorámica del paisaje político estadounidense revelado por las elecciones de noviembre de 2012, con los volátiles elementos de edad, sexo, etnia y geografía que determinaron la victoria de Obama. En un campo de fuerza ideológico cada vez más polarizado, ¿cómo serán los próximos enfrentamientos entre un presidente y un Senado demócratas y una Cámara de Representantes republicana, sumida a su vez en la confusión?

CHRISTOPHER JOHNSON: Todo consumido

Christopher Johnson detecta los patrones de una filosofía de la historia oculta, hilados a través de las obras más famosas de Claude Lévi-Strauss. ¿Podría este aparente pesimismo –una secuencia de giros descendentes desde el Neolítico hasta la actualidad– albergar la posibilidad de resultados alternativos, de destinos virtuales?

CLAUDE LÉVI-STRAUSS: La puesta de sol

En una de las últimas entrevistas concedidas antes de su muerte, en 2009, el autor de *Tristes Tropiques* analiza sus ambiciones literarias iniciales, la relación entre el trabajo de campo y la teoría, y el futuro de la antropología en cuanto disciplina.

KEVIN GRAY: Las culturas políticas de Corea del Sur

La victoria de Park Geun-hye, hija del dictador, en las elecciones presidenciales, como apuesta por una renovada hegemonía conservadora en la República de Corea. Los orígenes de la elite en la colaboración colonial y la modernización anticomunista, y sus intentos de rehegemonizar la trayectoria histórica del país.

XIAO JIWEI: La mirada de un viajero

Objeto de una feroz controversia cuando se proyectó por primera vez, el documental de Antonioni Chung Kuo –filmado en la República Popular China durante la Revolución Cultural– ha sido desde entonces omitido de su obra. El director de *L'avventura* fracasó en su papel de Marco Polo, cuya mirada paciente y humanizadora nos legó una crónica del pasado de China recientemente redescubierta.

BOLÍVAR ECHEVERRÍA: *Homo Legens*

¿Es el lector de libros una especie en vías de extinción? Bolívar Echeverría traza la aparición del sujeto lector individual en la vorágine de la modernidad capitalista, relacionando el destino de ambos para pronunciarse en contra de la desaparición inminente del *Homo legens*.

CRÍTICA

ADAM TOOZE reseña el libro de Michael Mann, *The Sources of Social Power, volume III: Global Empires and Revolution, 1890-1945*. Las crisis mundiales de comienzos del siglo xx vistas a través de la lente de la sociología histórica.

ROBIN BLACKBURN reseña el libro de David Graeber, *Debt: The First 5.000 Years*. Investigación antropológica acerca de las formas fluctuantes del dinero y el crédito en la longue durée.

GREGOR MCLENNAN reseña el libro de Görgan Therborn, *From Marxism to Post-Marxism?* Un balance de los legados de la teoría social radical, y sus perspectivas en el nuevo siglo.

AUTORES

BOLÍVAR ECHEVERRÍA: *autor de Vuelta de siglo (2006) y La modernidad de lo barroco (1998); véase NLR 70.*

KEVIN GRAY: *enseña relaciones internacionales en Sussex; autor de Korean Workers and Neoliberal Globalization (2007).*

CHRISTOPHER JOHNSON: *da clases de historia intelectual francesa en la Universidad de Nottingham; autor de Claude Lévi-Strauss: The Formative Years (2003).*

GREGOR MCLENNAN: *enseña teoría social en la Universidad de Bristol; autor de Story of Sociology (2011); véanse también NLR 52, 60, 64.*

ADAM TOOZE: *enseña en Yale; autor de The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy (2006).*

JIWEI XIAO: *enseña lengua y literatura chinas en la Universidad de Fairfield.*

MIKE DAVIS

¿LAS ÚLTIMAS ELECCIONES

BLANCAS?

EL PASADO SEPTIEMBRE, mientras Bill Clinton deleitaba a la Convención Demócrata de 2012 en Charlotte con su campechana burla a Mitt Romney por querer «doblar la apuesta en la economía de goteo», un fanático partidario de Ludwig von Mises, cubierto con un infame sombrero negro de vaquero y acompañado por un guardaespaldas armado hasta los dientes, capturaba la sede nacional del Tea Party en Washington DC. El doble de Jack Palance bajo el Stetson era Dick Arme y. Siendo líder de la mayoría en el Congreso en 1997 había participado en una trama ruin, instigada por el responsable de la disciplina del grupo republicano, Tom DeLay, y un desconocido congresista de Ohio llamado John Boehner, para derrocar al portavoz de la Cámara, Newt Gingrich. Ahora Arme y intentaba hacerse con el control total de FreedomWorks, la organización principalmente responsable de reformular la ira de las bases republicanas en forma de «rebelión del Tea Party», así como de formar y coordinar a sus activistas¹. Los Tea Party Patriots –una red nacional con varios cientos de afiliados– es uno de sus vástagos directos. Como presidente de FreedomWorks, Arme y simbolizaba una continuidad ideológica entre las grandes victorias de 1994 y 2010 en el Congreso, el antiguo «Contrato con América» y el

¹ FreedomWorks y FreedomWorks Foundation –una dualidad fiscal– surgió de una escisión de *Citizens for a Sound Economy*, supuestamente porque Arme y se negó a aceptar las órdenes de Charles y David Koch, los hermanos multimillonarios que la fundaron. (Véase «Funny Kochs News», LewRockwell.com, 16 de abril de 2010). *Americans for Prosperity*, cuyo consejo está presidido por David Koch, sigue siendo filial de la familia, pero también se dedica en gran medida a proporcionar falsas bases sociales al Tea Party.

nuevo «Contrato desde América». Nadie tenía mejores credenciales para infligir un daño mortal al mito de la solidaridad conservadora.

Los terribles detalles del golpe no se filtraron a la prensa hasta finales de diciembre. De acuerdo con *The Washington Post*, «el ayudante armado escoltó a los dos principales empleados de FreedomWorks y los expulsó de la propiedad, mientras Arme y suspendía a otros varios que estallaron en sollozos ante la noticia»². El objetivo principal era Matt Kibbe, presidente de la organización y coautor, con Arme y, de *Give Us Liberty: A Tea Party Manifesto*, un éxito de ventas. Aunque Kibbe, originalmente protegido de Lee Atwater, es igualmente devoto de Mises (de hecho, «miembro de honor» de la Escuela Austriaca de Economía en Viena), es una generación más joven que Arme y, de 72 años, o de hecho que la mayor parte de la base del Tea Party. En la página de Internet de FreedomWorks, Kibbe dice de sí mismo que vive «con Terry, su sublimemente extraordinaria esposa desde hace 25 años» y que dedica su tiempo libre a «leer a Hayek o a Rand, ver *El gran Lebowski* o escuchar un concierto genial de los Grateful Dead». Pero como el propio Arme y había dicho, «unas veces eres el parabrasis y otras, el bicho»³.

Aunque tenía el respaldo de poderosos partidarios, como el asesor de la Casa Blanca C. Boyden Gray, la ilusoria dictadura de Arme y sobre la central del Tea Party duró menos de una semana. En conferencias telefónicas con el personal y partidarios, denunció a Kibbe por usar la organización para darse publicidad a sí mismo y para beneficio personal (en especial en la publicación de su nuevo libro, *Hostile Takeover: Resisting Centralized Government's Stranglehold on America* al mismo tiempo que lo mantenía a él —presidente e icono histórico— fuera de los focos mediáticos. Arme y criticaba también la comisión anual de 1 millón de dólares que FreedomWorks paga a Glenn Beck en concepto de publicidad y recaudación de fondos (supuestamente Rush Limbaugh tiene un contrato similar)⁴. Asimismo, Arme y acusó al equipo de Kibbe de no haber apoyado la fallida campaña para el Senado de Todd Akin, el ignorante de Missouri cuyos comentarios sobre la «violación legítima»

² Amy Gardner, «FreedomWorks Tea Party Group Nearly Falls Apart in Fight between Old and New Guard», *Washington Post*, 25 de diciembre de 2012.

³ Citado en Sandy Hume, «Arme y of One», *Texas Monthly*, septiembre de 1997.

⁴ Todd Gillman, «Dick Arme y cites ethical lapses at FreedomWorks», *Dallas News*, 5 de diciembre de 2012; Joe Strupp, «Dick Arme y Dishes on FreedomWorks' Deals with Beck and Limbaugh», blog *Media Matters for America*, 4 de enero de 2013.

llevaron a Romney y a otros airados líderes del partido a exigir que retirase su candidatura. De acuerdo con un miembro del personal entrevistado por *The Washington Post*: «Estaba claro que, bajo el liderazgo de Arme y, la organización que nosotros conocíamos acabaría enterrada»⁵.

Al final, uno de los principales donantes de FreedomWorks, Richard J. Stephenson, admirador de Ayn Rand que dirige una cadena controvertida pero muy rentable de centros oncológicos privados, ofreció a Arme y 8 millones de dólares a plazos para que se volviese a su rancho de Texas. Kibbe ha retomado el control en el 400 de North Capitol Street NW, pero los partidarios de Arme y siguen difundiendo rumores acerca de actos ilegales cometidos por su personal. Los blogs del Tea Party, a su vez, han acusado a Arme y primero de extorsión, y de traición después, por haber contado su versión de la historia a David Corn, de la revista *Mother Jones*. En otras circunstancias, este duelo entre sombreros negros y *deadheads* [fanos del grupo musical Grateful Dead] de derechas habría sido una «tempestad en un vaso de agua», similar a la episódica expulsión de un famoso televangelista o de un congresista adúltero. Pero Kibbe, operador frío en un medio histriónico, insistió en que Arme y y sus partidarios estaban camuflando torpemente cuestiones pendientes más importantes. En un documento interno, afirmó que el intento de derrocamiento era solo una represalia de la vieja guardia porque FreedomWorks había patrocinado en las primarias a activistas del Tea Party contra «republicanos del *establishment*» (una expresión que en los círculos del Tea Party/Sarah Palin puede abarcar tanto a Rick Perry y Lindsey Graham como a John McCain, Haley Barbour y John Boehner)⁶. Como ejemplo, Kibbe citó las controvertidas primarias de Arizona de la primavera anterior en las que los cambios de límites en los distritos electorales habían enfrentado entre sí a dos congresistas republicanos en el poder: Ben Quayle, hijo del vicepresidente de Bush padre, y David Schweikert, prodigio del ultraconservadurismo de Arizona. Mientras

⁵ A. Gardner, «Freedom Works Tea Party Nearly Falls Apart», cit.

⁶ Una de las batallas que provocó más amargura fue la de las primarias de Texas al Senado, que enfrentó a Ted Cruz, notorio por afirmar que George Soros es la cabeza de una conspiración ecologista mundial para abolir los campos de golf, contra el gobernador adjunto de Rick Perry, David Dewhurst. Toda la galaxia de famosos del Tea Party—incluidos Sarah Palin, Jim DeMint, Rand Paul, Glenn Beck e (irónicamente) Arme y—voló a Houston para dar a Cruz el apoyo crucial que le permitió ganar las primarias y el escaño. («Tea Party Cavalry Rides into Texas to Support Cruz», *Fox News*, 25 de julio de 2012).

que Boyden Gray y otros agentes ricos hicieron donaciones a Quayle, Kibbe trataba a Schweikert como un gran personaje, por enfrentarse a Boehner y otros grandes del partido⁷.

Era inevitable que la derrota de noviembre de 2012 reabriese todas las heridas y rivalidades entre republicanos destacados, deshaciendo el duro trabajo hecho por Karl Rove y sus multimillonarios amigos para dar al partido una apariencia de unidad en torno a la campaña de Romney. En las estepas suburbanas, las facciones republicanas empezaron a pelear entre sí. Desde que los últimos «moderados» del Partido Republicano fueron conducidos a la extinción y los reaganistas de la clásica década de 1980 puestos a buen recaudo, la actual guerra civil republicana (como ilustran los acontecimientos de FreedomWorks) alcanza una dimensión claramente edípica: fatigados revolucionarios de Gingrich contra su propia progenie demoniaca. Rara vez en la historia de la Cámara de Representantes se ha rasgado el partido mayoritario tan brutalmente por la mitad como los republicanos el día de año nuevo, cuando 151 miembros –incluido el líder de la mayoría, Eric Cantor, la mayoría de los nuevos congresistas y casi todo el grupo del Tea Party– rechazaron el pacto fiscal («Plan B») presentado por su propio portavoz. Algunos destacados partidarios del bloque opositor advirtieron inmediatamente que los 85 republicanos, principalmente de estados del norte y el oeste, que habían votado a favor del proyecto de ley (junto con 115 demócratas) podían enfrentarse a la pena capital en las primarias de 2014⁸. La pelea en el Congreso siguió profundizándose unas semanas después –principalmente a lo largo de una línea de fractura Mason-Dixon– cuando una mayoría aun más amplia del grupo republicano (179 congresistas) votó contra la ayuda de emergencia a las víctimas del huracán Sandy, ansiosamente solicitada por los republicanos de los estados nororientales. La menguante banda de conservadores realistas reunida en torno a Boehner está descubriendo que el fundamentalismo del Tea Party en lo referente a la reducción de lo público, originalmente anunciado como la tercera oleada de la revolución Reagan, es de hecho el camino hacia un cementerio de elefantes.

⁷ David Corn, «FreedomWorks Feud», *Mother Jones*, 24 de diciembre de 2012. Schweikert ganó, pero fue más tarde desbancado de un comité clave por Boehner, cuando denunció el denominado pacto fiscal del «Plan B». Arme se puso del lado de Schweikert y del Tea Party, enviando una mordaz nota al Portavoz.

⁸ David Freedlander, «Anger Over Fiscal-Cliff Deal Fires Up Tea Party», *The Daily Beast*, 3 de enero de 2013.

Los canales de Marte

Los demócratas, en su mayor parte, se han mantenido sorprendentemente reacios a hacer afirmaciones históricas mundiales acerca de la reelección de Obama o la escalada fratricida republicana. Los conservadores, reexperimentando el trauma de 2008, se han inclinado más a interpretar los resultados con hipérbole escatológica. Pat Buchanan declaró con rotundidad, por ejemplo: «A escala presidencial, el Partido Republicano está a las puertas de la muerte». Victor Davis Hanson, exprofesor de clásicas y agricultor que se presenta como un Catón del circuito de conferencias derechista, declaraba que ahora los republicanos viven los «tiempos más calamitosos de mis 59 años». David Frum mostraba su preocupación: «¿superará en votos y saqueará eternamente a los creadores de la riqueza estadounidense de una vez por todas la coalición de Obama? Muchos comentaristas conservadores dicen que sí». Un histérico Quin Hillyer advertía en *American Spectator* que los «fracasos épicos» de los republicanos habían dejado a los conservadores a merced de «un presidente radical, recientemente investido de poder, inclinado a la “venganza” izquierdista y no controlado por la Constitución». John Podhoretz denunció en *Commentary* «la carencia de contenido de la campaña de Romney» (prueba de «la vacuidad del centro derecha») pero también admitió que «el Partido Republicano está dominado por un conjunto de ideas y cuestiones que son alimento para su propia base pero repelente para todos los demás». Otro colaborador de *Commentary*, Jonathan Tobin, consideraba que la doble desgracia que supusieron la derrota de Romney y la renovación de «la guerra civil entre el *establishment* y los miembros del Tea Party» había «inutilizado» la oposición republicana a Obama⁹. Newt Gingrich, por último, sermoneó que demasiados conservadores «subestiman el tamaño de la amenaza que afrontamos» en un momento en el que las tendencias culturales y demográficas «convierten Estados Unidos en una versión nacional de Chicago o California».

⁹ Pat Buchanan, «Is the GOP Headed for the Boneyard?», *Human Events*, 13 de diciembre de 2012; Davis Hanson, «2013: Welcome to very, very, scary times», PJMedia.com, 2 de enero de 2013; David Frum en simposio, «What is the Future of Conservatism in the Wake of the 2012 Election?», *Commentary*, enero de 2013; Quin Hillyer, «Recovering from Electoral Disaster», *American Spectator*, diciembre de 2012; John Podhoretz, «The Way Forward», *Commentary*, noviembre de 2012; Jonathan Tobin, «The GOP Really Hits Bottom», *Commentary*, 21 de diciembre de 2012.

A no ser que los republicanos replanteen profundamente sus posiciones y estudien lo que los demócratas han estado haciendo, el futuro podría volverse muy sombrío y la mayoría Clinton-Obama podría hacerse tan dominante como la mayoría Roosevelt lo fue de 1932 a 1968 y de 1930 a 1994 en la Cámara de Representantes¹⁰.

Estos pronósticos desde la derecha confirman aparentemente la tesis –avanzada por destacados analistas demócratas como Ruy Teixeira, John Halpin y John Judis– de que 2008 marcó el fin de la era Reagan y la llegada de una nueva mayoría demócrata. En el léxico de la teoría del realineamiento crítico, las de 2012 fueron, a pesar de la caída de los votos a Obama, las clásicas «elecciones de confirmación». Ciertamente los datos recogidos a pie de urna, fortalecidos por la creencia en el determinismo demográfico, respaldan una alegación circunstancial a favor de los peores temores de Gingrich, pero las elecciones parciales, como la enorme victoria de los republicanos en el Congreso en 2010, tienen el desagradable hábito de contradecir los paradigmas vigentes para las elecciones presidenciales. Paradójicamente, en un momento en el que han disminuido las elecciones reñidas y los estados indecisos, ha aumentado la turbulencia en los márgenes, y las previsiones políticas se convierten en una incursión en lo que a los analistas cuantitativos les gusta denominar «espacio de volatilidad». De hecho, los patrones generales en la política contemporánea estadounidense son como los canales de Marte en 1900: todos los expertos afirman haberlos visto, pero nadie puede demostrar con claridad que existen.

Mi propia imagen imprecisa de los próximos cuatro años se parece a otro de los prolíficos supuestos de Gingrich: incesante conflicto entre el poder demócrata en la Casa Blanca y el Senado, por una parte, y el persistente control republicano sobre la Cámara de Representantes y sobre la mayoría de las Asambleas legislativas estatales y de las mansiones de gobernadores, por otra. (El Tribunal Supremo es el comodín institucional). «Estamos en un periodo –escribe Gingrich sutilmente– en el que podría darse una alianza entre 30 gobernadores republicanos y una Cámara de Representantes republicana capaz de resaltar las mejores soluciones y también los fallos del gobierno federal»¹¹.

¹⁰ Newt Gingrich, «The Challenge Confronting Republicans», *Human Events*, 1 de enero de 2013.

¹¹ *Ibid.*

Desde 2010, en estados en los que los republicanos del Tea Party dominan el poder legislativo ha ido tomando forma un Estados Unidos alternativo. Como siempre, los legisladores de Kansas o Alabama están ansiosos por enfrentarse con el gobierno federal, e incluso con el Tribunal Supremo, acerca del matrimonio entre homosexuales, el aborto, la inmigración y los fusiles de asalto. Pero esta vez están aún más centrados en aplicar localmente lo que ha sido derrotado a escala nacional. Desde el ascenso del ala del Tea Party, poderosas aunque provisionales coaliciones de líderes republicanos y capitalistas locales, estrechamente unidas a centros políticos ultraconservadores con mecenas multimillonarios, se han dedicado a reestructurar radicalmente la economía de sus estados. En primer lugar, los gobernadores republicanos han golpeado a los demócratas lanzando ataques contra la negociación colectiva tanto en el sector público como en el privado, con el objetivo obvio de transformar el medio oeste industrial en una utopía del «derecho al trabajo» como en el sur, sin «imposición sindical». En Ohio, Indiana, Michigan, Wisconsin y Minnesota, airados maestros y obreros siderúrgicos se enfrentaron repetidamente a los partidarios del Tea Party en escaramuzas capitolinas que alcanzaron proporciones épicas en la «Batalla de Madison». Mientras tanto, los gobernadores republicanos de diversos estados tradicionalmente con legislación de «derecho al trabajo» (Kansas, Nebraska y Louisiana), que no tienen poderosos sindicatos que destruir, están defendiendo la abolición de los impuestos estatales sobre la renta (progresivos), con el objetivo de reducir el sector público y trasladar la carga fiscal de los votantes con rentas elevadas a los habitantes más pobres a través de los impuestos indirectos.

Estas ofensivas legislativas, y los diseños para el gobierno del Tea Party que ponen en marcha, han sido comparadas con las revueltas fiscales de finales de la década de 1970. Pero en vehemencia e intención, se parecen más a la «Resistencia Masiva» de las décadas de 1950 y 1960, cuando el sur blanco, liderado por sus gobernadores y legisladores en coordinación con sus delegaciones en el Congreso, desafió todas las normas de construir coaliciones, de acuerdo y de obediencia a los dirigentes de Washington para librar una guerra total contra la concesión de derechos políticos a los negros. (El Tea Party reencarna en buena parte la intolerancia y la intransigencia de los Consejos de Ciudadanos Blancos, si bien con los bálsamos morales de unos cuantos famosos reaccionarios negros como Herman Cain, Clarence Thomas y Tim Scott). Una mayor «sureñización», tanto en el sentido geográfico como en el ideológico, sin

embargo, está empezando a aterrar a muchos republicanos de la vieja escuela. Aunque ellos mismos crearon y alimentaron al monstruo, ahora empiezan a temer las consecuencias electorales de un partido de blancos ancianos pero militantes, dominado por fanáticos de Mises, cristianos extremistas, propietarios de fusiles de asalto y confederados acérrimos.

El extremismo interno del Partido Republicano destaca aún más después de que buena parte del programa militar y de política exterior del partido haya sido asumido de hecho por Obama. Romney ha sido el primer candidato republicano que se recuerde que no ha podido ofrecer una visión atractiva de los «peligros claros y presentes» que los demócratas no tenían en cuenta. El intento de algunos líderes republicanos, en especial un amargo John McCain, de convertir la debacle de Benghazi en un «segundo Watergate» no hizo más que delatar la falta de tracción contra un presidente que encaja mejor el papel de «Jack Ryan», el presidente de las operaciones especiales de Tom Clancy, que cualquiera de sus competidores republicanos. El entusiasmo de Obama por la guerra clandestina y el asesinato por control remoto, así como el nombramiento de cargos de ambos partidos políticos en el Pentágono y la incesante atención al grupo de presión de la contrainsurgencia, han convertido su lado belicista en un flanco casi invulnerable al tradicional ataque republicano, incluso con Netanyahu como candidato en la sombra de Romney. La campaña republicana, privada de la amenaza roja o de Osama Bin Laden, se quedó con el presupuesto Ryan, los recortes de impuestos a los multimillonarios y la experiencia de Romney en las absorciones de empresas.

La actual opción del Partido Republicano está clara. ¿Puede el partido, liderado por Marco Rubio, Bobby Jindal o Chris Christie, reinventarse de arriba abajo para abarcar la porción mínima de la diversidad étnica y racial estadounidense que de ahora en adelante será necesaria para ocupar la Casa Blanca? ¿O seguirá atrincherándose detrás de un programa de máximos que celebra la filosofía del búnker, de la resistencia masiva a proporcionar redes de seguridad como las del *New Deal* a las futuras generaciones de color? Si se recupera el crecimiento y parte de la productividad creciente se filtra a los salarios (la apuesta en la que se basa la voluntad de Obama de poner en riesgo la herencia más valiosa del *New Deal*), ninguna de las opciones importa: probablemente los republicanos seguirán el camino de los Whigs. Por el contrario, si la economía se estanca o desciende, el «cruel futuro» que predice

Thomas Edsall, en el que «los dos grandes partidos están envueltos en una lucha a muerte para proteger los beneficios y los bienes que fluyen hacia sus respectivas bases», está ya prefigurado por las recientes luchas de clase políticas en el Estados Unidos conservador¹².

Poderosas fuerzas sectarias, evidenciadas por las duras disensiones acerca de las medidas para ayudar a los afectados por el huracán Sandy, influirán también en cuál de estos supuestos se hará realidad. En la actualidad, la mayor parte de los líderes asediados del Partido Republicano procede de los Grandes Lagos o del extremo sur, mientras que la mayoría intransigente de la Cámara procede del *Dixie* o del *Big Empty* (las llanuras poco pobladas y los estados occidentales). La pesadilla de los conservadores norteros es la transformación de un partido nacional fuerte en una versión de los Estados Confederados de América en el siglo XXI. La lucha por la identidad republicana, además, influye profundamente en las relaciones funcionales entre el partido y el sector privado. Los republicanos del Tea Party y los extremistas fiscales (como sus olvidados ancestros, el ala Taft en las décadas de 1940 y 1950) se inclinan hacia el *Club for Growth*, incluso hacia el nacionalismo económico, no hacia *Business Roundtable* o el G8¹³. Si su poder aumenta y el centro de gravedad del Partido Republicano sigue avanzando hacia el sur, sin duda los consejos de administración de las empresas reconsiderarán sus carteras de inversión en un partido que claramente gestiona peor que los demócratas los intereses globales y a largo plazo del capitalismo estadounidense.

Las notas que siguen analizan encuestas a pie de urna, páginas de opinión y estudios académicos para entender mejor la actual agonía republicana en la política presidencial y las homólogas frustraciones demócratas en el Congreso y en la política de los estados. El sistema político federal de Estados Unidos es un planetario tan extraño y complejo, con grandes planetas electorales moviéndose en direcciones opuestas o incluso en torno a soles ideológicos diferentes, que no solo es esencial considerar las elecciones presidenciales, sino también brevemente

¹² Thomas Edsall, *The Age of Austerity: How Scarcity Will Remake American Politics*, Nueva York, 2012, p. 1.

¹³ El Club for Growth, denunciado como el «Club for Greed» por Mike Huckabee, republicano de Arkansas, defiende la libertad total para acumular y conservar la riqueza personal. El Club, uno de los padrinos del Tea Party, ha defendido desde su fundación en 1999 la total destrucción del ala moderada del Partido Republicano, representada por Olympia Snowe, Arlen Specter, Lincoln Chafee y Richard Lugar.

las elecciones al Congreso, las batallas para controlar el gobierno de los estados, y las nuevas alineaciones faccionarias dentro de los partidos¹⁴. Las tendencias que ya parecen un destino a escala presidencial pueden tardar años en llegar al buzón del Congreso o de los estados. Los «datos» electorales, igualmente, siempre están sometidos a múltiples interpretaciones. Observar las fuerzas sociales a través de muestras electorales es como ver Marte con un telescopio victoriano: la sobreinterpretación es casi inevitable¹⁵.

El perro en el techo

La víspera de las elecciones, Romney bromeaba con los periodistas del Centro de Convenciones de Boston que tan pronto como se trasladase a la Casa Blanca se compraría otro Weimaraner. (Nadie tuvo el atrevimiento de preguntar en qué parte de la limusina presidencial viajaría el nuevo cachorro). Al contrario que John McCain en 2008, estaba relajado y supremamente seguro. Su jefe de campaña, Neil Newhouse, le había asegurado poco antes que tenía la victoria en el bolsillo: tanto las encuestas propias como la Gallup predecían un bajo registro para votar entre grupos demográficos cruciales para Obama y un fuerte apoyo a Romney entre los independientes de estados bisagra como Ohio. El gabinete de guerra de Romney, además, poseía una «ventaja insólita»: el enormemente caro sistema de TI conocido como «Proyecto Orca» que, con ayuda de 34.000 voluntarios republicanos, efectuaría un seguimiento de las votaciones en tiempo real para garantizar la «hiperprecisión» en la asignación de recursos de campaña y aumentar la participación en distritos cruciales de los estados indecisos¹⁶. Era la firma

¹⁴ Dejo un poco de lado las elecciones de 2012 al Senado, estrechamente relacionadas salvo algunas excepciones con la campaña presidencial.

¹⁵ Las tradicionales opiniones del «día después» acerca de las elecciones nacionales se han basado en las encuestas efectuadas en los 50 estados por Edison Research, una empresa de New Jersey, para un consorcio de los principales medios de comunicación: ABC News, Associated Press, CBS, CNN, NBC y FOX. Pero el enorme aumento reciente del voto por correo (casi el 40 por 100 en 2012) ha necesitado encuestas telefónicas paralelas, un gasto que llevó a la National Election Pool el año pasado a restringir a 31 estados los cuestionarios electorales detallados. Como resultado, el análisis de las votaciones en estados importantes como Texas tiene que esperar al Suplemento de Votación y Registro. Esta encuesta, realizada por la Oficina del Censo estadounidense a 100.000 votantes efectuada varias semanas después de todas las elecciones federales, se publicará en la primavera de 2013.

¹⁶ El nombre de «Orca» fue escogido porque las ballenas asesinas comen «Narval», nombre del sistema de información de la campaña de Obama. Michael Falcone, «Romney Campaign Acknowledges High-Tech Election-Day Monitory System “Had Its Challenges”», *ABC News*, 10 de noviembre de 2012.

de Romney: Bain Capital era temido y conocido por emplear análisis de datos masivos antes de cerrar tratos o de enviar empresas al desguace.

Antes de que los colegios cerrasen en Iowa, la gente de Romney ya había descorchado alegremente el champán. Funcionarios del Aeropuerto Internacional Logan declararon al *Boston Globe* que «su pista para aviación privada estaba llena de reactores de empresa que transportaban a seguidores de la campaña al centro de convenciones». Habían contratado una empresa pirotécnica para que iluminase el cielo del puerto de Boston con fuegos artificiales tan pronto como Romney declarase su victoria. Un periodista ya había visto la página web de transición lista para subir a Internet¹⁷. A Dana Milbank, del *The Washington Post*, que como otros periodistas tuvo que pagar 1.000 dólares por asistir a la gala, el ambiente regio y la fuerte seguridad le parecieron una incómoda imagen de cómo sería la presidencia de Romney. «El radiante centro de convenciones construido con cientos de millones de dólares de los contribuyentes, se ubica en una península del puerto de Boston convertida en fortaleza para la noche electoral, con helicópteros sobrevolando, vallas de metal y policías revisando vehículos. Solo unos cuantos mirones cruzaron el puente que comunica con el centro de la ciudad, para ver desde fuera»¹⁸.

Al final los fuegos artificiales iluminaron Chicago, no Boston. La orca se había varado a primera hora del día, y la participación demócrata en estados críticos subió a niveles de 2008. El respaldo a Obama no reveló el «vacío de motivación» en el que se basaron las suposiciones electorales republicanas. De hecho, algunas tendencias estaban sencillamente fuera del universo conceptual de la campaña electoral de Romney: por ejemplo, la insólita participación urbana en Ohio, que aumentó la participación afroestadounidense del 11 por 100 del electorado en 2008 al 15 por 100 en 2012. (Romney también obtuvo peores resultados que George Bush en 2004 en la mayoría de los condados principalmente blancos de Ohio¹⁹). Excepto en Carolina del Norte, donde el Partido Demócrata se

¹⁷ Glen Johnson, «Mitt Romney Planned Boston Harbour Fireworks Show that was Scotched by Election Loss», *Boston Globe*, 8 de noviembre de 2012.

¹⁸ Dana Milbank, «At Romney Headquarters, the defeat of the 1 per cent», *The Washington Post*, 7 de noviembre de 2012.

¹⁹ John Dickerson, «Why Romney Never Saw It Coming», *Slate*, 9 de noviembre de 2012.

ha vuelto disfuncional internamente, el presidente conservó finalmente los demás estados bisagra que había obtenido en 2008²⁰.

Se decía que Romney, discurso de la victoria en mano, sufrió «fatiga de combate» el día de las elecciones, cuando sus pérdidas empezaron a acumularse desde muy temprano; y lo mismo les pasó a los caros asesores que le habían asegurado que los votantes de las generales serían más viejos y más blancos («Cuando el Sr. Obama consiguió Ohio», informaba CBS desde Boston, «todo estaba perdido, pero los asesores principales dicen que no pudieron procersalo») ²¹. El Partido Republicano, después de todo, había pasado cuatro años creando un campo minado de obstáculos legales para el registro y el voto del 47 por 100 de la población, quizá el intento más sistemático de privación de derechos de voto desde Jim Crow. Asimismo, la egregia sentencia de «Ciudadanos Unidos», emitida por el juez del Tribunal Supremo John Roberts, que concedió derechos establecidos en la Primera Enmienda a grandes empresas y comités de acción política (PAC), había abierto las esclusas a la publicidad negativa pagada por los super ricos partidarios del Partido Republicano. El bando de Romney superaba en gasto a Obama en todos los estados indecisos excepto dos, y cientos de millones de dólares de negatividad –50 por 100 más de publicidad que en 2008– sobresaturaron los televisores de los estados bisagra durante semanas enteras ²².

El rey de este mundo electoral en la sombra, por supuesto, fue el delincuente no procesado Karl Rove. Su corte estaba compuesta por el denominado «Weaver Terrace Group» (llamado así por la dirección de la sede en Washington), un comité coordinador de megadonantes, supercomités de acción política y partidarios tradicionales del Partido Republicano como la Cámara de Comercio de Estados Unidos, que ha mantenido una relación crónicamente tensa con los grupos del Tea Party y la familia Koch. Para conquistar la Cámara de

²⁰ Los demócratas habían cedido esta vez ya desde el principio Indiana, la mayor victoria sorpresa de Obama en 2008, como estado «rojo». Como resultado, el presidente no se molestó en visitarlo (un ejemplo del triaje a sangre fría que de ordinario sacrifica a la base demócrata en los distritos electorales difíciles de obtener. La Asamblea legislativa dominada por el Tea Party había aprobado una ley de «derecho al trabajo» en febrero, y al asediado movimiento sindical de Indiana le habría deleitado algo de atención nacional.

²¹ CBS News, 8 de noviembre de 2012.

²² Véase «Mad Money» en la página web del *The Washington Post* dedicada a la campaña electoral; y «2012 Money Race», en la página web de *The New York Times*, 2012.

Representantes en 2010 y la Casa Blanca y el Senado en 2012, Rove y sus aliados crearon dos máquinas de dinero paralelas –American Crossroads (un super-PAC que declara los donantes) y Crossroads GPS (una 501(c)(4), que no los declara)²³– que comparten liderazgos entrelazados con Restore Our Future de Romney, American Action Network de Jeb Bush y Republican Governors Association de Haley Barbour. Unido, este es el «*Establishment* republicano» contra el que protestan Kibbe, Palin y DeMint. Los dos Crossroads gastaron 270-300 millones de dólares en la campaña presidencial, buena parte de ellos en anuncios dirigidos a votantes blancos desilusionados que habían apoyado a Obama en los estados industrializados. Hasta el final, Rove siguió echando frenéticamente carbón al horno electoral, y supuestamente los últimos quince o veinte millones procedían de Sheldon Adelson de Las Vegas y un grupo de promotores inmobiliarios e industriales de Dallas.

La humillación sufrida por Rove el 6 de noviembre fue necesariamente más profunda que la de Romney. Después de todo, él se había jactado en la revista *Time*, «No soy un ser humano, soy un mito»²⁴. Con macabro placer, Donald Trump felicitó a Karl Rove por «quemar 400 millones de dólares en estas elecciones». Afirmó –correctamente– que los republicanos habían perdido todas las elecciones en las que la Crossroads GPS de Rove había invertido. «¡Qué desperdicio de dinero!»²⁵. Como señalaba *The Economist*, los huracanes enfrentados de la publicidad negativa a finales de otoño sencillamente se extinguieron mutuamente²⁶. Más efectivo –coincidían los entendidos– había sido el golpe preventivo

²³ Los Super-PAC (comités de acción política) son oficialmente «comités independientes solo en el gasto» que pueden realizar un gasto electoral ilimitado pero deben declarar el nombre de los contribuyentes, mientras que formalmente una 501(c)(4) es formalmente una «organización de bienestar social» exenta de impuestos, que puede obtener fondos sin restricciones y sin obligación de revelar el nombre de los donantes. Ninguna de estas organizaciones tiene autorización legal para financiar directamente a un candidato o «coordinar» sus esfuerzos con los de la campaña electoral de un candidato, algo que, por supuesto, hacen con insolente descaro. Estos engaños prosperan porque los demócratas nacionales practican el mismo juego con igual fruición. La reforma de la financiación de campañas electorales, en consecuencia, ha sido descartada *de facto* por el gobierno de Obama.

²⁴ Michael Crowley, «The New GOP Money Stampede», *Time*, 27 de septiembre de 2010; Kenneth Vogel, «Karl Rove's fight club», Politico.com, 27 de marzo de 2012; Wayne Slater, *Dallas News*, 7 de diciembre de 2012.

²⁵ Julie Bykowitz y Alison Fitzgerald, «Rove Biggest Super-PAC Loser, Trump Says Waste of Money», *Bloomberg*, 8 de noviembre de 2012.

²⁶ «The ads take aim», *The Economist*, 27 de octubre de 2012.

de la campaña de Obama contra la imagen de Romney en los meses anteriores a la convención republicana. No tener unas primarias, con adversarios que le insultasen y le hiciesen gastar fondos electorales, fue una ventaja sustancial para Obama.

Y también la decisión de convertir los timbres de las casas en tecnología clave de la campaña en estados indecisos. «La campaña de Obama –escribe John Ward– empezó a situar organizadores en estados clave en abril de 2011, todo un año antes de que Mitt Romney consiguiese incluso el nombramiento como candidato del Partido Republicano. Esos organizadores se introdujeron en las redes de voluntarios, conocidas como equipos de barrio, que en algunos casos siguieron funcionando después de las elecciones de 2008». El coordinador de esta estrategia de voluntarios en estados bisagra fue Jeremy Bird, alumno del legendario Marshall Ganz, que convenció a la dirección general de la campaña de que su objetivo debía ser el de colocar un organizador sobre el terreno por cada cincuenta posibles votantes. Para alcanzar esa saturación, 2,2 millones de voluntarios demócratas, casi el doble del ejército situado sobre el terreno en 2008, rastrearon los barrios y dirigieron centrales de llamadas. El equipo de Romney, que no empezó a aterrizar en los estados bisagra hasta el verano de 2012, no llegó a alcanzar más de un trabajador de campaña por cada mil votantes²⁷.

Se acabaron los blancos

Las cadenas informativas pudieron llamar a las principales juntas electorales y confirmar la reelección de Obama antes del cierre nocturno. No era un drama de suspense: el margen de victoria del presidente era de casi 5 millones de votos (véase el Cuadro 1). Pero los últimos cómputos de los estados occidentales más las caóticas estadísticas de las encuestas a pie de urna habían creado la breve ilusión de que el abstencionismo estaba en un nuevo momento culminante, con la abstención de millones de trabajadores republicanos o de los seguidores jóvenes de Obama, dependiendo del punto de vista de cada cual. De hecho, la participación (59,4 por 100) superó la media de las elecciones presidenciales en los

²⁷ John Ward, «Republican Party Path Back From 2012 Election Requires Shift in Culture, Not Just Tactics», *Huffington Post*, 10 de enero de 2013; y Matea Gold, «Obama activists urged to keep sleeves rolled up», *Los Angeles Times*, 21 de enero de 2013.

años 1992-2008 (57,2 por 100), aunque fue casi tres puntos más baja que la de 2008²⁸.

Dejando a un lado el huracán Sandy y su impacto local en los votos de Nueva York y Nueva Jersey, la obvia causa principal del descenso respecto a 2008 fue la mayor concentración de los recursos electorales y de las apariciones de los candidatos en los estados bisagra. Solo se atendió fuertemente a un tercio del electorado; en el resto, la participación dependió en igual medida de la importancia de los asuntos locales y estatales, que de quién ganase los debates presidenciales. Así, en los estados bisagra importantes, la participación media fue del 62,7 por 100, y el número de votos emitido fue ligeramente más elevado que en 2008, mientras que en los estados claramente rojos (republicanos) o azules (demócratas) la participación fue solo del 54,8 por 100²⁹. Muchos de los votantes que en 2008 votaron por Obama –unos 3,6 millones– se quedaron en casa en estados como California o Texas, donde la elección era incuestionable. (La única tendencia inequívoca en la participación que no puede atribuirse a la asimetría de los estados bisagra fue un drástico descenso de la participación en ciudades pequeñas y zonas rurales, principalmente a expensas de Obama)³⁰.

La hazaña más impresionante de la campaña de Obama en 2008 había sido la de ganar los grandes condados suburbanos, tradicionalmente republicanos, que rodean Filadelfia, Washington DC., Columbus, Cincinnati y Denver. Aunque con menos votos suburbanos que cuatro años antes (48 por 100), el presidente ha mantenido con facilidad la posesión de joyas de la corona tan difíciles de obtener como los condados de Prince William y Loudoun, en Virginia; los de Montgomery y Delaware en Pensilvania; el de Hamilton en Ohio, el de Hillsborough en Florida, y los de Arapahoe y Jefferson en Colorado. Como resultado, dio el mate en Ohio y Nevada, y se coló por los pelos en Florida, clavó Virginia y Colorado por un 4 y un 5 por 100 de margen, y llegó a puerto con márgenes confortables en Michigan, Iowa y Wisconsin (el estado natal de Paul Ryan).

²⁸ Walter Dean Burnham, *Democracy in Peril: The American Turnout Problem and the Path to Plutocracy*, The Roosevelt Institute, Working Paper, número 5, diciembre de 2010, véanse los cuadros incluidos en las páginas 7-8. Burnham pone de manifiesto la importante tendencia crónica al descenso de la participación electoral en el norte y al aumento de la participación en el sur.

²⁹ «2012 Election Turnout», comunicado de prensa de Bipartisan Policy Center, 8 de noviembre de 2012.

³⁰ Bill Bishop, «Finding the “Flippers” in 2012 Vote», *Daily Yonder*, 1 de enero de 2013.

CUADRO I: *Obama, elecciones comparadas*

	2008	(2010)	2012
Población en edad de votar	230.872.000		240.927.000
Posibles votantes	213.314.000		219.297.000*
Votantes registrados	153.100.000		153.271.000
Participación (no votantes)	131.314.000 82.000.000	(89.000.000) (128.342.000)	130.235.000 90.613.000
% de posibles votantes	62,2	(41,7)	59,4
12 estados indecisos	44.659.370		44.784.651
No indecisos	86.654.450		84.282.299
Voto popular de Obama	69.499.000		65.900.000
<i>Diferencia 2008-2012</i>			-3.599.000
Voto popular del rival	59.948.000		60.932.000
<i>Diferencia 2008-2012</i>			+984.000
Margen de victoria	9.551.000		4.968.000
Votos de colegios electorales para Obama	365		332
Congreso	PD +7	PR +6	PD +2
Senado	PD +21	PR +63	PD +8
Cámara de Representantes			

Fuente: United States Election Project y 2012 National Popular Vote Tracker; Bipartisan Policy Center, *2012 Voter Registration Report*, 5 de noviembre de 2012.

*3.244.035 delincuentes –la mayoría no blancos– no tienen derecho a votar, de acuerdo con leyes estatales.

Al equipo de Romney al principio le parecía increíble que Obama estuviese ganando con tanta facilidad cuando las encuestas a pie de urna indicaban que los ciudadanos blancos votaban mayoritariamente por Romney. De acuerdo con Ronald Brownstein, ambos bandos tenían fórmulas mágicas para la victoria. Romney ganaba el 61 por 100 del voto blanco, y los blancos constituían al menos el 74 por 100 de los participantes y el porcentaje de votos de minorías para Obama mantenía el nivel de 2008 o era inferior al mismo. Aunque Obama ese año había recibido un 43 por 100 de los votos emitidos por blancos –una impresionante mejora respecto a los obtenidos por John Kerry y Al Gore– la proporción demócrata de voto blanco en las elecciones parciales de 2010 había caído a un mínimo histórico del 37 por 100. Los encargados de la campaña de Romney estaban convencidos, por lo tanto, de que podían ganar, aunque fuese por última vez en la historia estadounidense, apostando todo su dinero a la casilla blanca. Los demócratas, por el contrario, confiaban igualmente en

la victoria si lograban alcanzar una división 80/40 –es decir, el 80 por 100 de votos de las minorías y el 40 por 100 de los votos de blancos– con una participación de minorías equivalente al 26 por 100 que hubo en 2008³¹.

CUADRO 2. Voto blanco al candidato demócrata, por franja de edad (%)

	2004	2008	2012
18-29	44	54	44
30-44	37	41	38
45-64	41	42	38
65 +	44	40	39
Total	41	43	39

Fuente: d Finanzas para anarquistas atos del Pew Research Center.

Podría decirse que han sido las elecciones presidenciales racialmente más polarizadas de la historia estadounidense. Los republicanos presentaban a Obama como el «presidente redistribuidor de cartillas de alimentos», que complacía a la mitad del país compuesta por «tomadores», parásitos o empleados públicos que se aprovechan del trabajo duro de los empresarios blancos y la minoría de miembros de las minorías que los emulan. Obama, que sonaba como un anuncio de Bonos de Guerra de la Segunda Guerra Mundial, apelaba a las buenas personas y al patriotismo incluyente, pero como los gestores de Romney habían esperado, los votos de los blancos a su favor cayeron al 39 por 100 (véase el Cuadro 2). En comparación con el de 2008, los votos de hombres blancos cayeron 9 puntos; los de las mujeres blancas, un 4 por 100; y, más drásticamente, los de votantes blancos menores de 30 años cayeron un 10 por 100. Perdió el voto blanco en estados tan importantes como California, Nueva Jersey, Pensilvania y Ohio. Solo en algunos de los estados de Nueva Inglaterra y en Iowa obtuvo mayorías blancas. A pesar de los insólitos esfuerzos de Benjamin Netanyahu y Sheldon Adelson por convertir las elecciones en un referéndum sobre el bombardeo de Irán, también conservó el respaldo de los votantes judíos (aproximadamente el 2 por 100 del electorado nacional, pero un crucial 5 por 100 en Florida), aunque su total se redujo al 69 por 100, frente al asombroso 78 por 100 de 2008.

³¹ Ronald Brownstein, «The New Math», *National Journal*, 23 de agosto de 2012.

Romney, por el contrario, obtuvo la misma cuota (redondeada) del 60 por 100 del electorado blanco que había proporcionado a George H. W. Bush 426 votos electorales en 1988, y que permitió a Bush hijo vencer a Kerry por más de 3 millones de votos en 2004 (véanse los Cuadros 3 y 4)³². Pero estos viejos cálculos están ahora obsoletos. Gracias a una participación mayor de la esperada entre las minorías, el porcentaje de voto blanco era del 72 por 100, no del 74 por 100 que los republicanos habían esperado; y como resultado, los blancos partidarios de Romney apenas supusieron un 48 por 100 de los votos totales³³. Asimismo, por segundas elecciones presidenciales consecutivas, la participación de los votantes blancos disminuyó. Los analistas republicanos advirtieron después que «intentar ganar unas elecciones nacionales atrayendo a una porción cada vez mayor de una porción cada vez más pequeña del electorado es una propuesta política perdedora». El Partido Republicano se había «quedado sin votantes blancos fáciles de convencer»³⁴.

El arco iris reiniciado

La tasa de participación de los afroestadounidenses, en contraste, superó a la de los blancos por primera vez en la historia³⁵. Este récord de participación no solo ha sido galvanizado por Obama, sino también como protesta contra la estrategia republicana de supresión de votantes. Desde que la mayoría política negra en Nueva Orleans se desplomó tras el Katrina y la demolición de proyectos de vivienda pública no dañados, los estrategas conservadores han puesto descaradamente a prueba las defensas del sufragio universal. Como resultado, la Ley de Derechos al Voto de 1965, victoria icónica del Movimiento por los Derechos Civiles,

³² Curiosamente, Romney obtuvo peores resultados entre los mormones (78 por 100) que Bush (80 por 100) ocho años antes. Walter Hickey, «More Mormons Voted For George Bush», Pew Exit Polls, 9 de noviembre de 2012.

³³ R. Brownstein, «The New Math», y David Paul Kuhn, «Exit Polls: Unprecedented White Flight from Democrats», *realclearpolitics.com*, 3 de noviembre de 2010.

³⁴ Whit Ayres y Jennifer Korn, «The Hispanic Challenge and Opportunity for Republicans», memorando de Resurgent Republic and Hispanic Leadership Network, 12 de diciembre de 2012, p. 2. Se prevé que la población blanca no hispana, ahora en 197,8 millones, alcance un máximo de 200 millones en 2024, y después entre en una decadencia continua en números absolutos, a medida que la enorme generación de la explosión demográfica alcance sus años dorados. Hope Yen, «Census: White Population Will Lose Majority in US by 2043», *Huffington Post*, 12 de diciembre de 2012.

³⁵ Paul Taylor, «The Growing Electoral Clout of Blacks is Driven by Turnout, Not Demographics», Pew Research Center, 26 de diciembre de 2012.

está ahora bajo la siniestra inspección de la mayoría reaccionaria del Tribunal Supremo. (En Alabama, votantes de la mayoría blanca derrotaron una proposición de ley para que se retirasen de la constitución estatal las disposiciones segregacionistas de Jim Crow, adoptadas en 1901).

CUADRO 3. *Descenso del porcentaje de voto blanco*

1976	88
1992	83
2000	81
2004	77
2008	74
2012	72

Fuente: United States Election Project y 2012 National Popular Vote Tracker.

CUADRO 4. *Población estadounidense (%)*

	1960	2011	2050
Blanca	85	63	47
Latina	3,5	17	29
Negra	11	12	13
Asiática	0,6	5	9

Fuente: Paul Taylor y D'Vera Cohn, «A Milestone En Route to a Majority Minority Nation», Pew Research Center, 7 de noviembre de 2012.

Aunque el historial del gobierno de Obama en lo que a los derechos civiles se refiere, desde los asesinatos con aviones teledirigidos al espionaje en Internet, es horrible (una cuestión planteada en campaña solo por el republicano Ron Paul), el presidente hizo renacer la fe en su compromiso con los derechos civiles con la firma de legislación sobre equiparación de salarios en 2009, la abolición de la política de silencio sobre la homosexualidad en las fuerzas armadas en 2010, la orden ejecutiva de posponer las deportaciones de inmigrantes jóvenes en 2012 y un esfuerzo continuado del Departamento de Justicia para defender el derecho a votar. Aparte de garantizarle la reelección, estas iniciativas tardías reforzaron la unidad de los votantes de las minorías basada en

los derechos y, a su vez, dichos votantes han sorprendido a los analistas con una percepción mutua cada vez más positiva. En encuestas recientes, por ejemplo, los afroestadounidenses apoyan más los derechos de los inmigrantes y el crecimiento de las poblaciones latina y asiática³⁶. Una mayoría de entrevistados también acepta el matrimonio entre homosexuales, a pesar de la oposición de muchos líderes religiosos y el estereotipo de que los negros son un grupo de votantes homófobo. De hecho, los votantes negros fueron claves para la legalización del matrimonio entre homosexuales en Maryland³⁷. De igual modo, tres cuartas partes de los votantes latinos, a pesar de su reputación de socialmente conservadores y de la extrema presión desde los púlpitos, apoyan ahora el derecho de las mujeres al aborto³⁸.

Quizá la mayor sorpresa en las encuestas a pie de urna, así como la prueba más elocuente de que en la base está naciendo una verdadera «coalición arco iris», fue el 73 por 100 de votos obtenido por Obama entre la población asiática: un 11 por 100 de aumento (15 por 100 en California) respecto a 2008³⁹. Aunque tradicionalmente los votantes asiáticos han sido los más concentrados desde el punto de vista geográfico (Hawái, California y Nueva York), en la actualidad votan en número significativo en otras áreas nacionalmente importantes. Los asiáticos constituyen en la actualidad, por ejemplo, aproximadamente el 15 por 100 de la población en los condados de Loudoun y Fairfax en Virginia, algunos de los distritos bisagra más cruciales de la región. Hace una generación, los republicanos tenían grandes expectativas de atraer mayorías de asiáticos del Pacífico fuera del baluarte demócrata de Hawái; pero los ataques a China, los anuncios electorales racistas, las políticas de inmigración nativistas y el poco interés por implantar una educación pública

³⁶ Ronald Brownstein, «Though More Optimistic, Americans Are Still Sharply Divided», *National Journal*, 7 de diciembre de 2012.

³⁷ Anugrah Kumar, «Polls Show Sudden Increase in Black Support for Gay Marriage», *The Christian Post*, 10 de noviembre de 2012; y Aaron Blake, «African-Americans and Latinos spur gay marriage revolution», *Washington Post*, 12 de noviembre de 2012. Las noticias publicadas en los medios de que el 70 por 100 de los votantes afroestadounidenses de California apoyaba la prohibición del matrimonio homosexual (Propuesta 8 de 2008) se basaban en datos erróneos tomados de encuestas a pie de urna. La verdadera cifra era de solo el 58 por 100. Véase John Wildermuth, «Black support for Prop 8 called exaggeration», *San Francisco Chronicle*, 7 de enero de 2009.

³⁸ National Latina Institute for Reproductive Health, *Poll: Latino Voters Hold Compassionate Views on Abortion*, 30 de noviembre de 2011.

³⁹ Datos de la National Exit Poll.

asequible han puesto a la mayoría de los votantes asiáticos más jóvenes, tanto originarios del sur como del este de Asia, sólidamente en contra del Partido Republicano. Como los judíos estadounidenses, con quienes a menudo se les compara estereotipadamente, el electorado asiático compensa su actual pequeña proporción, (aproximadamente un 2 por 100 en ambos casos), con logros muy superiores en ciencias sanitarias y físicas, en la ingeniería y cada vez más en la Administración pública. Pero al contrario que los judíos o los blancos en general, el número de asiáticos con derecho a votar (aunque no todavía su tasa de participación) aumentará drásticamente⁴⁰.

Por último, como lamentaba Karl Rove, Obama mejoró su porcentaje entre los latinos, que participaron un 4 por 100 más respecto a 2008 (850.000 votos más en términos absolutos; el Cuadro 5 muestra las cifras de participación de los latinos)⁴¹. En Florida, donde siguen debatiéndose los resultados de las encuestas a pie de urna, es posible que Obama haya obtenido un destacado 51 por 100 del voto cubano, debido a un cambio generacional y a la erosión de la monolítica identidad del «exilio»⁴². En Ohio, igualmente, el primer análisis de las encuestas a pie de urna sugiere que el margen decisivo de la victoria de Obama fue el 82 por 100 del voto latino (74 por 100 en todo el país) más un pequeño pero crucial aumento del porcentaje de voto entre los hombres blancos con respecto a 2008⁴³. Cada año, 800.000 latinos cumplen 18 años, lo cual equivale, se calcula, a un 40 por 100 del crecimiento del electorado hasta 2030. En 2016 superarán a los afroestadounidenses y se convertirán en el mayor bloque minoritario de votantes⁴⁴. La alarma es suficientemente clara para la mayoría de los líderes republicanos. Un reciente memorando interno ejemplificaba el dilema del partido: «Si los republicanos obtienen el 40 por 100 o más de los votos latinos en todo el país, pueden elegir republicanos conservadores para cargos nacionales. Conformarse

⁴⁰ Janelle Wong *et al.*, *Asian American Political Participation*, Nueva York, 2011, analiza cómo convierte la política estadounidense orígenes tan distintos como el bengalí, el japonés o el tailandés en una metaetnia funcional.

⁴¹ Karl Rove, «The Lessons of Defeat for the GOP», *Wall Street Journal*, 15 de noviembre de 2012.

⁴² Juan Tamayo, «Did Obama or Romney Win the Cuban-American Vote?», *Miami Herald*, 7 de noviembre de 2012.

⁴³ Marcus Atkinson, «How Obama Won Ohio, By the Numbers», *HispanicOhio.com*, 7 de noviembre de 2012.

⁴⁴ Peter Grier, «Election Results 2012», *Christian Science Monitor*, 7 de noviembre de 2012.

con la cuarta parte o menos del voto hispano en todo el país convertirá al republicano en un partido regional, con pocas perspectivas nacionales»⁴⁵.

CUADRO 5. *Votantes latinos (millones)*

	<i>Con derecho a voto</i>	<i>Votantes efectivos</i>	<i>Participación (%)</i>
1988	7,7	3,7	48
1992	8,3	4,3	52
1996	11,2	4,9	44
2000	13,2	5,9	45
2004	16,1	7,6	47
2008	19,5	9,7	50
2012	23,7	12,5	53

Fuente: Paul Taylor *et al.*, «An Awakened Giant: Hispanic Electorate Likely to Double by 2030», Pew Research Hispanic Center, 14 de noviembre de 2012.

El Partido Republicano está pagando merecidos intereses por las vallas fronterizas, los referendos antiinmigración para prohibir la enseñanza bilingüe en varios estados, la ley SB1070 de Arizona (este estado se ha convertido en el «Mississippi» de los derechos civiles de los latinos), el sabotaje republicano a la Ley Dream, la cruel defensa de la «autodeportación» por parte de Romney, y mucho más. Por supuesto, el verdadero reinado del terror –de deportaciones masivas a una escala que supera todos los precedentes republicanos– lo está aplicando el Departamento de Seguridad Interior de Obama. Pero aunque las milicias civiles lleven sombreros mexicanos y de repente el Partido Republicano aceptase la amnistía y la Ley Dream, es improbable que los votantes latinos se convirtiesen en los «republicanos naturales», interesados por los valores familiares, que Rove y otros estrategas de Bush soñaron a comienzos de la década de 2000. Ramesh Ponnuru, de *National Review*, es despiadadamente sincero:

La percepción de que el Partido Republicano solo atiende a los intereses de los ricos subyace en todas las debilidades demográficas analizadas en términos más estrictos. Los hispanos no votan a los demócratas exclusivamente por la inmigración. Muchos de ellos son pobres y carecen de seguro sanitario, y no oyen decir nada a los republicanos pero sí mucho a los demócratas acerca de mejorar su situación... Mejorar las «destrezas comunicativas», ese tema perenne en la lista de deseos de los partidos

⁴⁵ Whit Ayres y Jennifer Korn, «The Hispanic Challenge and Opportunity for Republicans», cit.

perdedores, no servirá de mucho si el partido no tiene un programa atractivo que comunicar⁴⁶.

Cuidado con las brechas

A medida que el cambio demográfico del electorado estadounidense se acelera, sería ridículo suponer que el sexo, el estado civil y la edad están necesariamente interactuando con la raza y la clase para reproducir las mismas identidades políticas de grupo que las de 2000, 1992 o 1978. Por ejemplo, el censo estadounidense reconoce ahora la categoría de «raza mixta» porque varios millones de los estadounidenses más jóvenes consideran esta su identidad más precisa. Aquellos «sin filiación religiosa», una categoría carente de importancia en el análisis electoral hace una generación, constituyen ahora el 25 por 100 en la franja de edad de 18 a 29 años y se han convertido en una variable nueva y muy debatida en la conducta electoral. De igual modo, la comunidad lesbiana, gay, bisexual y transexual –un 5 por 100 muy comprometido del electorado nacional, que según los cálculos otorgó un 78 por 100 de su voto a Obama– es una permanente crisis existencial para los republicanos⁴⁷.

Razón de más, por lo tanto, para abrir los tradicionales clichés del análisis de las elecciones, incluida la «brecha de género» y el «voto joven», para ver qué hay realmente en su interior. Por ejemplo, se ha afirmado que Obama fue reelegido gracias a que recibió el 55 por 100 de un voto femenino que a su vez comprendía el 53 por 100 de los votos emitidos⁴⁸. Esto es indiscutiblemente cierto y registra, en parte, una reacción contra la amenaza de Romney de dejar de financiar la planificación familiar así como los ridículos comentarios acerca de la violación hechos por dos candidatos al Senado respaldados por el Tea Party. ¿Pero prueba de hecho la estadística que el género ha sido la variable más importante para determinar el voto?

⁴⁶ Ramesh Ponnuru, «The Party's Problem», *National Review*, 3 de diciembre de 2012, p. 19.

⁴⁷ Citado en Chris Johnson, «Exit Poll: Gay Voters Made Up 5 per cent of 2012 Electorate», *WashingtonBlade.com*, 7 de noviembre de 2012. Véase también Mary McThomas y Robert Buchanan, «Obama and Gay Rights», *PS*, julio de 2012.

⁴⁸ Margie Omero y Tara McGuinness, «How Women Changed the Outcome of the Election», *CNN*, 12 de diciembre de 2012.

Desde que la «brecha de género» se hizo famosa, en la década de 1980, a menudo se ha interpretado como prueba de que las mujeres se están volviendo más progresistas, o al menos más demócratas en sus preferencias de voto. Pero las votantes no tienen que cambiar en absoluto sus opiniones; la brecha podría deberse por completo a un giro de los hombres hacia la derecha, o a diferentes ritmos de cambio en las preferencias de ambos sexos. En 2012, la brecha entre los hombres y las mujeres blancos aumentó sustancialmente, pero también el voto republicano en ambos sexos. Las mujeres blancas simplemente abandonaron sus preferencias de 2008 en menor medida que los hombres de la misma raza (véase el Cuadro 6). Brechas mucho mayores separaban a diferentes categorías de mujeres votantes: por ejemplo, la asombrosa diferencia de 38 puntos entre casadas y no casadas; o los 54 puntos entre las preferencias presidenciales de afroestadounidenses y blancas. En contraste, las jóvenes blancas solo votaron un 6 por 100 más por Obama que sus hermanas mayores o sus madres. La media de género, por lo tanto, es un término medio de preferencias y tendencias tan distintas que sería equívoco hablar de «mujeres» en las elecciones sin poner al lado un adjetivo racial y generacional.

CUADRO 6. *La brecha de género: votos a favor de los demócratas (%)*

	(a) Mujeres blancas	BRECHA UNO (b) Menos hombres blancos	(c) Todas las mujeres	BRECHA DOS (d) Menos todos los hombres	BRECHA TRES (e) c menos a
2004	44	7	51	7	7
2008	46	5	56	7	10
2012	42	10	55	10	13

Fuente: Pew Research Center y National Exit Poll, *Los Angeles Times*, 2004.

La edad es otra categoría que debe desglosarse. Como claramente ilustra el Gráfico 7, en estados críticos en los que se efectuaron encuestas detalladas a pie de urna, la brecha, en el voto a Obama, entre la generación del milenio (18-29) y los ancianos (más de 65) fue el doble que la brecha de género (21 frente al 10 por 100)⁴⁹. En los diez estados

⁴⁹ En la mayoría de los estados sólidamente rojos del sur o de las grandes llanuras, en contraste, la diferencia de edad osciló casi hasta el margen del error; igualmente en Iowa, donde la mitad o más de cada grupo de edad (en gran medida gracias a las mujeres) apoyó al presidente.

bisagra, incluida Carolina del Norte, el presidente obtuvo el voto de los menores de 45 y perdió el del electorado mayor de 45 años. La brecha del 20 por 100 en la preferencia presidencial en los extremos de edad parece una guerra generacional en las urnas, al igual que las diferencias menores pero históricamente inusuales en los recientes patrones de voto de ancianos y los de adultos entre 30 y 64 años⁵⁰. De hecho, Ronald Brownstein propone en *National Journal* que la divisoria fundamental en la política estadounidense está empezando a ser «moreno frente a gris»: la emergente minoría mayoritaria de latinos, asiáticos y afro-estadounidenses jóvenes necesitados de buenos colegios y becas universitarias, en competencia por fondos públicos escasos, frente a una marea gris de *baby boomers* jubilados y con múltiples programas sociales a su favor. Brownstein señala que ambas cohortes tienen opiniones exactamente inversas acerca de la situación nacional: tres quintas partes de los grises apoyaron a Romney y dicen a los encuestadores que la Administración pública está haciendo demasiado; tres quintas partes de los morenos han votado a Obama y creen que Washington debería gastar más en enseñanza y en creación de empleo⁵¹.

El espantajo de un conflicto de suma cero entre la inversión pública y la Seguridad Social, por un lado, y la riqueza familiar privada, por otro, se retrotrae a la época de la revuelta fiscal de la década de 1970 y la elección de Ronald Reagan, el primero de tres presidentes republicanos que acumularon enormes déficits reduciendo drásticamente los impuestos a los ricos y firmando al mismo tiempo cheques en blanco para el Pentágono. El objetivo estratégico era hacer estructuralmente imposible que los demócratas introdujesen nuevos programas de gasto para el cambio social sin hacer explotar el presupuesto. De modo similar (y a este respecto el *thatcherismo* fue un precedente interesante), las políticas presupuestarias fomentaron conflictos generacionales y raciales que hicieron añicos a los candidatos demócratas y favorecieron a los republicanos.

⁵⁰ Robert Binstock ha hallado pruebas de un claro bloque de votantes en función de «cuestiones de mayores» que emergió en las elecciones de 2010. «En las cuatro décadas anteriores, los estadounidenses más viejos habían votado de manera muy similar a los demás grupos de edad, excepto los menores de 30 años». R. Binstock, «Older Voters and the 2010 US Election: Implications for 2012 and Beyond?», *The Gerontologist*, vol. 52, núm. 3, 2012, p. 408.

⁵¹ Ronald Brownstein, «Behind the Fiscal Cliff is a Demographic Struggle», *National Journal*, 20 de diciembre de 2012.

CUADRO 7. Votos por franja de edad comparados con la media de 18 estados (%)

	(1) 18-29	(2) 30-44	(3) 45-64	(4) + 65	Obama (1) menos (4)
<i>Media de 18 estados</i>					
(a) Electorado	18	29	37	16	
(b) Obama	66	52	50	45	21
<i>Nevada</i>					
(a) Electorado	18	24	37	18	
(b) Obama	65	54	48	42	23
<i>Iowa</i>					
(a) Electorado	15	22	37	26	
(b) Obama	56	52	52	50	6
<i>Ohio</i>					
(a) Electorado	17	24	41	18	
(b) Obama	62	51	47	44	18
<i>Pensilvania</i>					
(a) Electorado	19	25	39	17	
(b) Obama	63	55	48	43	20
<i>Virginia</i>					
(a) Electorado	19	27	41	14	
(b) Obama	61	54	47	46	15
<i>Florida</i>					
(a) Electorado	16	23	37	24	
(b) Obama	66	52	48	41	25
<i>Carolina del N.</i>					
(a) Electorado	16	25	39	21	
(b) Obama	67	51	47	35	32
<i>California</i>					
(a) Electorado	28	28	32	12	
(b) Obama	69	59	52	46	23

Fuente: National Exit Poll, Fox News.

Pero la franja de votantes mayor de 65 años, en otro tiempo el electorado más fiable para los demócratas, no es un mero grupo de blancos relativamente ricos y reacios a pagar la enseñanza para los pobres, la televisión pública o la asistencia sanitaria universal, aunque este estrato existe y sus filas se han ampliado por la disposición, tanto en el presupuesto de Ryan como en el programa electoral de Romney, que exime a cualquiera mayor de 55 años de los propuestos recortes o cambios de requisitos en la Seguridad Social y en *Medicare* (el sistema de atención sanitaria a mayores). Pero son muchos más los ancianos víctimas de la incineración del valor inmobiliario y de la

extinción del sistema de jubilación con «prestaciones definidas». El porcentaje de trabajadores del sector privado cubiertos por los planes de pensiones tradicionales descendió del 62 por 100 en 1975 al 7 por 100 en 2009. En otras palabras, la salud y la seguridad de los ancianos dependen más que nunca de una firme acción federal y de las transferencias intergeneracionales.

Pero el «gran pacto» de Obama —la compensación entre aumentos tributarios y recortes de programas que la Casa Blanca intentó alcanzar el año pasado con el portavoz Boehner— proponía sacrificios de la Seguridad Social y Medicare, hasta ahora legados intocables del *New Deal*. Los votantes mayores están al mismo tiempo alarmados por la reforma del sistema sanitario, que pocos entienden y la mayoría malinterpreta. En ausencia de una campaña de la Casa Blanca para explicar las reformas, las espeluznantes tergiversaciones republicanas de la Ley de Sanidad Asequible, que tanto perjudicaron a los demócratas en las elecciones parciales de 2010, siguen imperando en la opinión pública. Una encuesta efectuada el pasado octubre por la Kaiser Family Foundation concluía que un 60 por 100 de los ancianos cree en la existencia de los «paneles de la muerte» federales que, de acuerdo con lo afirmado por Sarah Palin, distribuyen la mortalidad entre los enfermos terminales. Asimismo, «dos de cada tres mayores dicen que la ley reduce las prestaciones para las personas incluidas en el programa tradicional del Medicare», un error de percepción que armoniza con la doctrina central del Tea Party, de acuerdo con la cual Washington está redistribuyendo la riqueza que tanto les ha costado ganar a los jubilados blancos de Estados Unidos entre las bases del Partido Demócrata, en este caso de los jubilados a quienes antes carecían de seguro⁵².

El ataque republicano a los programas federales de seguro médico y transferencia para los futuros jubilados es inmensamente desestabilizador, golpeando al núcleo de las políticas contra la pobreza más eficaces de la historia estadounidense y abriendo enormes brechas entre el quintil inferior de ancianos, para quienes la Seguridad Social constituye el 83 por 100 de sus ingresos, y el quintil superior, para quienes constituye

⁵² Kaiser Public Poll, octubre de 2012. «La división racial en las opiniones sobre la atención sanitaria era 20 puntos porcentuales mayor en 2009-2010 que respecto al plan del presidente Clinton en 1993-1994». Michael Tesler, «The Spillover of Racialization into Health Care», *American Journal of Political Science*, vol. 56, núm. 3, julio de 2012, p. 690.

solo un 18 por 100; así como entre los perceptores actuales de las prestaciones y los menores de 55 años, a quienes los republicanos proponen desheredar. A medida que la generación de la explosión demográfica se infle, hasta llegar a duplicar la cohorte en la que oficialmente entraron en 2012, y a medida que la generación del milenio se vea obligada a asumir más carga para sostener a sus ancianos, el significado social y las políticas con respecto a los ancianos serán objeto de una resistencia cada vez mayor⁵³. El gobierno de Obama, que ha concedido la prioridad a la reducción del déficit desde el comienzo, y después ha consagrado los recortes tributarios de Bush para todos excepto los más ricos, ha debilitado la capacidad de los demócratas para defender que el gasto social en educación y empleo público para los estadounidenses más jóvenes es clave para conservar los programas sociales establecidos por el *New Deal* para los ancianos.

Los votantes del milenio son más fáciles de enfocar que los mayores. Gracias a CIRCLE, el centro de la Universidad Tufts encargado de investigar el voto y la participación política de los jóvenes, los datos de la encuesta a pie de urna efectuada por Edison Research referentes al 19 por 100 de los votantes situados entre 18 y 29 años fueron rápidamente analizados y publicados (véase Cuadro 8). Cuando Al Gore ganó la votación popular de 2000, tres cuartas partes de la cohorte juvenil se identificaron como blancos no hispanos; en esta ocasión, el componente blanco fue de solo el 58 por 100, y la proporción de latinos ha superado por primera vez a la de afroestadounidenses. (En 2018 se prevé que los no blancos constituyan la mayoría del electorado juvenil)⁵⁴.

⁵³ R. Binstock, «Older Voters and the 2010 US Election: Implications for 2012 and Beyond?», cit.; Robert Kuttner, «Greedy Geezers, Reconsidered», *American Prospect*, 3 de diciembre de 2012.

⁵⁴ CIRCLE, Tufts University, «Diverse Electorate: A deeper look into the Millennial Vote», Fact Sheet, 14 de noviembre de 2012. Véase también «Young Voters Supported Obama Less, But May Have Mattered More», Pew Research Center, 26 de noviembre de 2012. El dato sobre el voto latino (63 por 100) es de *ABC News*, no de CIRCLE (66 por 100).

CUADRO 8. Diferencias de raza y de sexo en la franja de 18-29 años

	% de voto por Obama	% que se declaran «progresistas»
Mujeres negras	98	33
Latinas	82	45
Hombres negros	80	25
Latinos	63	35
Todos 18-29	60	-
Mujeres blancas	48	33
Hombres blancos	40	27

Fuente: CIRCLE, Tufts University, «Diverse Electorate: A deeper look into the Millennial Vote», Fact Sheet, 14 de noviembre de 2012.

Aunque el 60 por 100 de los participantes entre 18 y 29 años que votaron por Obama fue crucial para su victoria, no se trató de un «voto joven» homogéneo entre las distintas categorías raciales y de género, como el de 2008. De hecho, la ventaja de Obama entre los hombres blancos más jóvenes (52 por 100 en 2008) ha desaparecido por completo (40 por 100 en 2012), una deserción que coincide con encuestas que indican que los hombres blancos más jóvenes se muestran más pesimistas respecto a la economía, son los más decepcionados por las políticas económicas de Obama, y los que menos apoyan la amnistía a los inmigrantes indocumentados. Más asombrosos han sido los considerables avances de Romney entre los hombres jóvenes negros, cuyo apoyo a Obama descendió drásticamente del 94 por 100 en 2008 al 80 por 100 el pasado noviembre, probablemente por razones similares. La ansiedad económica entre los hombres, jóvenes y viejos, sigue siendo aguda y políticamente volátil. En 2008, Obama recibió el 70 por 100 de los votos de quienes comentaban a los encuestadores a pie de urna que su situación económica era «peor que cuatro años antes». Esta vez, apenas ha obtenido el 20 por 100. Será interesante ver si futuros análisis establecen alguna conexión entre el comportamiento electoral y la persistencia de una insólita desventaja, o «brecha de género», masculina en los mercados laborales⁵⁵. (El porcentaje de varones hispanos jóvenes que

⁵⁵ Tras el desplome de 2008, «los puestos de trabajo asalariados ocupados por hombres en sectores no agropecuarios cayeron en 5,1 millones mientras que entre las mujeres solo bajaron 1,8 millones»: Aysegül Sahin, Joseph Song y Bart Hobijn, «The Unemployment Gender Gap during the Current Recession», Federal Reserve Bank of New York, *Current Issues*, vol. 16, núm. 2, febrero de 2010, p. 2.

han votado por Obama, sin embargo, ha sido prácticamente el mismo que en 2008: 63 por 100 y 64 por 100)⁵⁶.

Las mujeres jóvenes de raza blanca, el mayor segmento de esta franja de edad, dividen casi por igual un voto que fue compensado por una proporción inusualmente elevada de cristianas evangélicas (38 por 100) y por lo tanto puede disfrazar una tendencia más prodemócrata. Las mujeres jóvenes de color, con tres veces más probabilidades que sus hermanas blancas de ser madres trabajadoras, constituyen el corazón y el alma de la «generación Obama», aunque más mujeres negras prefieren declararse demócratas «moderadas» que demócratas «progresistas». Las latinas jóvenes, por su parte, tienen el doble de probabilidades que sus madres de considerarse demócratas (65 por 100) y se han convertido en el grupo «progresista» más consciente y dinámico entre los votantes activos⁵⁷.

Cartografía republicana

A pesar de la turbulencia dentro de las filas de votantes y de los peligros de concretar categorías abstractas como el sexo y la edad, todas las veletas demográficas —como temen los republicanos— apuntan a un futuro con muchos presidentes demócratas. ¿Se deduce, por lo tanto, que la Cámara de Representantes, como ya lo ha hecho el Senado, se realineará de manera acorde en las elecciones de 2014 o 2016? Sorprendentemente, esa no es una apuesta segura; de hecho, analistas políticos de ambos bandos consideran muy improbable que los demócratas consigan mayoría en ambas cámaras. Los colaboradores de *National Journal* subestiman la escala del problema cuando observan que «la cambiante demografía está remodelando la batalla por el Congreso con más lentitud que el paisaje presidencial»⁵⁸.

Aunque el Senado es notoriamente antidemocrático, porque distribuye el poder de acuerdo con los estados, no de acuerdo con la población (los 284.000 votantes de Wyoming, por ejemplo, tienen la misma representación que los 18.671.000 de California), el efecto neto en todo el espectro político es caprichoso, como demuestra el senador de más

⁵⁶ *ABC News*, 6 de noviembre de 2012.

⁵⁷ Datos de CIRCLE. Solo el 29 por 100 de las latinas mayores de 30 años se declaran progresistas.

⁵⁸ Ronald Brownstein y Scott Bland, «Stairway to Nowhere», *National Journal*, 12 de enero de 2013.

prestigio de Vermont, socialista declarado⁵⁹. En contraste, la Cámara de Representantes se redistribuye después de cada nuevo censo, de acuerdo con la población; pero el procedimiento para volver a trazar los distritos en la mayoría de los estados lo establecen Asambleas legislativas y gobernadores partidistas, y puede producir grotescas distorsiones del principio «una persona un voto». Así, en noviembre de 2012 los demócratas obtuvieron 1.363.148 votos más para la Cámara, pero solo les reportaron ocho escaños más, mientras que los republicanos conservaron su tercera más abultada mayoría de escaños desde la Segunda Guerra Mundial⁶⁰. En seis estados clave en los que Obama obtuvo una victoria decisiva (Florida, Ohio, Virginia, Pensilvania, Wisconsin y Michigan), los republicanos consiguieron mayoría en la delegación de cada estado en el Congreso: en total, las mayorías estatales de los demócratas obtuvieron solo 30 escaños en la Cámara de Representantes, mientras que los republicanos obtuvieron 54⁶¹. ¿Cómo se pierden estas mayorías populares demócratas en el tránsito? La respuesta, clave para entender cómo han fortalecido los republicanos su mayoría en la Cámara de Representantes, tiene tres partes: el efecto de la abstención en las elecciones parciales, el amaño de distritos electorales (*gerrymander*) y las ventajas que proporciona el ocupar ya el escaño frente a otros candidatos.

En las elecciones parciales de 2010 confluyeron todos los signos astrológicos en contra. Uno de los más acérrimos defensores del paquete de estímulos de Obama, el experiodista del *The Washington Post* Michael Grunwald, admite que «las encuestas han descubierto que para la mayoría de los estadounidenses el estímulo es un regalo a los banqueros, porque lo confunden con los 700.000 millones de ayuda financiera aprobados antes de que Obama fuese elegido»⁶². Los jubilados, por su parte, estaban enfurecidos ante lo que consideraban una traición al Medicare; los homosexuales y los inmigrantes porque el presidente no

⁵⁹ El principal problema del Senado es de procedimiento, no constitucional. Ambos partidos han conspirado para mantener normas que permiten a 41 senadores bloquear un debate, algo que la minoría republicana hace de ordinario. Este obstáculo podría eliminarse estableciendo votaciones por mayoría, pero ni Harry Reid ni Obama han reunido la voluntad necesaria.

⁶⁰ David Wasserman, 2012 House Popular Vote Tracker, resultado definitivo, 2 de enero de 2012. Véase también Sean Trende, «The Political Landscape after 2012», *RealClearPolitics*, 16 de noviembre de 2012.

⁶¹ Nick Baumann, «Why John Boehner Has Gerrymandering to Thank for His Majority», blog *Mother Jones*, 8 de noviembre de 2012. Baumann proporciona una guía sobre el amaño republicano de distritos más brillante de todos: Pensilvania.

⁶² Michael Grunwald, *The New New Deal*, Nueva York, 2012, p. 19.

había puesto fin a la ley de silencio en el ejército y no había sacado adelante la amnistía; los ecologistas se sentían traicionados por las buenas relaciones de la Casa Blanca con la industria energética y por su mala participación en Copenhague; los pacifistas estaban furiosos por el nuevo «impulso» en Afganistán; los propietarios de casas a quienes se les habían prometido ayudas solo encontraron avisos de desahucio; y los populistas económicos tacharon al gobierno de caso perdido cuando Obama se rindió en la reunión que mantuvo en la Casa Blanca con consejeros delegados de los bancos, autores de la nueva Depresión.

Las primarias de 2010 fueron una seria advertencia a la Casa Blanca: la participación demócrata cayó al nivel histórico más bajo, mientras que la republicana alcanzó el más alto desde 1970⁶³. Como resalta David Corn en otro retrato, por lo demás elogioso, del primer bienio de Obama, el presidente «no aprovechó el enfado de la ciudadanía votante», ni siquiera hizo campaña sobre el terreno a favor de los candidatos demócratas al Congreso que corrían peligro de perder el escaño. Un estratega de la campaña le contó a Corn:

No había mensaje sobre el empleo. Los votantes, con razón o sin ella, consideraban la deuda uno de los factores de la mala economía, y nosotros hablábamos de quién gastaba qué dinero en política. Tuvimos unas elecciones dirigidas por el enemigo. Su mensaje era sencillo: los demócratas están gastando demasiado y esto está perjudicando a la economía. De la Casa Blanca no salió ninguna explicación económica⁶⁴.

Como resultado, 30 millones de votantes de Obama –casi la mitad de los que le habían votado en 2008– se abstuvieron en noviembre de 2010, y los demócratas se hundieron. En 2006, el margen de victoria de los demócratas en la Cámara de Representantes había sido de 6,5 millones de votos; en 2008, más de 13 millones; en 2010, el Partido Republicano cambió un margen ganador de 5,7 millones de votos por 63 nuevos escaños en la cámara baja y 6 en el Senado⁶⁵. Fue la mayor redistribución de aquella Cámara de Representantes desde 1948.

⁶³ Curtis Gans y Maralee Csellar, «GOP Nationwide Primary Vote Exceeds Democrats for First Time Since 1930», Comunicado de prensa de American University, 7 de septiembre de 2010.

⁶⁴ David Corn, *Showdown: The Inside Story of How Obama Fought Back Against Boehner, Cantor and the Tea Party*, Nueva York, 2012, pp. 36 y 43-44.

⁶⁵ Patrick Martin, «The dimensions of the Democratic Party collapse in the 2010 elections», *The Wall Street Journal*, 4 de noviembre de 2010.

Fue también un ejemplo extremo de la habitual abstención de votantes de la mayoría presidencial en las elecciones parciales, que produce «poblaciones de votantes más pequeñas, más viejas y racialmente menos diversas que la población en general»⁶⁶. Casi el 80 por 100 de los votantes de 2010 eran blancos, casi dos tercios de mediana edad o ancianos, y dos quintos se declaraban partidarios de las protestas del Tea Party⁶⁷. Esta alternativa demográfica también permitió la mayor victoria republicana de los pasados cuarenta años en los gobiernos estatales. El Partido Republicano obtuvo 680 escaños legislativos en todo el país, se hizo con el poder en 22 cámaras estatales adicionales, y derrocó a once gobernadores demócratas. La compensación inmediata fue el control sobre la remodelación de distritos en estados que elegían el 40 por 100 de la Cámara de Representantes, mientras que los demócratas conservaron solo el 10 por 100; el resto de los escaños fueron redibujados por gobiernos o comisiones estatales divididos⁶⁸.

El retrasado de distritos electorales da un enorme poder y, gracias a un Tribunal Supremo afín, los gobernadores y las cámaras legislativas del Partido Republicano tuvieron espacio para la cartografía creativa. En la segunda de una asombrosa trilogía de sentencias partidistas sesgadas⁶⁹, la mayoría del Supremo en 2004 dictó en la causa *Vieth v Jubelirer* que la cámara legislativa y el gobernador republicanos de Pensilvania no habían incumplido la Constitución al efectuar un egregio amaño en los 19 distritos electorales del estado que, de acuerdo con uno de los demandantes, «le concedían [al Partido Republicano] una mayoría de los escaños en el Congreso para el resto de la década, incluso aunque no obtuviese una mayoría de votos»⁷⁰. Gracias a los más avanzados modelos informáticos y a

⁶⁶ Lorraine Minnite, «An Analysis of Who Voted (and Who Didn't Vote) in the 2010 Election», Project Vote Research Memo, noviembre de 2010.

⁶⁷ «A Clear Rejection of the Status Quo, No Consensus about Future Policies», Pew Research Center, actualizado a 17 de noviembre de 2010; y Marjorie Connelly, «Rightward, March: the Midterm Exit Polls», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2010.

⁶⁸ Griff Palmer y Michael Cooper, «How Maps Helped Party Keep Edge in the House», *The New York Times*, 15 de diciembre de 2012.

⁶⁹ El primero fue el de Bush y Gore en 2000, que puso fin al recuento en Florida; el segundo fue el año pasado entre Ciudadanos Unidos y la Comisión Electoral Federal, que reconoció «derechos» propios de la Primera Enmienda a las corporaciones, abriendo así las compuertas a un gasto electoral ilimitado.

⁷⁰ The Brennan Center for Justice, «*Vieth v Jubelirer*», 28 de abril de 2004.

un sesgo inherente en la geografía electoral (los votantes demócratas están más concentrados que los republicanos), los nuevos mapas de los republicanos eran obras maestras que ofrecían al partido nacional –de acuerdo con un estudio de Brookings– «una ventaja estructural estimada de 5 puntos porcentuales»⁷¹. (Este cálculo ha sido puesto en duda por otro análisis que afirma que los demócratas necesitan de hecho un margen mayor del 7 por 100 en la votación popular para recuperar la Cámara de Representantes)⁷². «Lo que demuestra el éxito obtenido en la cámara baja –escribía Rames Ponnuru en *National Review*– es que los republicanos pueden obtener mejores resultados cuando son ellos quienes escogen los votantes y no al revés»⁷³.

Un buen amaño de distritos electorales es también una póliza de seguro para quienes defienden el escaño en un distrito, aunque en el caso republicano (gracias al Tea Party) protege ahora más al partido que al individuo. Cuando Bill Clinton fue elegido en 1992, de acuerdo con Nate Silver, más de cien miembros de la Cámara de Representantes procedían de distritos bisagra, en los que el margen local de victoria se encontraba dentro del 5 por 100 del voto nacional, mientras que 123 miembros fueron elegidos en «distritos de victoria aplastante», protegidos por ventajas de partido de 20 puntos o más. Hoy, una considerable mayoría de la Cámara de Representantes (242 de los 435 miembros) vive en comunidades cerradas donde consiguen márgenes abrumadores. Solo 35 miembros luchan por la supervivencia dentro de los estrechos márgenes de una votación presidencial. Y la práctica de reparto de votos (demócratas que votaron a Eisenhower o republicanos que votaron a Clinton), habitual después de la guerra, ha sido suplantada por una fidelidad a la lista de partido propia de la «edad dorada». Cada vez menos distritos del Congreso votan contra su «inclinación presidencial»⁷⁴. Incluso los avances de los demócratas en la Cámara de Representantes en noviembre de 2012 confirmaron el éxito de los republicanos en el diseño de una máxima polarización racial en la geografía del Congreso. «A pesar de su retroceso», escribían los autores de un estudio de *National Journal*,

⁷¹ William Galston, «The 2012 Election: What Happened, What Changed, What it Means», Brookings Governance Studies, 4 de enero de 2013, p. 14.

⁷² Dana Milbank, «In the House, a deck stacked for Republicans», *The Washington Post*, 6 de enero de 2013.

⁷³ R. Ponnuru, «The Party's Problem», cit., p. 19.

⁷⁴ Nate Silver, «As Swing Districts Dwindle, Can A Divided House Stand?», blog *FiveThirtyEight*, NYTimes.com, 27 de diciembre de 2012.

Los republicanos aumentaron su porcentaje en distritos más blancos que la media nacional; los aumentos de los demócratas proceden por completo de distritos con mayor presencia de minorías [...] Tras este cambio de demarcaciones, los partidos se observan uno a otro desde un profundo abismo racial en la Cámara de Representantes. Eso es más visiblemente evidente en la composición de cada partido en el 113º Congreso. Los hombres blancos siguen constituyendo el 88 por 100 de los republicanos de la Cámara de Representantes mientras que, por primera vez en la historia, constituirán una minoría en el grupo demócrata en dicha cámara, en el que ahora son mayoría mujeres y miembros de minorías⁷⁵.

Obama vs demócratas

El pasado ciclo electoral (2008-2010-2012) ha dejado un número de cánidos muertos mayor del usual en las carreteras sureñas, además de enviar a la guillotina a los homólogos republicanos de los girondinos. Considérese el destino de los otrora famosos *Blue Dogs*. Organizados como grupo demócrata conservador en 1994 para seguir la tradición de los denominados *Boll Weevils* de la era Reagan, se hicieron poderosos gracias al entonces representante Rahm Emanuel (5º distrito de Illinois) que, como presidente del Comité de la Campaña Demócrata para el Congreso en 2005-2007, convirtió en prioridad el atraer a candidatos dispuestos a presentarse como demócratas en los distritos de mayoría blanca, de tendencia republicana, con independencia de sus opiniones conservadoras. Esta estrategia promiscua tuvo éxito a corto plazo, y consiguió una mayoría demócrata de 31 escaños en la Cámara de Representantes en las elecciones parciales de 2006, ampliada en 21 escaños adicionales en 2008. Se podría decir que la Afordable Care Act de Obama no habría sido aprobada en 2009 sin el apoyo de los Blue Dogs; y tampoco se habría ido tan a la derecha del plan sanitario original presentado por Hillary Clinton en 1993. Pero este grupo compuesto por 54 miembros era también un poderoso grupo de presión, dentro del Partido Demócrata, a favor del marco republicano de prioridades nacionales, como reducir el déficit y los impuestos a costa de recortar el gasto social.

⁷⁵ Ronald Brownstein y E. Scott Bland, «It's not Just Partisanship that Divides Congress», *National Journal*, 10 de enero de 2013. En estados como Texas, sin embargo, en los que la estrategia de redistribución de distritos posterior a 2000 ha diluido a los votantes demócratas, en lugar de superconcentrarlos, la venganza demográfica llegará antes o después.

En las elecciones de 2010, sin embargo, los Blue Dogs fueron prácticamente aniquilados por la guerra relámpago del Tea Party. En la víspera de las elecciones, los demócratas representaban a 77 distritos con inclinación presidencial republicana; después de las elecciones, solo a 17. En 2012, solo ganó un candidato respaldado por este grupo, y los Blue Dogs de segundo mandato solo pueden jactarse de tener 15 miembros. Como consecuencia, el grupo progresista, con 76 miembros, incluido un senador (Bernie Sanders), se ha convertido en el mayor bloque programático en la minoría de la Cámara de Representantes, seguido por unos 54 miembros de la Nueva Coalición Demócrata, un derivado del Consejo de Líderes Demócratas y del centrismo «triangulado» del gobierno de Clinton, que se centra principalmente en promover las industrias tecnológicas y sus exportaciones. El Grupo Progresista es el grupo del Congreso más firmemente de izquierdas en más de sesenta años, y ciertamente sus miembros han demostrado que puede hacerse. Con el apoyo de los principales sindicatos y de asociaciones por la igualdad de derechos, el Grupo ha sacado su propio Presupuesto Popular, que solucionaría el problema del déficit reduciendo el gasto del Pentágono, y en varias ocasiones se ha enfrentado al patológico centrismo del presidente. En 2009, por ejemplo, amenazó con votar contra la reforma sanitaria a no ser que incluyese «una robusta opción pública»; el pasado otoño, la presidente del Grupo, Keith Ellison, representante por Minneapolis, afirmó que sus miembros rechazarían cualquier acuerdo para aminorar el déficit «que recorte las prestaciones sociales a familias o ancianos dependientes del Medicare, el Medicaid o la Seguridad Social para comer o para cubrir sus gastos sanitarios»⁷⁶.

¡No pasarán! Por desgracia, el Grupo Progresista siempre rinde Madrid. Como observa con acritud el demócrata de izquierdas Norman Solomon, «casi oyes cómo se ríen en el Ala Oeste cuando el Grupo Progresista promete mantenerse firme». En 2009, todos los miembros «cedieron a la presión y votaron a favor de una ley sanitaria sin ninguna opción pública». De igual modo, en el Año Nuevo solo siete miembros del Grupo –sin incluir a Ellison– votaron contra el pacto fiscal del presidente

⁷⁶ Alex Seitz-Wald, «Liberals double down: No entitlement cuts», Salon.com, 29 de noviembre de 2012. Esto recordaba la promesa hecha en 2011 por Steve Israel, protegido de Nancy Pelosi y en la actualidad jefe del Comité de la Campaña Demócrata para el Congreso: «Defenderemos el Medicare y nos opondremos a la Casa Blanca si tenemos que hacerlo» (D. Corn, *Showdown: The Inside Story of How Obama Fought Back Against Boehner, Cantor and the Tea Party*, cit., p. 309).

con los republicanos, en el que cedió el umbral de renta de 250.000 dólares que había declarado innegociable. «Lo que hemos visto hasta ahora –escribe Solomon– es una rendición por etapas; una confluencia crónica de conformidad y excesiva lealtad al partido, en la que las bravuconadas de los miembros del grupo van seguidas habitualmente del voto contrario»⁷⁷.

Los progresistas afrontan la cuestión de cómo trabajar con un presidente cuyo «pospartidismo» guarda un afecto duradero por el aristocrático Senado, al que su gobierno está umbilicalmente unido por Joe Biden, al tiempo que a menudo expresa un extraño desdén por los demócratas progresistas de la Cámara de Representantes y por los partidarios de estos (¿tal vez porque son su conciencia culpable?). Existe una desconfianza mutua desde su nombramiento como candidato, en 2008, cuando para evitar una confusa batalla con Hillary acerca de las credenciales, Obama se unió a la gente de Clinton, pidiendo a John Podesta, ex jefe de personal del presidente Clinton, que «encabezase una “transición en la sombra” secreta». Como sigue explicando Michael Grunwald, «los leales a Obama temían que, mientras ellos trabajaban día y noche para vencer a McCain, Podesta pudiera estar construyendo la arquitectura para establecer un nuevo gobierno cuasiclintoniano»⁷⁸. Pero los primeros cuatro años de Obama quizá estuvieran modelados tanto por el síndrome de Estocolmo como por astutos cálculos tácticos clintonianos. A todos los efectos, el presidente estaba atónito ante la decisión de los congresistas republicanos de destruir su gobierno a base de chantaje fiscal, calumnia y falta de cooperación. De acuerdo con un alto asesor, Obama sencillamente «no tenía estrategia para contrarrestar el extremismo [republicano]»⁷⁹. A comienzos de 2011 contrató a dos negociadores de secuestros: William Daley, hijo del alcalde de Chicago Richard J. Daley y director de JP Morgan Chase para el Medio Oeste, como nuevo jefe de gabinete, junto con el consejero delegado de General Electric, Jeff Immelt, como presidente de su Consejo sobre Empleo y Competitividad. Los progresistas

⁷⁷ Norman Solomon, «The Progressive Caucus: Enabling Obama’s Rightward Moves?», *HuffPost Politics*, 8 de enero de 2013. Steve Israel, por su parte, se convirtió en uno de los defensores más directos del pacto de Año Nuevo: los estadounidenses quieren «un sentimiento de acuerdo y soluciones», «caer por el precipicio no es una opción». Anjali Sareen, «Democrats Provided “Adult supervision” in Fiscal Cliff Deal», *Mediaite*, 2 de enero de 2013.

⁷⁸ M. Grunwald, *The New New Deal*, cit., p. 77.

⁷⁹ Jared Bernstein, citado en D. Corn, *Showdown: The Inside Story of How Obama Fought Back Against Boehner, Cantor and the Tea Party*, cit., p. 344.

del Congreso se horrorizaron, con razón, no solo por los nombramientos, sino también por el hecho de que Obama abriese una segunda línea de negociaciones con las grandes empresas a través de Immelt, al tiempo que privaba de información a buena parte de su propia base.

A comienzos de 2011, Obama ofreció a la oposición unos recortes presupuestarios de 1 billón de dólares, buena parte en programas federales esenciales, pero Jeff Sessions, el republicano más antiguo en el Comité Presupuestario del Senado, lo tachó de «insignificante». Unos meses más tarde propuso su «gran concesión» de recortar el gasto federal 4 billones de dólares en un periodo de doce años si los republicanos permitían a su vez que los impuestos a las rentas más altas volviesen a su nivel de 1999. Rechazado de nuevo y con el techo fiscal hundiéndose sobre la cabeza de la economía, en agosto el presidente hizo realidad las pesadillas de los progresistas al aceptar 2,4 billones de dólares de futuros recortes simplemente para posponer el «precipicio fiscal» hasta después de las elecciones. Como se quejaba David Corn, «el presidente había sido obligado a recortar programas importantes más allá de lo que consideraba prudente, pero ahora estaba aceptando algo a lo que se había opuesto»⁸⁰. De hecho, Obama empezaba a parecer un atómido y lastimero Rodney King: «¿por qué no podemos llevarnos bien?».

A pesar de su influencia hipotéticamente mayor tras el gran desastre de los Blue Dogs, en 2012 el ala izquierdista del Partido Demócrata no influyó en el programa de una campaña tan deliberadamente de mínimos que podría compararse con una obra maestra de Frank Stella o John Cage. Abolir los recortes fiscales de Bush a los ricos (y aun así dejarlos todavía infinitamente menos gravados que durante la dictadura socialista de Dwight Eisenhower, cuando el tipo marginal máximo fue del 92 por 100) sirvió de truco populista de campaña, mientras el presidente intentaba esquivar, pero nunca devolver, los a menudo bien dirigidos golpes de Romney acerca de una recuperación económica sin recuperación del empleo. Obama prometía sol y justicia, pero rara vez fue más específico que el «eso ya lo veremos» de su adversario. La pobreza, el hambre, la decadencia urbana, la defensa de la enseñanza pública, los derechos sindicales, los delitos empresariales, las escuchas totalitarias, los desahucios, la amnistía a presos afectados por la política de tolerancia cero ante las drogas, la creación del Estado palestino, y todas las demás

⁸⁰ *Ibid.*, p. 233.

cuestiones que constituyen el programa progresista fueron enterrados a más profundidad que en cualquier elección de la que se tenga memoria. Aunque Tuvalu había pasado a ser la playa de Jersey y el Mississippi se estaba convirtiendo en un cerco de bañera, el cambio climático no fue mencionado en los debates presidenciales ni en los cientos de miles de anuncios electorales. Y el «segundo estímulo» –la ley laboral presentada por el presidente en 2011, incluida su crucial aportación de 35.000 millones de dólares en ayuda de emergencia para salvar los puestos de trabajo de maestros y bomberos (derrotada en el Senado por culpa de tres demócratas renegados)– quedó olvidado en el desván.

Por razones desconocidas, los medios de derechas –como *Forbes*, *Deseret News* (propiedad de la iglesia mormona) y *The Washington Times*– están cautivados por la imagen de Obama como un «Perón» norteamericano (Michelle, por supuesto, es Evita), que acumula poder ofreciendo prestaciones a ineficientes peones y empleados públicos⁸¹. La comparación no es convincente, excepto en la medida en que Obama prefiere huir de la atmósfera viciada del sistema de partidos para instalarse en el aire puro de su propio carisma. Tiene tendencia a construir redes privadas y confiar solo en ellas, o, por decirlo más claramente, nunca ofrece acercar en su coche a demócratas que se están mojando bajo la lluvia. Wisconsin es el ejemplo consumado. Pocas elecciones de años recientes han sido más importantes para el movimiento sindical estadounidense que el enfrentamiento entre el gobernador Scott Walker y el alcalde de Milwaukee Tom Barrett el pasado junio. Walker, ídolo del Tea Party, provocó una revuelta de todo el estado en 2011 por privar a los trabajadores del sector público de sus derechos al mismo tiempo que proponía recortar impuestos a los más ricos. Los legisladores demócratas, demostrando una rara voluntad de lucha, huyeron del estado para impedir que hubiera quórum en la votación, al tiempo que sindicalistas, estudiantes y ancianos sitiaban el capitolio estatal. Un millón de ciudadanos firmaron peticiones para deponer a Walker, y la cuestión se sometió a voto en junio como una opción entre Walker y Barret, interpretada por ambos bandos como un referendo sobre el destino del sindicalismo en el sector público, no solo en Wisconsin sino en todo el país. Republicanos decididos reunieron más de 45 millones de dólares para defender a Walker, una reserva de fondos elevadísima para unas elecciones del Medio Oeste, mientras que los demócratas consiguieron reunir 18 millones en nombre de Barrett.

⁸¹ Solo hay que echar un vistazo en Google.

Todos los ojos progresistas se posaron con esperanza en la Casa Blanca: tras una larga espera, el presidente tuiteó un mensaje corto de apoyo a Barrett. Eso fue todo. La victoria de Walker fue sonada.

El presidente es también un tacaño asombroso. Obama, señala Michael Barone, «asistió a más de 200 eventos para recolectar fondos para su campaña, pero se abstuvo de recaudar dinero para los demócratas del Congreso»⁸². Cuando Pelosi y Reid rogaron a la Casa Blanca que compartiese 30 millones de su enorme reserva de fondos para ayudar al Partido a recuperar el control del Congreso, recibieron un no por respuesta. Al mismo tiempo, la campaña de Obama sacaba el dinero de estados perdidos como Texas («el único estado de la unión con mayoría de minorías pero que no tiene un dirigente estatal demócrata»), donde en agosto Obama había reunido ya 11 millones de dólares, dejando a los descamisados «candidatos demócratas al único escaño dudoso por Texas al Senado, con 500.000 dólares de aportaciones de campaña, frente a los 45,9 millones reunidos por los republicanos». Como señalaba un comentarista a principios de 2012, «este año el presidente Barack Obama tiene un mensaje aciago para los demócratas de la Cámara de Representantes y del Senado en lo que a dinero de campaña se refiere: arregláoslas como podáis»⁸³.

Los temores de que la Casa Blanca llegue a mirar el Partido como un vampiro mira su comida no hicieron más que aumentar con el anuncio sorpresa, tras las lecciones de 2012, de que la campaña de Obama no disolvería su operación de base, sino que la transformaría en una organización de masas sin ánimo de lucro denominada *Organizing for Action* [Organización para la acción], con la misión de apoyar las prioridades del presidente. Aunque ningún demócrata ha acusado a Obama de «peronismo», el anuncio causó consternación generalizada en el Comité Nacional Demócrata [DNC]: varios miembros «expresaron el temor» de que «el nuevo grupo externo» pudiese «perjudicar la recaudación

⁸² Michael Barone, «To Win, Obama Sacrificed House, State Legislatures», *Examiner*, 13 de noviembre de 2012. Y añade: «Los resultados de las elecciones presidenciales se parecen a los de 2008. Pero cuanto más abajo se sitúe el voto, más se parecen los resultados a los de 2010».

⁸³ Emily Ramshaw, «At DNC, Texas Dems Asking for a National Investment», *The Texas Tribune*, 3 de septiembre de 2012; John Bresnahan, «White House to Congress Dems: Expect no money», *Politico.com*, 5 de marzo de 2012.

de fondos por parte del partido y drenar sus recursos»⁸⁴. Al contrario que el DNC, *Organizing for Action* podrá operar en el mismo entorno de aportaciones ilimitadas y libres de impuestos que el PAC Crossroads de Rove, pero con la ventaja de la tecnología de movilización más avanzada en la historia electoral. Si tiene éxito, cambiará las relaciones de poder entre la Casa Blanca y los demócratas locales, y minimizará la dependencia del Presidente de sindicatos, grupos por la igualdad de derechos y progresistas que transmitan mensajes puerta por puerta. Lo que se anuncia como estrategia innovadora para superar el bloqueo de la mayoría republicana en la Cámara de Representantes puede simplemente proporcionar al presidente un camino más amplio (¿La avenida 9 de Julio, quizá?) para eludir a su propio partido.

La casa del no

Si Obama augura un nuevo cambio, inspirado por Clinton, hacia un presidencialismo carismático, con congresistas del partido cautivos y poco debate interno, los republicanos han avanzado en la dirección opuesta, y operan como un partido parlamentario más guiado por el conflicto ideológico que por la fidelidad común a una figura heroica como Nixon o Reagan. Frank Rich, por ejemplo, comentaba de una charla dada por Grover Norquist el año pasado ante el Comité Conservador de Acción Política que «la única función del candidato republicano como presidente sería la de “firmar la legislación ya preparada” por el grupo republicano en el Congreso, empezando por el presupuesto de Ryan, que recorta drásticamente el sector público»⁸⁵. Norquist, por supuesto, inventó el juramento de lealtad fiscal a comienzos de la década de 1990, transformando los lemas de las revueltas tributarias de la década de 1970 en una inflexible teología de oposición al gasto social público y a los impuestos sobre la riqueza. Más importante, sus principales promotores y aliados en el Congreso estaban dispuestos a sancionar e incluso desbancar a los legisladores que se negasen a firmar la «Promesa de Proteger al Contribuyente»⁸⁶.

⁸⁴ Cameron Joseph, «Rebranded Obama campaign group causes frustration for DNC», *The Hill*, 22 de enero de 2013.

⁸⁵ Frank Rich, «The Election—II», *The New York Review of Books*, 8 de noviembre de 2012.

⁸⁶ Al final, hasta Norquist se asustó del fanatismo del Tea Party y concedió a Boehner una indulgencia papal en el último momento (dado que los recortes tributarios de Bush habían expirado, no se producía un incremento de impuestos...) para escapar del círculo cada vez más cerrado establecido por aquellos conservadores que proponían saltar al precipicio.

Aunque finalmente todos excepto un puñado de republicanos de la Cámara de Representantes firmó, la unificación del partido en torno a una intimidatoria ideología fiscal, lograda brevemente por la «revolución» del Congreso de 1994, fue menoscabada por la caída en desgracia y la dimisión de Gingrich como portavoz, y después eclipsada por la absorción del gobierno de Bush en el proyecto neoconservador de crear una utopía libremercadista en Iraq. La «victoria imposible» de Obama en 2008, que desacreditó a los restos del *establishment* republicano, compuesto por senadores más antiguos, neoconservadores académicos y *consiglieri* de Reagan, aportó, por el contrario, enorme energía a los sectores republicanos dogmáticos, convencidos de que los principios básicos –vida no nacida, tipos tributarios marginales o el patrón orodeberían ser innegociables.

Aunque fue creado en gran medida por FreedomWorks, los hermanos Koch y Fox News, el Tea Party apelaba al profundo pozo de nostalgia conservadora de un Estados Unidos de mayoría blanca, regido por padres y jefes. También llenaba el vacío dejado por la decadencia de la Coalición Cristiana de Pat Robertson y anteriores alianzas derechistas. Aunque su populismo, como han demostrado varios estudios recientes, ha quedado confinado principalmente a los clubes de campo y a las megaiglesias de distritos electorales de clase media con desempleo inferior a la media, ha seguido siendo un pararrayos para el temor de que la tradicional prosperidad y vida familiar estable de los blancos fuesen incompatibles con el continuo avance de minorías e inmigrantes. El Tea Party es el la mentalidad pequeño burguesa de George F. Babbitt, el personaje de Sinclair Lewis mirándose al espejo y sintiéndose una cultura moribunda⁸⁷.

Las primarias de 2010 se situaron entre las más reñidas de la historia republicana. Los candidatos respaldados por el Tea Party –es decir, por Armey y/o los Koch– se enfrentaron a algunos de los nombres más grandes del Partido, como Bob Bennett, Trey Grayson, Mike Castle, Charlie Crist, Sue Lowden, Rick Lazio, Paul Thurmond (hijo de Strom) y Lisa Murkowski (aunque finalmente Murkowski obtuvo la elección general gracias a los votos escritos a mano por los votantes). Aproximadamente un tercio de los candidatos a representantes

⁸⁷ Los seguidores de Paul, inicialmente representados en algunos medios de comunicación como ideólogos del Tea Party, solo mantienen una relación imprecisa con la causa. Asimismo están divididos entre republicanos reticentes y fervientes militantes del Partido Libertario, que apenas obtuvo un 1 por 100 de los votos nacionales.

respaldados por el Tea Party consiguió el escaño. La mayoría se presentaba por primera vez, y Dick Arney organizó para los novatos un taller sobre «como no dejarse absorber» por el *establishment* republicano. Cincuenta y cinco se convirtieron en miembros del grupo oficial del Tea Party fundado por Michelle Bachean, aunque su pertenencia superpuesta está empujada por los 170 miembros del Republican Study Committee. (El RSC, el mayor bloque ideológico del Congreso en los pasados 30 años, se organiza en torno a la «Taxpayer's Bill of Rights», y hasta las elecciones de 2010 se consideraba a sí mismo la única iglesia verdadera del republicanismo conservador).

El trauma de los enfrentamientos en las primarias de 2010, repetido en 2012, ha transformado el cálculo de la defensa del escaño, y por lo tanto la estabilidad de líderes dentro del Partido Republicano. Si Norquist era un problema, el Tea Party es una peligrosa policía teológica. De acuerdo con David Wasserman, editor interno del respetado *Cook Political Report*, solo 6 de 234 republicanos de la nueva Cámara representan a distritos de tendencia demócrata. Con independencia de los dilemas nacionales del partido, la «abrumadora proporción de republicanos en la Cámara de Representantes tendrá más que temer de las primarias que de las elecciones generales en 2014. Esta realidad política guía el comportamiento de los congresistas»⁸⁸. Lo que da realidad a la amenaza, por supuesto, es la existencia de grupos como FreedomWorks y Americans for Responsible Government, que están dispuestos y pueden superar en gasto a la mayoría de los titulares del cargo, excepto los más ricos.

«El giro ideológico entre el 111º y el 112º Congresos –escriben Theda Skocpol y Vanessa Williamson– ha sido extraordinario; de hecho, mayor que en cualquier otro cambio de una Cámara de Representantes a la siguiente, incluido el ocurrido en 1994». Usando una nueva metodología desarrollada por Adam Bonita, científico político de Stanford, para clasificar las ideologías de los miembros de la Cámara de Representantes y otros políticos, ambas autoras se quedaron asombradas por la temperatura del extremismo que encontraron en la clase republicana de 2010: el 77 por 100 de los republicanos recién llegados «se sitúan a la derecha del republicano típico en el Congreso anterior, y muchos están a la derecha de casi todos los republicanos desde siempre». Sostienen, como Anthony

⁸⁸ Citado en Paul West, «Tea Party isn't dead by any means», LATimes.com, 7 de diciembre de 2012.

DiMaggio en su libro sobre el Tea Party, que este gran giro hacia la derecha no ha sido tanto el resultado de una rebelión de las bases como de astutas inversiones efectuadas por «plutócratas» antiimpuestos que esencialmente han salido a comprarse un nuevo «campo de juego»⁸⁹.

Pero el «modelo de inversión» plutocrático no debería ocultar en qué medida se ha radicalizado el electorado republicano desde 2008. Las encuestas a pie de urna, por ejemplo, han revelado un aumento drástico del número de votantes republicanos que declaran estar «enfadados» con Obama, del 17 por 100 en 2008 al 45 por 100 de la actualidad. En una subcultura en la que el comentarista radiofónico Rush Limbaugh es la norma emocional, los republicanos disfrutaban con el ruido y la furia, sin importar lo demenciales que sean. Así, un favorito especial del ala del Tea Party ha sido el político de Florida Allen West, que perdió por poco su escaño en la Cámara de Representantes el pasado noviembre. De acuerdo con Michael Bender, «ha calificado al presidente Obama de “amenaza contra la reserva genética”», y «llamado comunistas a 78 de los miembros progresistas del Congreso»⁹⁰. Mientras tanto, la teoría de la conspiración conserva su destacada función tradicional en la política derechista estadounidense. De acuerdo con Public Policy Polling, el 49 por 100 de los votantes del Partido Republicano en todo el país piensa que la organización comunitaria ACORN «robó las elecciones [de 2012] para el presidente Obama [...] el 52 por 100 de los republicanos pensaba que ACORN había robado las elecciones de 2008 para Obama, de modo que es un descenso moderado, pero quizá menor de lo que sería de esperar, dado que ACORN ya no existe»⁹¹.

En perspectiva histórica, por supuesto, el Partido Republicano moderno siempre tiene una minoría sustancial de verdaderos creyentes de extrema derecha como la John Birch Society (ahora activa en el Tea Party) en las décadas de 1950 y 1960, o los diversos grupos violentos contra Roosevelt una década antes, que veían subversión tras cada mural y cada proyecto de vivienda social del *New Deal*. Más significativas son las tendencias

⁸⁹ Theda Skocpol y Vanessa Williamson, *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, Nueva York, 2012, pp. 169-172. (La obra de Bonita no está aún en prensa). Anthony DiMaggio, *The Rise of Tea Party*, Nueva York, 2011.

⁹⁰ Michael Bender, «The Dirtiest Campaign in America», *Bloomberg Businessweek*, 22-28 de octubre de 2012, p. 36.

⁹¹ Esta no es una cita de Jon Stewart, sino un informe de una prestigiosa organización de encuestas. «Republicans not handling election results well», Public Policy Polling, 4 de diciembre de 2012.

más generales, como el hundimiento del respaldo a una red de seguridad social mínima entre los republicanos (del 62 por 100 en 1987 al 40 por 100 en la actualidad) o la creciente indiferencia generacional acerca del futuro de los estadounidenses más jóvenes. Ideas antes marginales se están convirtiendo también en algo convencional dentro del republicanismo del Tea Party, como la extravagante interpretación «originalista» de la Constitución defendida por Antonin Scalia, juez de extrema derecha del Tribunal Supremo, que cree que las intenciones originales de los esclavistas de Virginia y los comerciantes de Nueva Inglaterra en el siglo XVIII son las únicas interpretaciones constitucionales permisibles para los gobiernos estadounidenses del siglo XXI. Para algunos evangélicos, de hecho, la Constitución es ahora como la Biblia: infalible palabra divina que debe entenderse del modo más antimoderno posible⁹².

Por desgracia, la «polarización» política es unidireccional. Aparte de las jóvenes latinas antes mencionadas, ningún segmento importante de la opinión demócrata ha virado significativamente a la izquierda en los pasados veinte años. En contraste, la opinión republicana –al menos medida por su representación en el Congreso– se ha ido derechizando año a año desde 1976. Clasificado de acuerdo con una escala ideológica de siete puntos muy utilizada, algunos científicos sociales creen que los republicanos están ahora más a la derecha que en cualquier momento del pasado siglo⁹³. ¿Qué ha producido este giro a la derecha? Un trío de científicos políticos –McCarty, Poole y Rosenthal– que en 2006 publicó un libro titulado *Polarized America* plantea el atractivo argumento de que la actual polarización ideológica en el Congreso sigue la polarización de la renta: los beneficiarios de la desigualdad se mueven constantemente hacia la derecha. Asimismo, el efecto está potenciado por una realimentación positiva: la desigualdad de renta aumenta la polarización al tiempo que la polarización política aumenta la desigualdad de renta⁹⁴.

A este argumento podría añadirse la hipótesis de que cada avance de los demócratas hacia la acomodación centrista no sirve sino para animar a los republicanos –y por consiguiente al «centro» móvil– a derechizarse

⁹² Véase Peter Smith y Robert Tuttle, «Biblical Literalism and Constitutional Originalism», *Notre Dame Law Review*, vol. 86, núm. 2, 2011.

⁹³ Frank James, «Political Scientist: Republicans Most Conservative They've Been in 100 Years», *It's All Politics*, página web de NPR (la radio pública), 13 de abril de 2012.

⁹⁴ Nolan McCarty, Keith Poole y Howard Rosenthal, *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches*, Cambridge (Ma), 2006.

más. El conservadurismo social y los conservadores descontentos con el siglo XXI siguen siendo obviamente la argamasa del republicanismo. Pero lo que de hecho impulsa al partido hacia la derecha y constituye el núcleo racional de su aparente nihilismo es la determinación de conservar toda la redistribución ascendente de riqueza y poder alcanzada en las tres décadas transcurridas desde la revolución de Reagan. Thomas Edsall, quien sostiene convincentemente en su nuevo libro que los conflictos insolubles acerca de los recursos del Estado son resultados inevitables del estancamiento económico, defiende la lógica de actor racional de la intransigencia republicana:

Los líderes republicanos ven cerrarse la oportunidad de dismantelar el Estado progresista. Amenaza una perspectiva de que el Partido Republicano se vea obligado a acomodarse al cambio demográfico, en un momento en el que los partidarios de un Estado grande ganan impulso y una cohorte creciente de estadounidenses empieza a depender de los programas sociales. Estas tensiones incentivan que el movimiento conservador avance más a la derecha y adopte estrategias cada vez más arriesgadas⁹⁵.

Es improbable que este giro drástico a la derecha cese. En primer lugar, el ala del Tea Party está absorbiendo los principales grupos de debate republicanos, con la valiosísima ayuda de los ubicuos hermanos Koch. El pasado marzo, por ejemplo, los Koch despidieron a Ed Crane, ejecutivo del Cato Institute, que inmediatamente acusó a Charles Koch de estar conspirando para «transformar el Cato, de organización investigadora independiente y no partidista, en una entidad política capaz de respaldar mejor su programa partidista». Esto fue seguido por el fallido golpe de Armev en Freedomworks, y después, en lo que los partidarios del Tea Party consideraron una «acción magistral», la dimisión por sorpresa de Jim DeMint como senador por Carolina del Sur para hacerse cargo de la *Heritage Foundation*, principal centro encargado de establecer las políticas conservadoras. Como uno de los consejeros de Cato declaró a *Business Week*: «La contratación de DeMint es el reconocimiento por parte de la Heritage de que la energía no está en el *establishment* republicano». La elección «muestra que está avanzando más hacia el Tea Party que a la corriente mayoritaria»⁹⁶. En segundo lugar, las bases del Partido se oponen resueltamente a la colaboración entre partidos o a

⁹⁵T. Edsall, *The Age of Austerity: How Scarcity Will Remake American Politics*, cit., p. 10.

⁹⁶Julie Bykowitz, «Tea Party Gains Control Over Republican Policy Incubators», *Businessweek.com*, 7 de diciembre de 2012.

unos líderes nacionales más centristas. Por el contrario, los analistas de Pew descubrieron que:

Con una diferencia del 57 al 35 por 100, los republicanos y los de tendencias republicanas siguen considerando que los líderes del partido deberían avanzar en una dirección más conservadora, no más moderada. Los demócratas y los de tendencia demócrata, por su parte, siguen apoyando una mayor moderación de sus líderes políticos: casi seis de cada diez (57 por 100) quieren que los líderes demócratas avancen en una dirección moderada, mientras que el 33 por 100 quiere que se muevan en una dirección más progresista⁹⁷.

Estados de partido único

Unas semanas después de las elecciones, Rachel Maddow, de MSNBC, se quejaba de la drástica contradicción entre la imagen que los medios nacionales daban de un Partido Republicano más moderado, que intenta «corregir de modo sustancial la trayectoria», y las noticias locales sobre la tenaz oposición republicana a la amnistía migratoria, el aborto y los derechos de los homosexuales en los estados en los que ocupan el poder:

En todo el país, si observamos los periódicos y los informativos de televisión estatales, que cubren lo que los republicanos planean hacer en los estados donde tienen autoridad de gobierno, y los contrastamos con la discusión que se produce en Washington acerca de lo que en teoría deberían hacer los republicanos, parecen noticias de dos universos completamente distintos⁹⁸.

El segundo universo comprende los 24 estados del Sur y de las Llanuras en los que los republicanos ocupan la mansión del gobernador y controlan ambas cámaras del poder legislativo. En la actualidad hay más legisladores estatales republicanos (3.814) que en cualquier momento desde 1928, y más cámaras controladas por los republicanos en el sur (19) que desde el momento culminante de la Reconstrucción en 1870. (Todavía en 1993, ninguna cámara sureña tenía mayoría republicana). Desde 1876, además, solo ha habido tres periodos en los que los republicanos disfrutasen de mayor porcentaje de gobernadores en todo el país: 1921-1922, 1970 y 1997-1999⁹⁹. Romney tal vez haya perdido las elecciones nacionales, pero los republicanos –que se hicieron con 22 cámaras

⁹⁷ «Low Marks for the 2012 Election», Pew Research Center, 15 de noviembre de 2012.

⁹⁸ Rachel Maddow, «Republicans On National and State Levels are “Like Two Different Universes”», MSNBC, 27 de noviembre de 2012.

⁹⁹ S. Trende, «The Political Landscape after 2012», cit.

en las elecciones parciales de 2008– ganaron nuevamente en las elecciones de 2012 a las asambleas legislativas, consolidando sus avances anteriores (véanse los Cuadros 9 y 10)¹⁰⁰.

CUADRO 9. *Porcentaje de legisladores estatales demócratas*

	2010 (antes de las elecciones)	2012 (después de las elecciones)
<i>Nacionales</i>		
Senado	53	46
Cámara baja	56	48
<i>El Sur</i>		
Senado	51	38
Cámara baja	51	40

Fuente: Michael Barone, «To Win, Obama Sacrifices House, State Legislatures», *Washington Examiner*, 13 de noviembre de 2012.

CUADRO 10. *Después de las elecciones de 2012*

<i>Legisladores estatales</i>	
Demócratas	3.479
Republicanos	3.814
<i>Gobernadores</i>	
Demócratas	19
Republicanos	30
Independientes	1
<i>Supermayorías</i>	
Demócratas	14
Republicanos	24

Fuente: National Conference of State Legislatures.

La Administración pública de cada estado es el componente arquitectónico más excéntrico y velado del sistema político federal de Estados Unidos. Su funcionamiento cotidiano –aislado en lugares como Albany, Sacramento, Austin, Tallahassee, Harrisburg y Springfield (por nombrar solo las capitales de los estados más populosos)– está informativamente mucho menos cubierto que la política metropolitana o nacional, y solo

¹⁰⁰ En 2010, los demócratas habían presentado 50 candidatos menos que dos años antes, mientras que los republicanos se presentaron a 820 escaños más. Tim Storey, «GOP Makes Historic State Legislative Gains in 2010», *Rasmussen Reports*, 10 de diciembre de 2010.

es seguido intensamente por una fracción infinitesimal del electorado ordinario. A veces supremamente controvertida, la política estatal es también la más implacablemente prosaica: centrada en debates sobre subsidios agrícolas, de mejora de carreteras, enmiendas de leyes penales, lugares para establecer nuevas cárceles, poner nombre a puentes y concesión de licencias para dispensar alcohol. Algunos de los legislativos estatales, los de Texas y Nevada por ejemplo, siguen la tradición frugal de la frontera y solo se reúnen cada dos años, dejando que los poderosos gobernadores y grupos de presión firmen contratos y se preocupen por las elecciones¹⁰¹.

A lo largo de la pasada generación, sin embargo, los republicanos conservadores han creado una serie de lazos únicos y poderosos entre la política estatal y grupos de presión corporativos de alcance nacional. El más importante es una extraordinaria organización sin ánimo de lucro denominada American Legislative Exchange Council (ALEC) que actúa como servicio de conserjería para los legisladores conservadores. Ahorra a sus 2.000 legisladores el problema de tener que diseñar proyectos de ley y ocuparse de legalismos, permitiendo a los grupos de presión corporativos redactarles la legislación o sencillamente sacarla del estante de una biblioteca. Como descubrieron *The New York Times* y Common Cause en una investigación reciente: «Los registros ofrecen una idea de cómo intereses especiales convierten de hecho a los legisladores que son socios del ALEC en grupos de presión encubiertos, proporcionándoles temas que tratan, señalando cómo deberían votar y colaborando en proyectos de ley que afectan a cientos de cuestiones, como bonos escolares e impuestos sobre el tabaco»¹⁰².

Las donaciones a ALEC disfrutaban de exención tributaria, y empresas como Reynolds America, Walmart, Bank of America, ExxonMobil, BP America y AT&T están más que dispuestas a ofrecerlas, y organizaciones sectoriales como Pharmaceutical Research and Manufacturers of America –Bayer, GlaxoSmithKline, Pfizer y Johnson and Johnson– están representadas en el Consejo de Empresas Privadas de ALEC, compuesto por 24 miembros. Un reciente modelo de proyecto de ley de la Cámara de Comercio

¹⁰¹ El programa electoral del Partido Republicano de Idaho establecía: «Nos oponemos a toda la legislación impuesta por cualquier nivel de gobierno». Citado en Annika Werner y Onawa Lacewell, «Programmatic Supply and the Autonomy of us State Parties in 2008 and 2010», *Regional and Federal Studies*, vol. 22, núm. 5, diciembre de 2012, p. 533.

¹⁰² Mike McIntire, «Nonprofit Acts as Stealth Business Lobbyist», *The New York Times*, 22 de abril de 2012.

estadounidense proponía «exigir que todos los alumnos de secundaria cursen una asignatura de “libre empresa” para poder graduarse». De acuerdo con una investigación anterior de *Bloomberg Businessweek*: «Aproximadamente 1.000 veces al año, de acuerdo con ALEC, un legislador estatal presenta un proyecto de ley copiado de su biblioteca con más de 800 modelos. Aproximadamente 200 veces al año, uno de ellos se convierte en ley. El Consejo, en esencia, hace política nacional, estado a estado». No sorprende que los investigadores descubrieran que «a menudo seguían aportaciones para la campaña electoral»¹⁰³. Cómo no.

Las campañas estatales de los republicanos están alimentadas también, en mucha mayor medida que las demócratas, por inversiones de los super PACS nacionales. En 2009, Ed Gillespie –en otro tiempo asesor principal de Dick Armey y más recientemente socio de campaña de Karl Rove– revitalizó el decrépito Republican State Leadership Committee con enormes inyecciones de efectivo de American Crossroads. Mientras que la campaña de Obama saqueaba la base de obtención de fondos de los demócratas locales, Gillespie convencía a importantes donantes nacionales como el magnate de Las Vegas Sheldon Adelson y el megapromotor de Dallas Bob Perry para que se uniesen a los Koch e invirtiesen fuertemente en campañas secundarias de candidatos del Tea Party en Indiana, Michigan y Wisconsin. De acuerdo con *The New York Times*, cuando las leyes electorales de los estados prohibían las aportaciones externas, la Asociación de Gobernadores Republicanos aceptaba la aportación e inmediatamente donaba una cantidad similar al candidato¹⁰⁴. El espléndido resultado fue la conservación del poder republicano en las capitales de estados del Medio Oeste que, aparte de Indiana, dieron mayorías decisivas a Obama.

La capacidad de Gillespie para aislar las mayorías republicanas de las tendencias presidenciales dependió de astutos amaños de distritos electorales, del apoyo de los medios locales de tendencia casi universalmente derechista y –la tercera marca de una nueva era– de institutos de política y formación ultraconservadores, centrados en las políticas estatales. Como Andy Kroll explicaba en abril de 2011:

Concebida por los mismos ideólogos conservadores que ayudaron a fundar Heritage Foundation, State Police Network es un grupo paraguas poco cono-

¹⁰³ *Bloomberg Businessweek*, 5-11 de diciembre de 2011, pp. 68-72.

¹⁰⁴ Nicholas Confessore y Monica Davey, «Michigan Effort Shows GOP Sway in State Contests», *The New York Times*, 17 de diciembre de 2012.

cido y con profundos lazos con el movimiento conservador nacional. Su misión es sencilla: respaldar a una constelación de grupos de estudio estatales, modelados de manera similar al Heritage, para promover los principios del libre mercado y atacar a los sindicatos, la reglamentación y la subida de impuestos¹⁰⁵.

Financiados por dinastías reaccionarias como los Coor, los Bradley y los Peter, hay al menos un «centro por la libertad» en cada uno de los cincuenta estados, normalmente muy imbricado con los grupos del Tea Party y sus promotores.

La infraestructura política conservadora, en otras palabras, es fractal; los demócratas no tienen nada que se aproxime remotamente a dicha red. Tras cada reciente ataque contra la negociación colectiva, en especial en el Medio Oeste, hay un miniheritage con su rico promotor. En Ohio, por ejemplo, el intento del gobernador John Kasich de eliminar los derechos de negociación colectiva en el sector público dependió enormemente del Buckeye Institute, que en 2008 había presentado la demanda RICO contra ACORN, alegando que los esfuerzos de ésta última para que los votantes se registrasen equivalían a «delincuencia organizada». En Indiana, donde el gobernador Mitch Daniels puso fin por decreto al reconocimiento de los sindicatos en el sector público y los republicanos después ilegalizaron cláusulas de seguridad sindical, el Mike Downs Center for Indiana Politics fue un engranaje ideológico. En Wisconsin, donde Scott Walker provocó un enorme levantamiento popular con su ataque a los empleados públicos, los republicanos están influidos por dos grupos de análisis derechistas: el *Wisconsin Policy Research Institute* [Instituto de investigación política de Wisconsin] –muy cercano a ALEC y a la Bradley Foundation, partidarios originales de la John Birch Society– y MacIver Institute, aliado de Americans for Prosperity.

Michigan, en otro tiempo lugar de procedencia de líderes republicanos pragmáticos como George Romney y Gerald Ford, es un ejemplo especialmente ominoso de la estrategia de atrincheramiento en juego. Un mes después de que Obama barriese por ocho puntos, y tras un intento infructuoso de consagrar la negociación colectiva en la constitución estatal, el gobernador Rick Zinder y una mayoría republicana apuntó de abandonar la Cámara de Representantes aprobaron una ley de «derecho al trabajo», sin debate legislativo ni previo aviso a los demócratas.

¹⁰⁵ Andy Kroll, «The Right-Wing Network Behind the War on Unions», *Mother Jones*, 24 de abril de 2011.

Rechazada de hecho por las grandes empresas representadas en Business Leaders for Michigan, la iniciativa fue presentada por el West Michigan Policy Forum, que representa a sociedades anónimas más pequeñas y empresas familiares, y a una red de grupos del Tea Party relacionados con el Mackinac Center, otro grupo de análisis derechista. Todos son filiales o beneficiarios de los hijos de DeVos, Dick y Doug, herederos de la fortuna Amway, con sede en Ada, Michigan. Su padre, Richard DeVos, era miembro del movimiento *dominionista*, cuyo objetivo es poner fin a la separación Iglesia-Estado, para así convertir Estados Unidos en una teocracia protestante¹⁰⁶. Amway, que tiene en todo el mundo 180.000 representantes que venden detergentes y cosméticos puerta a puerta o en tiendas, es acusado desde hace décadas de constituir un complejo esquema piramidal, además de un culto cristiano evangélico y un ejército político privado. Sus distribuidores fueron demandados en una ocasión por difundir rumores de que Procter & Gamble, su principal adversario empresarial, era de hecho la Iglesia de Satán. En todo caso, los enormes beneficios generados por esta extraña empresa ayudaron a crear la inusualmente densa red de poder conservadora ligada al Tea Party en Michigan Occidental, una región con 1,4 millones de habitantes alrededor de Grand Rapids, Holland y Muskegon, que domina en la política republicana del estado¹⁰⁷.

En otro tiempo, los líderes nacionales republicanos podían mantener en la reserva a estas furias, pero ya no. El republicanismo estatal, excesivamente influenciado por Mises, se está coaligando ahora en un diseño coherente para construir estado a estado sociedades con una Administración pública reducida, apoyado en el muro republicano de supermayorías obtenidas gracias al amaño de distritos. Aunque la oposición a la libre decisión reproductiva y a los derechos de los homosexuales sigue siendo un elemento central de la moral conservadora, los gobiernos estatales dominados por

¹⁰⁶ DeVos quería sustituir el Juramento de Lealtad por lo siguiente: «Juro lealtad a la bandera cristiana, y al Salvador cuyo reino representa».

¹⁰⁷ Chris Gault, «Window of Opportunity», *Crain's Detroit Business*, 9 de diciembre de 2012; y los artículos de Jane Slaughter en labornotes.org. Véase también Stephen Butterfield, *Amway: The Cult of Free Enterprise*, Boston, 1999. Michigan Occidental obtuvo el lamentable último puesto en un estudio comparativo de 26 regiones similares en número de habitantes. Golpeada por la decadencia industrial (tradicionalmente Grand Rapids ha sido la capital estadounidense de muebles para oficina) y por un desempleo elevado, como el resto de Michigan, el área es estadísticamente asombrosa por la enorme diferencia de renta entre blancos y no blancos. (Véase West Michigan Strategic Alliance, 2010 *West Michigan Vital Signs*, Grand Rapids, 2011).

los republicanos, desde Kansas a Carolina del Norte, se han centrado en aplicar con urgencia la economía fundamental del Tea Party: suprimir los impuestos sobre la renta estatales, abolir los derechos de negociación colectiva, privatizar la educación y liberalizar el medio ambiente.

En la refutación oficial al segundo discurso de investidura de Obama, Bobby Jindal, gobernador de Louisiana y presidente de la Asociación de Gobernadores Republicanos, animó a los conservadores a abandonar Babilonia para construir Sion. La batalla por el gasto en el Congreso, sostenía, era «un debate planteado de acuerdo con las reglas de nuestros oponentes», mientras que en Baton Rouge, Oklahoma City o incluso en Lansing podían recortar y privatizar, en busca de milagros de bajos impuestos y crecimiento elevado que inspirasen la siguiente mayoría republicana: «Creemos que debéis sembrar las semillas de crecimiento en el suelo fértil de vuestra economía [...] no en el asfalto improductivo de Washington»¹⁰⁸.

El gobernador de Louisiana parecía una encarnación de William Jennings y John C. Calhoun al mismo tiempo: era extraño, en todo caso, que el orador oficial de la oposición pidiese a su partido que abandonase Washington. Pero Jindal (tan ansioso por lamer el asfalto de la avenida Pennsylvania como cualquier otro político) apelaba a un poder real que, enfrentado a las adversidades o a las derrotas nacionales, se atrinchera más profundamente en los consejos escolares, los gobiernos y las asambleas municipales. La nueva cruzada para erradicar el sindicalismo del área interior de Estados Unidos, por ejemplo, no es originaria de Detroit o Wall Street; avanza desgarbadamente hacia el poder desde Grand Rapids y otros municipios míticos. Extraños multimillonarios del petróleo, propietarios de casinos y vendedores de detergentes reinan sobre las elecciones y se burlan de las mayorías presidenciales gracias a beatos encargados de Walmart, agentes inmobiliarios, dentistas jubilados y subcontratistas en camionetas pickup que sintonizan en su radio a Rush Limbaugh.

Aunque podría decirse que Obama ha conservado Wall Street y General Motors, el *establishment* empresarial oriental, como en otro tiempo se denominaba, ha depreciado consistentemente su deuda con la presidencia y sobreestimado su control sobre el Partido Republicano. Dos de los

¹⁰⁸ John McGinnis, «Bobby Jindal's message is that DC is no place for the GOP», *The Times-Picayune*, 28 de enero de 2013.

principales sectores empresariales con enormes deudas con la actual Casa Blanca –el de los grandes bancos de inversión y comerciales, y Silicon Valley– evitaron intervenir en las elecciones, llenos de despecho por la retórica increpante de la campaña de Obama, o, como los monstruosos egos de Goldman Sachs, acuchillaron a su salvador y apoyaron a Romney. Acostumbrada desde Reagan a los ordinarios rayos y truenos de las áreas remotas republicanas, la globalizada clase dominante estadounidense no ha logrado captar la naturaleza weimariana de la política del Tea Party. La destrucción de 19 billones de dólares de patrimonio personal en Estados Unidos desde 2008, junto con el temor al estancamiento económico y a la ascendencia de las minorías, han enloquecido a las bases del Partido Republicano¹⁰⁹. Algo de hecho se ha desquiciado cuando los meramente ricos dejan de obedecer las órdenes de los muy ricos, o cuando el 20 por 100 privilegiado se amotina contra cualquier concesión del 0,1 por 100 superior. El republicanismo del Tea Party no es el futuro, ni la mayoría, ni siquiera el pasado conservador. Es la gangrena del declive imperial.

¹⁰⁹ Christian Weller, «The Consequences of Conservatism: Loss of Wealth Stunning During Great Recession», Center for American Progress, 25 de marzo de 2011.

CHRISTOPHER JOHNSON

DILAPIDACIÓN IRREMEDIABLE

La filosofía de la historia de Lévi-Strauss

«**P**ORQUE A LA juventud el puesto cede / la vejez ahuyentada, y es preciso / que unos seres con otros se separen; / ninguna cosa cae en el abismo, / ni en el Tártaro negro: es necesario / que esta generación propague otra: / muy pronto pasarán amontonados, / y en pos de ti caminarán: los seres / desaparecerán ahora existentes, / como aquéllos que hubiesen precedido»¹. Se podría decir que estas líneas de Lucrecio, de las que está sacado el epígrafe a *Tristes Trópicos* –*Nec minus ergo ante haec quam tu cecidere, cadentque*– resumen la actitud de Lévi-Strauss ante la historia. En su poema filosófico sobre la naturaleza del universo, Lucrecio habla de un mundo en perpetuo cambio y movimiento. Según su idea de la física, los átomos caen, viran, colisionan y se amalgaman para constituir los objetos del mundo fenoménico, que a su vez existen, persisten y finalmente se desintegran volviendo a formar parte de la infinita catarata de los átomos. En el universo de Lucrecio la existencia y la experiencia humana son ambas relativas –epifenómenos del mundo físico– y transitorias (como el mundo físico). Además, la tendencia esencial de los asuntos humanos, como la de los átomos, es declinante: el mundo está en decadencia y la historia humana participa en una especie de decaimiento universal².

La cita del verso de Lucrecio al principio de *Tristes Trópicos* nos alerta de la actitud filosófica que vertebra el texto. Por un lado, desde una perspectiva macrohistórica, hay un reconocimiento de la naturaleza efímera

¹ Lucrecio, *De Rerum Natura*, III: 960-969, trad. del abate Marchena, Madrid, 1968, p. 165.

² Véase Michel Serres, *La naissance de la physique dans le texte de Lucrèce*, París, 1977.

de las construcciones humanas, de la perpetua cristalización y disolución de las civilizaciones; por otro, la interpretación de la historia de Lévi-Strauss, como la de Lucrecio, es *catastrófica*; esto es –leyendo etimológicamente el término griego–, considera los sucesos históricos como una especie de caída perpetua. Lo que viene después es siempre una imagen inferior de lo que lo precedió: la auténtica grandeza, nos dice Lévi-Strauss en *Tristes Trópicos*, es la de los comienzos³. El desarrollo histórico está así sometido a una especie de entropía: la diversidad de culturas presentada en *Raza e Historia* como componente esencial de la supervivencia de la especie humana, queda reducida en *Tristes Trópicos* a una «monocultura» global⁴. Este es el significado de la palabra *tristes* en el título del libro: la sensación melancólica de mortalidad, dispersión y desaparición de las culturas, la pérdida de diversidad cultural.

Grandes virajes

Si el pensamiento de Lévi-Strauss sobre la historia consistiera únicamente en esta variación sobre el tema lucreciano de lo efímero y lo decadente, tendría poco interés; pero hay otro aspecto de su filosofía de la historia –y creo que se trata, efectivamente, de una especie de filosofía–, y es que ve el proceso histórico no solo como declive y deterioro, sino también como una serie de *grandes virajes*. Para él, la historia ha realizado un mal viraje, o más bien varios, en distintas formas y en diversos lugares. En cada uno de esos momentos, en cada bifurcación –y aunque en algunos aspectos el desarrollo histórico pueda representar un progreso– se le ha robado algo esencial a la humanidad, de manera que en el momento en que escribe Lévi-Strauss, a mediados del siglo xx, todo parece andar torcido. El propósito de este estudio será localizar los virajes históricos cuyo efecto acumulativo ha sido generar el actual estado de cosas –para Lévi-Strauss, la *patología* esencial de la civilización moderna– e investigar esa filosofía de la historia, intentando situarla en la antropología de Lévi-Strauss. A efectos de análisis, señalaré tres tipos de virajes históricos articulados que aparecen en su obra.

El primer tipo se refiere a la ciencia, el progreso científico, y más exactamente a la tecno-ciencia. Ahí, la primera etapa significativa señalada por Lévi-Strauss se sitúa, no en la historia escrita, sino en la prehistoria

³ Claude Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, Madrid, 2012, p. 511.

⁴ *Ibid.*, p. 46.

humana, en lo que los arqueólogos han llamado la «revolución neolítica». Lévi-Strauss insiste en ello en varias ocasiones: los avances de la era neolítica representan el capital científico y tecnológico sobre el que se ha construido el edificio de la civilización mundial contemporánea. A este respecto, las revoluciones científica e industrial occidental o europea son relativamente menos significativas en comparación con el gran salto adelante representado por el Neolítico. Pero desde la perspectiva de la interpretación catastrófica de la historia, el viraje decisivo se produjo después del Neolítico. Según Lévi-Strauss, los avances y logros de la era Neolítica –agricultura, domesticación de animales, alfarería– eran suficientes: satisfacían las necesidades básicas de la humanidad. Las sociedades a pequeña escala son los análogos contemporáneos de la civilización del neolítico: la etapa intermedia, señalada por Rousseau en su *Segundo Discurso*, entre el estado de naturaleza y el estado de sociedad⁵.

Una tecnología no incluida en esa representación de la prehistoria es la escritura, que no era necesaria ni para la supervivencia ni para la felicidad de la humanidad del Neolítico. Como dice Lévi-Strauss en otro lugar, la carencia de escritura –o más bien, el estado de preescritura– no era ni un defecto ni una privación⁶. Como señala en relación con este tema en *Tristes Trópicos*, lo que la escritura da con una mano, lo quita con la otra. En el ámbito puramente intelectual, su contribución es incontestable, al permitir la liberación y extensión de una memoria humana que antes había estado condenada a la finitud. En el ámbito sociológico y político, empero, ese avance tiene un coste. La escritura puso a la humanidad en la vía hacia la capitalización del conocimiento y la abstracción científica; pero también permitió la formación de grandes Estados, altamente centralizados y jerarquizados, y aseguró su perpetuación. La escritura también trajo el distanciamiento del yo, la alienación del individuo. Era ciertamente necesaria para lo que Lévi-Strauss considera el siguiente gran paso en la historia de la humanidad, «la expansión de la ciencia durante los siglos XIX y XX»; pero «aunque era una condición necesaria, no basta para explicar esa expansión». La presencia de la escritura como una tecnología estratégica no impedía al conocimiento humano «fluctuar más de lo que crecía» entre la Revolución neolítica y el siglo XVIII⁷. Más tarde, en *El Hombre Desnudo*, leemos que «la condición humana

⁵ *Ibid.*, pp. 490-491.

⁶ C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, París, 1958, p. 400.

⁷ C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, cit., p. 362.

sufrió un cambio mayor entre el siglo XVIII y el siglo XX que entre el período neolítico y los tiempos modernos»⁸.

La historia de la ciencia y la tecnología que proponía Lévi-Strauss deja sin duda mucho que desear. Entre otras cosas, podríamos cuestionar el diagnóstico de un estancamiento relativo de las sociedades occidentales entre el Neolítico y las eras modernas; la periodización apresurada y bastante vaga que limita la modernidad occidental a los dos últimos siglos; finalmente, el papel ambivalente –a la vez necesario y superfluo– atribuido a la escritura en esa historia⁹. Sin embargo, más allá de esas debilidades en la argumentación, el objetivo estratégico de Lévi-Strauss está claro: la intención primordial de su historia de la ciencia y la tecnología es relativizar los logros del mundo moderno. Este proyecto es evidente en *Raza e Historia*: frente al dominio de la «civilización mecánica», con la flagrante desigualdad inserta en la diversidad de las culturas humanas, Lévi-Strauss insiste en la necesidad de explicar que la actual hegemonía de la civilización occidental es de hecho el resultado de una «combinación» o «coalición» de culturas, y sobre todo de recordar la deuda que tiene esa civilización con la prehistoria neolítica. Es entonces necesario mostrar en qué medida el actual estado del mundo es efectivamente arbitrario y particular. En primer lugar, la combinación original que produjo la revolución científica e industrial podría muy bien no haberse dado. Según la analogía explícita de Lévi-Strauss –el juego de la ruleta– la historia de la humanidad estaba «en juego» en aquel momento decisivo. Fue sobre la base del salto cualitativo de aquella revolución como se produjo el crecimiento exponencial de la civilización mecánica, un crecimiento cuyos efectos parecen ser negativos en todas partes. Lévi-Strauss subraya categóricamente la precariedad de esos saltos tecnológicos aislados: «Dos veces en su historia, con un intervalo de aproximadamente 10.000 años, la humanidad ha acumulado un gran número de invenciones que apuntan en la misma dirección. Ese proceso ha ocurrido hasta ahora dos veces y solo dos en la historia de la humanidad»¹⁰.

El segundo tipo de viraje en la macrohistoria de Lévi-Strauss es de naturaleza ideológica: el papel de las representaciones religiosas. En su obra,

⁸ C. Lévi-Strauss, *El hombre desnudo (Mitológicas IV)* (1971), México DF., 1976, p. 577.

⁹ Véase el estudio clásico de Jacques Derrida «La violence de la lettre de Lévi-Strauss à Rousseau», en *De la grammatologie*, París, Minuit, 1967, pp. 149-202 (www.jacquesderrida.com.ar/frances/de_la_grammatologie.pdf).

¹⁰ C. Lévi-Strauss, «Race et Histoire», en *Anthropologie structurale II*, París, 1973.

Lévi-Strauss tiene relativamente poco que decir sobre el cristianismo y menos aún sobre el judaísmo, pero está claro que atribuye al primero un papel determinante en la evolución de la mente occidental que está lejos de ser inocente: la concepción cristiana del universo es responsable de una especie de represión de la naturaleza. En *Le Totémisme aujourd'hui* [París, PUF, 1962] somete la categoría del tótem a una crítica rigurosa, denunciando sus diversas interpretaciones como otras tantas construcciones o proyecciones del pensamiento occidental, de la que forma parte integral la religión cristiana, como insiste Lévi-Strauss en las páginas iniciales del libro: «El totemismo es en primer lugar la proyección, hacia fuera de nuestro universo y como por una especie de exorcismo, de actitudes mentales incompatibles con la exigencia de discontinuidad entre el hombre y la naturaleza que el pensamiento cristiano suponía esencial»¹¹. A diferencia del «pensamiento salvaje», para el que no existe una separación fundamental entre naturaleza y cultura, el pensamiento cristiano privilegia la relación de la humanidad con lo sobrenatural, o con Dios, en detrimento de su relación con el mundo natural. Esta discontinuidad entre naturaleza y humanidad se refleja en una instrumentalización que deja de ver lo sobrenatural *en* lo natural. Históricamente, el pensamiento y la religión cristianos introdujeron así a la civilización occidental en una vía que va directamente a la monocultura de la civilización mecánica, que niega la naturaleza a fin de estampar su propio sello sobre el mundo.

En *Tristes Trópicos* el cristianismo vuelve a aparecer en un gran viraje histórico, ahora en relación con otra religión monoteísta, el islam¹². De no haber sido por la intervención histórica de esa religión «masculina», argumenta Lévi-Strauss, el cristianismo habría podido establecer un diálogo con las grandes religiones de Oriente, en particular el budismo, lo que habría cambiado el curso de la historia. En cambio, el acontecimiento histórico constituido por el islam «cortó en dos un mundo más civilizado». La violencia mimética de las guerras religiosas entre esos dos monoteísmos llevó al cristianismo a parecerse al islam, aun oponiéndosele. Fue debido a ese conflicto ideológico por lo que Occidente «perdió la oportunidad de seguir siendo femenino»¹³.

¹¹ C. Lévi-Strauss, *Le totémisme aujourd'hui*, París, PUF, 1962.

¹² He comentado esa crítica del Islam, que encuentro muy perturbadora, en «Elective affinities, other cultures», *Paragraph*, vol. 16, núm. 1, marzo de 1993, pp. 67-77.

¹³ C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, cit., p. 511.

Examinando el tercer tipo de viraje histórico en el pensamiento de Lévi-Strauss, el del desarrollo de la filosofía, queda claro en qué medida categorías diferenciadas hasta ese momento –científica, ideológica, filosófica– se solapan y coinciden, y qué difícil es desenmarañarlas. Lévi-Strauss aísla dos importantes virajes en la historia de la filosofía, siendo el primero el famoso «milagro griego» de los siglos V y IV antes de nuestra era, y el segundo la filosofía cartesiana del siglo XVII. En la conclusión de *De la miel a las cenizas* Lévi-Strauss aborda el cuestionamiento por la filosofía griega del pensamiento mítico, que a su vez preparó el camino para la revolución científica, como un acontecimiento *singular* –en ambos sentidos de la palabra, único y extraño– en la historia del pensamiento humano:

Pues si los mitos procedentes de las culturas más atrasadas del Nuevo Mundo nos llevan hasta aquel umbral decisivo de la conciencia humana que marca, entre nosotros, el acceso a la filosofía y luego a la ciencia, mientras que entre los pueblos salvajes no parece haber sucedido nada similar, deberíamos concluir, vista tal diferencia, que el tránsito no era necesario, ni más ni menos aquí que allá, y que estados del pensamiento encapsulados unos en otros no se suceden espontáneamente ni por efecto de una causalidad ineluctable¹⁴.

Lo más interesante aquí es que, al igual que la sinergia cultural, tratada en *Raza e Historia*, que produjo la revolución científica e industrial, el avance griego es considerado contingente y no necesario; más exactamente, su necesidad es únicamente la de la contingencia; como prueba podemos aducir el ejemplo del pensamiento salvaje que no ha cruzado ese «umbral decisivo». Lévi-Strauss insiste en la unicidad de ese viraje, una idea que ya hemos encontrado antes: la revolución neolítica y la revolución científica e industrial tuvieron lugar únicamente una vez. De forma parecida, la revolución intelectual representada por el paso del pensamiento mítico al pensamiento filosófico fue singular en el sentido de que ninguna otra cultura realizó esa transición. Leyendo a Lévi-Strauss, uno podría incluso pensar que fue improbable, anormal, una especie de anomalía histórica¹⁵. Lévi-Strauss regresó al tema una década después en un debate con Marc Augé y Maurice Godelier, publicado en *L'Homme*, insistiendo una vez más en la unicidad y contingencia del

¹⁴ C. Lévi-Strauss, *De la miel a las cenizas (Mitológicas II)*, México DF., 1972, p. 394.

¹⁵ Encontramos la misma dramatización de lo singular y lo único en *El azar y la necesidad* de Jacques Monod, donde éste especula sobre los orígenes de la vida y el lenguaje: *Le hasard et la nécessité*, París, 1970, pp. 183-185.

milagro griego, y en la imposibilidad de inferir ninguna ley de desarrollo histórico a partir de ese acontecimiento único:

Cuando un fenómeno solo ha sucedido una vez en la historia y en un único lugar de la tierra, no creo que sea posible descubrir sus leyes, y por esa razón tomé el ejemplo del nacimiento del pensamiento griego, porque es un fenómeno único y me parece ser la mejor ilustración que se pueda dar de esa contingencia, aunque podamos tratar de entenderla [...] Podemos entender *post facto*, pero no podemos descubrir una ley, esto es, no podemos estar seguros de que, siendo las condiciones las mismas, ocurriría de nuevo lo mismo en otro lugar¹⁶.

Las reticencias de Lévi-Strauss, su rechazo del determinismo histórico, expresaban por supuesto su resistencia frente al marxismo ambiental de la época. El pensamiento marxista no vacilaba en invocar leyes de evolución histórica que podían aplicarse a toda la humanidad. Desde esta perspectiva, la historia económica y política de Occidente se convertiría en la del mundo entero; a este respecto, la historia de la humanidad era convergente. Lévi-Strauss cuestionó el etnocentrismo y eurocentrismo de esa narrativa teleológica de la conciencia humana en su famosa crítica de Sartre y los historiadores en *El pensamiento salvaje*. Si ya en *Raza e Historia* relativizaba los logros de la civilización científica e industrial subrayando su sustrato neolítico, en *El pensamiento salvaje* relativiza el propio discurso histórico, cuestionando el fetiche de Sartre y los «hombres de izquierda»: la Revolución Francesa.

No es que Lévi-Strauss niegue la importancia de la Revolución como hecho histórico; se podría decir, anticipándonos un poco, que su contingencia es irreducible. Sin embargo, multiplicando las posiciones y perspectivas referidas a ese acontecimiento supuestamente fundacional, cabría concluir que la «verdad» histórica de la Revolución es puramente relativa. Desde esa perspectiva también se podría decir que la propia Revolución no existió, o que existe solo como *mito* en las mentes de quienes la invocan. De un modo similar, Lévi-Strauss mantiene que la historia de los historiadores está basada en un sistema de clasificación, una codificación cronológica que atribuye significado a conjuntos o clases de fechas históricas, en la que cada una de ellas cobra significado únicamente en relación con otras fechas de la misma clase, y en la

¹⁶ C. Lévi-Strauss, con Marc Augé y Maurice Godelier, «Anthropologie, histoire, idéologie», *L'Homme*, vol. 15, núms. 3-4, 1975, p. 184. En Internet: www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hom_0439-4216_1975_num_15_3_367584.

que las propias clases forman conjuntos discontinuos e irreducibles¹⁷. Corriendo el riesgo de un anacronismo, podríamos decir así que Lévi-Strauss «deconstruye» la categoría de la historia como una narración objetiva del pasado. La reducción del discurso histórico al estatus de mito o código equivale a situarla al mismo nivel que las representaciones colectivas de las sociedades tradicionales; constituye un descentramiento del pensamiento histórico occidental.

El segundo viraje en la historia de la filosofía, la revolución cartesiana, que para Lévi-Strauss constituye el umbral filosófico de la ciencia moderna, es tratado en un capítulo dedicado a Rousseau en el segundo volumen de la *Antropología Estructural*. Ese capítulo es ostensiblemente un panegírico de Rousseau como fundador de las *ciencias humanas* y en particular de la antropología¹⁸; pero sirve también de pretexto para una crítica de la filosofía contemporánea cuyos principios se remontan a Descartes. El *cogito* cartesiano, que se limita a las intuiciones de la experiencia individual, se desplaza imperceptiblemente desde las impresiones del sujeto hasta la extensión del mundo exterior, dejando fuera la instancia intermedia: las relaciones humanas y sociales. Esa filosofía en primera persona es de hecho el fundamento de la ciencia física moderna, concede Lévi-Strauss, pero ha tenido como consecuencia la reducción de la naturaleza a extensión de la materia y la obliteración del dominio humano, social y cultural. Para Lévi-Strauss, el humanismo filosófico practicado a partir de Descartes queda truncado en la medida en que sitúa al sujeto humano por encima de cualquier otra forma de vida o de ser. La inhumanidad sin precedentes del siglo xx, su historia catastrófica, sus atrocidades, fueron las desgraciadas consecuencias de ese humanismo narcisista¹⁹.

En resumen: la filosofía de la historia de Lévi-Strauss equivale claramente a una especie de historia del pensamiento humano. Tiene que ver con la evolución intelectual de la humanidad, con la historia de las mentalidades, representaciones y prácticas. En esa perspectiva de *longue durée* de la historia queda poco espacio para la historia política,

¹⁷ C. Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, París, Plon, 1962; ed. inglés: *The Savage Mind*, Oxford, 1996, pp. 257-260.

¹⁸ C. Lévi-Strauss, «Jean-Jacques Rousseau, Fondateur des Sciences de l'Homme», en *Anthropologie structurale II*, cit.; en Internet. <http://www.espace-rousseau.ch/f/textes/levi-strauss1962.pdf>.

¹⁹ C. Lévi-Strauss, «Jean-Jacques Rousseau, Fundador de las Ciencias del Hombre», en *Antropología Estructural II*, cit., pp. 39-40, 43-45.

lo que Braudel llamaba la historia de los acontecimientos. Lévi-Strauss comienza a narrar esa historia «profunda», que es una especie de complemento diacrónico del análisis estructural –el estudio *sincrónico* de la mente humana– en la «Introducción a la obra de Marcel Mauss», en la que se refiere al acontecimiento fundacional sin el que no habría habido humanidad propiamente dicha: la aparición del lenguaje, un acontecimiento que fue –una vez más– único, y sobre cuya base un mundo hasta entonces carente de significado se hizo de repente significativo²⁰. Desde la «invención» del lenguaje hasta las innovaciones del Neolítico, la trayectoria de la humanidad es, cabría decir, de ascenso. El Neolítico hizo posible un dominio creciente sobre el entorno, pero ese dominio tenía sus límites, y no garantizaba a los seres humanos el poder de transformar la naturaleza a su voluntad²¹. Durante el periodo Neolítico hubo pues en su opinión cierto equilibrio entre naturaleza y humanidad, naturaleza y cultura. La humanidad neolítica, como las exóticas sociedades contemporáneas estudiadas por los etnólogos, carecía de escritura; hasta después del Neolítico no se produjo esa segunda revolución lingüística, y es a partir de ese momento cuando la lectura de la historia de Lévi-Strauss se hace catastrófica. A diferencia de la narrativa positivista del progreso de la mente humana, Lévi-Strauss nos presenta una historia caracterizada por una serie de virajes negativos, cuya negatividad ni siquiera una lectura dialéctica podría aliviar. En su visión macrohistórica de amplio espectro, los elementos de tal serie se combinan y acumulan para producir el mundo tal como es en la segunda mitad del siglo XX. Así, en el capítulo 4 de *Tristes Trópicos*, Lévi-Strauss lamenta que «se hayan *malgastado* veinte mil años de historia» (la cursiva es mía), y que una «civilización proliferante y sobreexcitada haya trastornado para siempre el silencio de los océanos»²².

Historia virtual

Sin embargo, y pese a las apariencias, no deberíamos apresurarnos a concluir que la suya sea una visión de la historia esencialmente pesimista y ni siquiera quietista. En la obra de Lévi-Strauss hay efectivamente una fuerte nostalgia por lo que se ha perdido y cierta

²⁰ C. Lévi-Strauss, «Introducción a la obra de Marcel Mauss», en Marcel Mauss, *Sociología y Antropología*, Madrid, 1979, pp. 13-42, en part. p. 39.

²¹ C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, cit., p. 492.

²² C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, cit., p. 46; en el original en francés: «vingt mille ans d'histoire sont joués».

resignación con respecto a la historia; distanciamiento y desapego que son característicos de la filosofía de Lucrecio y que dan el tono fundamental a *Tristes Trópicos*²³. Pero hay también un aspecto optimista, positivo e incluso activo del pensamiento de Lévi-Strauss sobre la historia, y es lo que se podría llamar su aspecto «leibniziano», su práctica de lo que yo denominaría historia *virtual*. Aunque Lévi-Strauss acepta y se somete a lo que llama la «irreducible contingencia de la historia»²⁴, que se podría traducir como «la necesidad retrospectiva de la historia» –no se puede ir hacia atrás–, sigue siendo virtual en el sentido de que cada uno de sus virajes es también una bifurcación: la historia de la humanidad podría haber seguido otro camino. Esto es lo que se deduce del párrafo de *De la miel a las cenizas* citado anteriormente: el actual dominio del pensamiento científico moderno no es en modo alguno necesario, al menos esencialmente; no es nada más que un producto de la contingencia histórica. Lévi-Strauss concluye el libro como sigue:

Afirmando sus pretensiones tan resueltamente como lo ha hecho en este libro, el análisis estructural no recusa, por lo tanto, la historia. Muy al contrario, le concede un puesto de primer plano: el que corresponde por derecho a la contingencia irreducible, sin la cual ni siquiera podría concebirse la necesidad. Pues, por mucho que más acá de la diversidad aparente de las sociedades humanas pretenda el análisis estructural remontarse a propiedades fundamentales y comunes, renuncia a explicar, no por cierto las diferencias particulares, que sabe justificar especificando en cada contexto etnográfico las leyes de invariancia que presiden su engendramiento, sino que estas diferencias *virtualmente* dadas a título de *componibles* no queden todas manifestadas por la experiencia y que solamente algunas hayan alcanzado la *actualidad*. Para ser viable, una indagación del todo enderezada hacia las estructuras comienza por inclinarse ante la potencia y la inanidad del acontecimiento²⁵.

Cito por entero este último pasaje del segundo volumen de las *Mitológicas* porque creo que dice simplemente lo que dice, pero también mucho

²³ El paradigma de esa pérdida e irrecuperabilidad es el acontecimiento catastrófico *par excellence*, el llamado «descubrimiento» del Nuevo Mundo; un acontecimiento que, si por un lado abrió la vía para la antropología moderna, por otro llevó al colapso de las civilizaciones de Mesoamérica y Sudamérica y a más largo plazo a la disolución de las sociedades «primitivas». Cabría decir que la obra de Lévi-Strauss se ve acechada por el trauma desencadenado por ese encuentro entre los dos mundos, el «viejo» y el «nuevo».

²⁴ C. Lévi-Strauss, «Anthropologie, histoire, idéologie», cit., p. 183.

²⁵ C. Lévi-Strauss, *De la miel a las cenizas (Mitológicas II)*, cit., p. 395 [*Du miel aux cendres*, cit., p. 408; la cursiva es mía, Ch. Johnson].

más. Por un lado, la conclusión de Lévi-Strauss constituye una declaración de fe y una exposición del método estructuralista. Comenzando especialmente con *El pensamiento salvaje*, el «estructuralismo» se vio cada vez más confrontado con la acusación de quienes –marxistas, filósofos e historiadores– lo veían como un desafío a la historia, una especie de antihistoricismo. La conclusión de *De la miel a las cenizas*, escrita en 1965, puede verse así como una réplica a los detractores del estructuralismo, una defensa acendrada de su enfoque. El análisis estructural no rechaza la historia, sino que por el contrario acepta sus hechos contingentes, limitándose a clarificar las leyes estructurales que producen diferentes formaciones sociales y culturales, en lugar de tratar de descubrir el «porqué» de su existencia. Se parece un poco a Darwin cuando, en *El origen de las especies*, mostraba el mecanismo de la selección natural pero no daba una explicación de esta o aquella característica contingente de la anatomía animal. Como atestigua el título *The Blind Watchmaker* (1986) de Richard Dawkins, la propia evolución es ciega y arbitraria; no hay una ley general de la evolución. Sin embargo, en la afirmación dada por Lévi-Strauss de la ceguera fundamental de la historia hay algo así como un juicio de valor, que habla no solo del poder sino también de la *inanidad* del acontecimiento. En su vocabulario explícitamente leibniziano, por detrás o más bien por delante de la actualización finita encontrada en la diversidad de los hábitos humanos, está la «componibilidad» de las diferencias virtuales, de las que solo unas pocas han sido realizadas²⁶. Podríamos decir que la evaluación por Lévi-Strauss de la inanidad del acontecimiento es aplicable no solo a los casos particulares de las formaciones sociales y culturales que son objeto del análisis estructural, sino también, al nivel de la macrohistoria, al giro catastrófico realizado por la historia en general. El hecho gigantesco del actual estado del mundo no es el resultado de ésta o aquella ley del desarrollo histórico, sino que simplemente *es*. Lo interesante a este respecto es que, aunque esa historia sea materialmente irreversible –irrevocable–, existe la posibilidad, al menos en el ámbito de la representación colectiva, de cierta recuperación.

²⁶ Cabe señalar que ese vocabulario filosófico desaparece totalmente en la traducción al inglés de ese pasaje: «*the fact that these differences, which are all potentially possible at the same time, do not all occur in practice and that only some of them have actually occurred*», [el hecho de que esas diferencias, que son todas potencialmente posibles al mismo tiempo, no ocurran en la práctica y que sólo algunas de ellas hayan ocurrido efectivamente] (*From Honey to Ashes*, Londres, 1973, pp. 474-475).

Persistencia del mito

De hecho, un rasgo invariante de la historia catastrófica de Lévi-Strauss es que en cada viraje, cada bifurcación, se aprecia la sombra de una historia alternativa, el fantasma de lo que nunca ha existido pero podría haber existido. La historia que hemos vivido no es en absoluto ineluctable; su necesidad se da únicamente *a posteriori*. Se dirá que eso no cambia nada; el hecho de una virtualidad histórica –el pretérito condicional perfecto «podría haber sido»– no afecta a la irreductibilidad de la historia que heredamos. Pero la cuestión se hace más compleja cuando recordamos que Lévi-Strauss se interesa sobre todo por el *pensamiento* de la experiencia humana: sus estructuras, pero también la historia de la mente humana. Para él, lo que está en cuestión en el juego de la historia, en sus virajes decisivos, también incluye las representaciones colectivas²⁷. El acontecimiento tiene lugar y se convierte en necesidad; pero las actitudes, mentalidades, visiones del mundo –en resumen, todo lo que contribuye a la memoria colectiva a largo plazo– permanece; utilizando el lenguaje psicoanalítico, lo que ha sido «reprimido» en la creación histórica de las representaciones colectivas puede subsistir en estado latente, virtual. En este sentido, al menos, podría haber cierta *reversibilidad* del proceso histórico, como argumenta Lévi-Strauss en *El hombre desnudo*:

[...] pues la segunda ley de la termodinámica no se aplica al campo de las operaciones míticas: los procesos son reversibles y la información que vehiculan no se degrada; sencillamente pasa al estado latente. Pero nunca deja de ser recuperable, y al análisis estructural le atañe, más allá del desorden aparente de los fenómenos, restaurar aquel orden subyacente²⁸.

Según la segunda ley de la termodinámica, cada sistema cerrado tiende a un estado de máxima entropía, esto es, se da una continua degradación de la energía y un aumento, con el tiempo, del desorden del sistema. El tiempo es un factor esencial ahí, en cuanto que el proceso entrópico es irreversible: la flecha del tiempo se desplaza únicamente en una dirección, y no vuelve. En el siglo XX esa noción de entropía se extendió al terreno de la información: cada mensaje transmitido puede verse afectado por ruidos e interferencias perturbadoras, de forma que siempre se da una degradación de la información. Cuando ésta está codificada

²⁷ Sobre la importancia de la metáfora del juego en la obra de Lévi-Strauss, véase Edouard Delruelle, *Claude Lévi-Strauss et la philosophie*, Bruselas, 1989, p. 131.

²⁸ C. Lévi-Strauss, *El hombre desnudo (Mitológicas IV)* cit., México DF., 1976, p. 196.

en un mito, sugiere Lévi-Strauss, la entropía cambia de signo: el mito es, podríamos decir, *neguentrópico* [sintrópico] en la medida en que se resiste a la abrasión del tiempo; el código –o más bien la sobrecodificación del código– asegura la preservación de la información con el tiempo. El papel y la tarea del análisis estructural consisten en recuperar esa información²⁹.

Ésa es pues la esperanza de la historia virtual de Lévi-Strauss: en todas las etapas decisivas de su historia de la mente humana trasluce una historia alternativa. Así, mientras que la visión del mundo instrumentalista que ha aislado progresivamente a la humanidad de la naturaleza –encarnada en el pensamiento cristiano o más tarde en la filosofía cartesiana– ha sido determinante en el despliegue de la historia humana, eso no oblitera el «pensamiento salvaje» que la precedió y que vemos hoy en sociedades estudiadas por los etnólogos, sino que todavía habita en nosotros como una posibilidad. En la historia de la propia sociedad occidental, el ejemplo de Rousseau se contrapone al humanismo antropocéntrico de Descartes, ofreciendo un humanismo alternativo en el que el aspecto primordial de la compasión, la identificación empática con lo que no somos nosotros mismos, gobierna nuestras relaciones con los demás y con el mundo³⁰. Una vez más, aunque el juego de los monoteísmos (cristianismo, islam) pueda habernos legado un mundo fracturado –un mundo «masculinizado», para emplear la metáfora de Lévi-Strauss–, la unión virtual entre cristianismo y budismo con la que él soñaba podría inspirar el futuro de la humanidad. Finalmente, aunque el «milagro griego» y la revolución científica e industrial de la era moderna fueran efectivamente etapas esenciales en el «progreso» de la humanidad occidental, esa historia no es universal. La «resistencia» de sociedades sin escritura a nuestro tipo de historicidad³¹, el hecho de que no hayan cruzado el umbral crucial que abrió la vía al pensamiento científico en Occidente, no las reduce a simples curiosidades históricas, meros vestigios de un pasado desvanecido para siempre. Por el contrario, tales actitudes y prácticas contienen lecciones para nuestro futuro colectivo.

²⁹ Para un análisis más extenso de la contribución de la cibernética y la teoría de la información a la conceptualización del mito por Lévi-Strauss, véase mi *Claude Lévi-Strauss: The Formative Years*, Cambridge, 2003, pp. 92-103.

³⁰ C. Lévi-Strauss, *Antropología Estructural II*, cit., p. 35.

³¹ *Ibid.*, p. 32.

Un humanismo estructuralista

Existe pues una estructura simple y bien definida en el pensamiento de Lévi-Strauss sobre la historia, especialmente en la exposición y la conclusión de *Raza e Historia* y de *Tristes Trópicos*. Su primer momento es el reconocimiento de la irreversibilidad del proceso histórico: la referencia en *Raza e Historia* a la homogeneización del mundo como horizonte ineluctable de la interacción de las culturas; en *Tristes Trópicos* a la disipación y diseminación de las culturas tradicionales, frente a la proliferación de la monocultura occidental. Ese primer momento ofrece una sensación de pesimismo, de impotencia frente a la implacabilidad del proceso histórico, su inanidad esencial. Como escribió Lévi-Strauss en *Tristes Trópicos* sobre el fallido encuentro entre cristianismo y budismo: «La evolución racional es inversa a la de la historia»³². Pero la ceguera de la historia, su irracionalidad, no impide a la humanidad extraer las posibilidades que ofrece. Ése es el significado, creo, de las codas bastante optimistas de *Raza e Historia* y *Tristes Trópicos*. Esto nos lleva al segundo momento, que se encuentra en la conclusión de *Raza e Historia*: «Así pues, debemos alentar las potencialidades secretas que la historia mantiene en reserva [...] la diversidad de las culturas humanas está detrás de nosotros, a nuestro alrededor y ante nosotros»³³. Tales afirmaciones recuerdan el vocabulario leibniziano del final de *De la miel a las cenizas*; aquí se trata de hecho de una cuestión de *componibilidad*, de virtualidad y contingencia. En la última parte de *Tristes Trópicos*, «El Regreso», encontramos la misma configuración, esta vez acompañada de una cita de Rousseau:

Si los seres humanos siempre se han empeñado en una sola tarea –la de crear una sociedad en la que merezca la pena vivir–, las fuerzas que inspiraron a nuestros lejanos antepasados aún están presentes en nosotros. Nada está perdido; todo puede alterarse todavía. Lo que se hizo, pero resultó equivocado, puede rehacerse de nuevo. «La edad de oro que una superstición ciega había ubicado detrás [o delante] de nosotros, está *en nosotros*»³⁴.

En *Tristes Trópicos*, como en *Raza e Historia*, la configuración leibniziana se ve acoplada con otra referencia, quizá menos explícita, a Marcel Mauss, quien en su famoso *Ensayo sobre el don* [*Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques* (1925) 2007], ofreció no solo un análisis del fenómeno del don simbólico en sociedades llamadas

³² C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, cit., p. 511.

³³ C. Lévi-Strauss, *Antropología Estructural II*, cit., p. 339.

³⁴ C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, cit., p. 494.

«arcaicas», sino también un estudio de la supervivencia de esa práctica en el pasado de las sociedades industriales y capitalistas modernas que le permitió, en las conclusiones del *Ensayo*, mencionar viejas prácticas que subsisten entre nosotros en estado latente; una recuperación del espíritu de generosidad y reciprocidad que es, por decirlo así, el fundamento de cualquier sociedad auténticamente humana. Como su maestro Mauss, pero a otro nivel, lo que Lévi-Strauss propone es, por lo tanto, una intervención *inteligente* en el desarrollo histórico, o por volver a la analogía del darwinismo, una especie de selección artificial de los rasgos culturales más adecuados para asegurar la supervivencia de la especie humana. Debería insistirse a este respecto en que no trata de dar marcha atrás al reloj de la evolución, como tampoco lo pretendía Rousseau; eso sería una ficción imposible, una fábula irrealizable. Lo que busca por el contrario, en cierto sentido, es *obliterar* el tiempo: para él, los mitos son realmente «máquinas para suprimir el tiempo»³⁵. Si el curso de la historia ha ido en contra del desarrollo racional, lo que deberíamos hacer es tomarlo en nuestras manos y desviarlo en una dirección mejor. Pese a sus lamentaciones sobre la pérdida de la diversidad y la fugacidad de las culturas, en ese sentido el pensamiento de Lévi-Strauss está rigurosamente orientado hacia el futuro de la historia humana.

Ésa es la dimensión activa del estructuralismo, lo que equivale a decir que la concepción de Lévi-Strauss de la misión de la antropología no es simplemente la de un suplemento ideológico a la ciencia humana de la antropología social, sino que está en el propio núcleo de la concepción estructuralista. Lo que propone al final de *Raza e Historia* y de nuevo, tres o cuatro años después, al final de *Tristes Trópicos*, es una antropología estructural como intermediario para las virtualidades de la historia mundial, tal como se manifiestan en sociedades remotas. El pensamiento salvaje no es una etapa anterior o inferior de la mente humana, como bien muestra Lévi-Strauss; tampoco es simplemente otro modo de razonamiento humano; eso significaría detenerse en una lectura puramente relativista de *El pensamiento salvaje*. En su resistencia frente a la historia y su estrecha articulación entre naturaleza y cultura, el pensamiento salvaje es parte integral de las lecciones de la antropología tal como las formula Lévi-Strauss; es un componente esencial de lo que la antropología, como ciencia humana, tiene que enseñarnos. Uno puede cuestionarse e impugnar el diagnóstico de Lévi-Strauss sobre

³⁵C. Lévi-Strauss, *Lo crudo y lo cocido (Mitológicas I)*, México DF., 1968, p. 25.

la decadencia de la historia y su explicación al respecto, así como su optimista prescripción de un humanismo renovado por el pensamiento salvaje; pero habría que reconocer al menos la coherencia de un proyecto en el que convergen estructuralismo y humanismo.

Este artículo apareció originalmente en
Les Temps modernes, núm. 628, agosto-octubre de 2004.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

Entrevista

LA PUESTA DE SOL

¿Con qué estado de ánimo escribió usted Tristes Trópicos?

ESCRIBÍ ESE LIBRO con una especie de rabia y de impaciencia¹. También sentía cierto remordimiento. Pensaba que debería haberme puesto a escribir algo diferente. Tras analizar las estructuras elementales del parentesco, tendría que haber pasado a las estructuras complejas.

Pero seguro que no lamenta haber escrito Tristes Trópicos...

No, y aún más porque en aquel momento me habría sido imposible afrontar las estructuras complejas; para ello habría necesitado ordenadores. Fue Françoise Héritier quien, pocos años después, se hizo cargo de la tarea.

¿Por qué comenzó a escribir Tristes Trópicos en el momento en que lo hizo, esto es, en 1954, más de quince años después del trabajo de campo sobre el que informa el libro?

Jean Malaurie, que fue quien creó la serie «Terre humaine», me lo pidió en un momento en el que acababa de salir de una crisis en mi vida personal y profesional. Aquella oferta supuso para mí un cambio de aires.

¹ Entrevista con Boris Wiseman, publicada originalmente en *Les Temps modernes*, núm. 628, agosto-octubre de 2004; fue una de las últimas concedidas por Lévi-Strauss.

Su respuesta apunta a motivaciones externas, casi accidentales; ¿pero sentía usted una necesidad o un deseo más profundo, más personal, de escribir ese libro?

Seguro que había motivos más profundos, pero entonces yo no era consciente de ellos. Con respecto a la necesidad, no, porque me sentía culpable de escribir ese libro cuando debería haber estado haciendo trabajo científico. Lo escribí muy rápidamente, en cuatro o cinco meses, sin pararme siquiera a comprobar la ortografía de las palabras portuguesas. Desde ese punto de vista, la primera edición era horrorosa.

¿Podría usted decirnos algo más acerca de esos motivos «no conscientes»? Usted ha dicho que escribió Tristes Trópicos en un estado como de rabia. ¿Rabia contra qué?

Contra mí mismo, por la razón que acabo de mencionar. Pero al mismo tiempo, sin ser plenamente consciente de ello, también estaba cediendo a un deseo todavía no cumplido de escribir una obra literaria.

En una de sus cartas al autor brasileño Mário de Andrade, usted habla de lo mucho que admiraba al pueblo caduveo². ¿Qué es lo que admiraba en él en particular?

Su cerámica y su pintura corporal. Eran grandes artistas.

¿Admiraba usted también su modo de vida?

No, en absoluto. Vivían como campesinos brasileños pobres.

¿Tuvo usted el mismo tipo de relaciones con los caduveo que con los bororo y los nambikwara?

No. Los caduveo eran muy desconfiados, temerosos de cualquier intrusión en su territorio. Los bororo mostraban cierta altanería, y estaban muy orgullosos de sus instituciones. También ellos eran muy reservados. Entre los nambikwara, en cambio, pese a su reputación violenta, las cosas eran totalmente diferentes. Había una simpatía mutua entre nosotros. Eran gente extraordinariamente cordial.

² La carta, fechada el 15 de enero de 1936, fue también publicada en *Les Temps modernes*, núm. 628.

¿Les habló a ellos sobre Francia?

Muy poco. Nuestros medios de comunicación eran muy limitados.

¿Se identificaba usted con los indios que estudiaba?

¡No, en absoluto!

Desde un punto de vista metodológico, ¿es importante para el etnólogo evitar cualquier identificación?

Depende. Habría que responder a eso caso por caso. Algunos etnólogos han escrito cosas muy buenas identificándose con su objeto de estudio.

En su «Introducción a la obra de Marcel Mauss», usted dice que el único terreno en el que el etnógrafo puede superar la oposición entre sí mismo y el otro es el inconsciente³. ¿En qué difiere ese recurso metodológico al inconsciente de lo que los psicoanalistas llaman identificación? ¿Es su concepción totalmente incompatible con la concepción psicoanalítica de la relación con el otro implicada en la noción de identificación?

Me parece que los psicoanalistas buscan experiencias concretas y particulares. Yo trabajo a un nivel totalmente diferente cuando considero la estructura del pensamiento inconsciente como una especie de común denominador de la comprensión humana.

¿Por qué no regresó usted al trabajo de campo?

En primer lugar, no pude hacerlo debido a la guerra. Me vi por tanto obligado a trabajar en mi estudio. Me gustaba aquel tipo de vida, pero no las rutinas de la investigación. Me falta paciencia.

¿Es sin embargo necesario hacer trabajo de campo al menos una vez en la vida para convertirse en etnólogo?

Sin duda.

³ Claude Lévi-Strauss, «Introduction à l'œuvre de Marcel Mauss», en Marcel Mauss, *Sociologie et anthropologie*, París, 1950. Trad. al inglés como *Introduction to the Work of Marcel Mauss*, Londres, 1987.

¿Por qué?

Para saber cómo usar mejor las obras que otros traen de su campo.

¿Fue determinante su experiencia entre los nambikwara en 1938 para el etnólogo en que se convirtió usted después?

No deseo que parezca que atribuyo demasiada importancia a mi trabajo de campo. Hice más de lo que algunos críticos parecen creer, pero sería el primero en admitir que, en general, fue de proporciones muy modestas. También diría que mi experiencia con los nambikwara fue, en cierto sentido, desalentadora, y en otro muy beneficiosa. Fue desalentadora porque llegaba de los bororo, cuya cultura era de una notable riqueza y complejidad, y me encontré de repente entre gente extraordinariamente pobre y que en realidad era prácticamente imposible ubicar. Siendo como eran seminómadas, nunca estaban donde uno suponía que podía encontrarlos. Desde el punto de vista de la antropología clásica, yo diría que no era muy productivo. Pero desde otro punto de vista fue enormemente valioso porque cabría decir que fue un trabajo de campo llevado hasta su límite negativo más extremo. Uno tenía que intentar extraer algo de un material muy escaso, teniendo en cuenta las dificultades de la investigación en aquella época. Las cosas han mejorado desde entonces.

¿Le permitió su experiencia del límite ver cosas que no habría podido ver de otro modo?

Yo no lo diría así. Me permitió estimar, de forma general y sumaria, el ámbito del trabajo de campo, desde sus formas más ricas a las menos agradecidas.

Usted ha referido en otro lugar que cuando escribió Tristes Trópicos había comenzado a escribir una novela que luego abandonó.

No en aquel momento. Comencé a escribir aquella novela al volver de Brasil, esto es, durante los pocos meses que pasaron entre mi regreso a París y el estallido de la guerra en 1939. Fue en aquel momento cuando la comencé y luego la abandoné. *Tristes Trópicos* llegó quince años después.

¿Qué papel desempeñó aquella novela no escrita, tanto para Tristes Trópicos como para el resto de su obra? ¿Fue importante?

Desempeñó cierto papel, en parte porque uno de los títulos posibles para la novela era *Tristes Trópicos*, y en parte porque acabé incluyendo en ésta sus páginas iniciales: la descripción de una puesta de sol, que de hecho había escrito en el barco en el que viajé a Brasil por primera vez. Al incluirla en *Tristes Trópicos*, devolví aquella descripción a su origen real.

Usted volvió a referirse a esa descripción de una puesta de sol en el «Finale» de El hombre desnudo, quince años después de la publicación de Tristes Trópicos. ¿Por qué volvió sobre ella?

Se me hizo evidente que había una especie de constante o invariante en mi pensamiento, que significaba que, habiendo tomado el ocaso como modelo para los problemas etnológicos que más tarde tendría que resolver, cuando llegué a completar el más complicado de esos problemas –esto es, los cuatro volúmenes de *Mitológicas*– los vi en la forma de un crepúsculo.

¿En qué sentido servía el ocaso como «modelo» para los problemas etnológicos que estaba estudiando usted?

Uno se ve frente a una realidad extraordinariamente complicada, cuyo despliegue posterior es imprevisible, pero que debe en cualquier caso intentar describir con precisión. Y al final, habiendo extraído un principio organizador, o al menos habiendo imaginado que podía extraerlo, entonces lo vi desaparecer ineluctablemente, como el sol que se pone.

En cierto sentido los mitos, al transformarse, siguen una trayectoria parecida a la del sol poniente. ¿Se podría decir así?

En el sentido de que cuantas más conexiones descubre uno, menos información obtiene.

¿Podría usted explicar lo que quiere decir con eso?

Bueno, si se puede empezar en un punto y llegar a cualquier sitio... No parece que eso nos valga de mucho.

¿Y no estaba usted desanimado por esa ausencia de significado? ¿No deseaba usted encontrar un significado?

¡Descubría significados todo el tiempo!

Cuando usted ha tratado la relación entre mitos y significado, a menudo ha empleado formulaciones que parecen paradójicas. En el «Finale» de El hombre desnudo, usted explicaba que, aunque los mitos estén llenos de significado, cuando se ven desde fuera su significado queda anulado. ¿Cómo podemos entender esa relación aparentemente paradójica?

El pensamiento mítico pretende entenderlo todo y explicarlo todo. Para nosotros es una cuestión de comprensión que puede ser un tremendo fracaso, porque al mismo tiempo exhibe lo que Augusto Comte llamaba, refiriéndose al fetichismo, «el estado totalmente normal de nuestra inteligencia».

La trama de la novela que usted planeaba escribir se basaba en cierto suceso. Un viajero llega a Oceanía y utiliza un fonógrafo para embaucar a los nativos y hacerse pasar por un dios.

Era algo que había leído en los periódicos. No sé si era verdadero o falso.

¿Qué es lo que le interesaba de esa historia?

Nada en particular. En la novela transformé el asunto, convirtiéndolo en la historia de unos refugiados que huyen de la ocupación alemana y que tratan de crear otra civilización para sí mismos en el Pacífico. Pero lo he olvidado casi todo.

Algo que encontré especialmente llamativo en los sucesos que usted eligió como punto de partida para su novela es que tienen algo en común con otra obra de ficción que usted comenzó en un momento de desánimo cuando se hallaba en su trabajo de campo en Campos Novos en el Mato Grosso. Era la pieza mencionada en Tristes Trópicos en la que usted trabajó durante seis días y que se iba a titular La apoteosis de Augusto. Al igual que en el caso anterior, en la pieza aparecía un viajero que también era un mentiroso y un mistificador. Me pregunté si, en ambos casos, uno podría entender las obras de ficción que usted comenzó como una especie de exorcismo de su peor parte, o de la peor parte de la antropología.

Eso nos llevaría muy lejos. Creo que el paralelismo que usted plantea es justo, pero no veo en él nada más allá del sentimiento de que, cuando uno está buscando una realidad, también está persiguiendo una ilusión.

Algunos autores que han contado una experiencia traumática, como el judeocidio, se han sentido a veces culpables de traicionar, con su escritura, la experiencia real. ¿Ha sentido usted en algún momento algo parecido?

No es tan profundo como eso; es más la sensación de que los medios que uno tiene a su disposición, como observador y como escritor, no son nunca comparables a lo que uno ve y lo que uno está tratando de describir. Hay una brecha que persiste inevitablemente.

Usted ha dicho varias veces que no tiene una sensación muy fuerte de identidad personal. ¿Se siente usted judío? ¿Es importante para usted ser judío?

Me siento judío. Lo sé desde que nací. Todos me lo han dicho. Es un hecho.

Es un hecho. ¿Pero es una parte importante de lo que es usted?

No deseo dramatizar mi caso individual, que importa bien poco; pero digamos que me ha traído más inconvenientes que ventajas.

Desde un punto de vista histórico, eso es obvio. Pero desde el punto de vista de la identidad, ¿qué significa para usted ser judío?

Saber que estoy relacionado con un pasado muy distante, pero cuya continuidad no puedo reconstruir, entre la Palestina de la que sé, en abstracto, que provengo, y la Alsacia de principios del siglo XVIII, donde puedo localizar a mis antepasados. ¿Qué sucedió mientras tanto entre una cosa y otra? No tengo ni la menor idea.

¿Qué importancia tiene ese sentimiento de continuidad histórica para usted, como pensador y como autor?

Si pudiera alimentar esa continuidad en sí misma, lo que sería importante, le concedería gran valor. Para mí, poder reconectarse con los comienzos es un valor esencial. Sin embargo, en este caso particular, siento la continuidad de una forma abstracta, pero no puedo alimentarla.

¿Qué quiere decir usted con «alimentarla»?

Poder atribuirle, en cada etapa de una larga historia, un contenido concreto, hechos, imágenes, testimonios figurativos o escritos. Pero todo eso está ausente durante un periodo de dos o tres milenios.

Usted no ha escrito mucho sobre el judaísmo. ¿Fue una decisión deliberada?

Eso habría requerido una profesión totalmente distinta, y mis contactos de infancia con la sinagoga –mi abuelo materno era rabino– no me dejaron nada que me atrajera especialmente.

Hoy día usted es tratado como un clásico, situándole a menudo entre los mayores pensadores de nuestro tiempo. ¿Qué le hace sentir eso?

Me emociona, pero al mismo tiempo me hace sentir incómodo y me irrita.

¿Por qué?

Porque no creo que sea verdad. No me siento nada importante comparado con mis grandes predecesores.

Usted nunca ha tratado realmente de crear su propia escuela de pensamiento, ni de desempeñar el papel de un líder intelectual tal como por ejemplo Sartre. ¿Fue una decisión deliberada?

No quería hacerlo porque, lo confieso, me disgusta tener que tratar con gente en público. Mi primer instinto es evitar a la gente e irme a casa.

A menudo se le ha atribuido una opinión muy crítica hacia la cultura a la que pertenece. ¿Rechaza usted esa cultura?

Estoy profundamente vinculado a la cultura. Me siento un producto de esa cultura. Es más bien la sociedad lo que me repele.

¿Qué es lo que le repele en particular?

Hay cientos de cosas, pero creo que todas se resumen en una: cuando nací, había mil millones de personas sobre la tierra, y cuando comencé a trabajar, después de la agrégation, eran mil quinientos millones; ahora

son seis mil millones, y mañana serán ocho o nueve mil millones. Este mundo ya no es el mío.

¿Cuál es su opinión sobre la vida cotidiana en el París del siglo XXI?

Para un anciano es tan fácil decir que todo era mejor cuando era joven que uno no debería responder a preguntas de este tipo. Pero si desea realmente conocer mi opinión, yo diría que, aparte de los avances en la medicina –que son indiscutibles y muy beneficiosos para todos nosotros–, en todos los demás aspectos, para alguien con mi formación social e intelectual, la vida solía ofrecer más placeres.

¿Se considera usted una persona fundamentalmente nostálgica?

No solo siento nostalgia de mi juventud, sino de muchos grandes periodos que nunca conocí personalmente.

¿Cuáles, por ejemplo?

Depende del libro que esté leyendo, la pintura que esté mirando, la música que esté escuchando, o mi estado de ánimo en determinado momento. Con mucha frecuencia, probablemente, me veo a mí mismo como un hombre del siglo XIX. Cambiar de época es un juego frívolo: cualquier cosa que usted piense que ha ganado en una lo ha perdido en otra.

¿Cómo ve usted la situación actual en la antropología?

Hay todavía mucho que hacer, porque hay muchas cosas en el mundo que se han estudiado muy poco, o muy mal. Sin embargo, comparando con los dos últimos siglos, será solo cuestión de recoger las migajas.

¿Cree usted que la antropología está condenada a una decadencia inevitable?

Yo diría transformación más que decadencia. La tarea de la antropología dependía enteramente de una coyuntura histórica específica: el momento en que la cultura occidental percibió que iba a dominar el mundo entero. Había pues una necesidad urgente de reunir todas las experiencias humanas que no le debían nada, cuyo conocimiento era indispensable para hacerse una idea de la humanidad no limitada a las reflexiones personales, ni siquiera a la propia civilización occidental. Creo que la antropología cumplió muy bien

su deber durante, digamos, los dos últimos siglos, pero hemos llegado a un momento en que ni una sola de las experiencias humanas que podemos conocer está libre de la contaminación occidental; y así, esas experiencias ya no pueden instruirnos sobre lo que antes estábamos buscando.

Pero aunque se pudiera argumentar que, en cierto sentido, el objeto de la antropología está en camino de desaparecer, o de desmenuzarse, surgen también nuevos objetivos. Usted mismo ha dicho en otro lugar que aunque las diferencias entre las culturas se están difuminando debido a la «contaminación» occidental, pueden surgir otras diferencias, casi invisibles, dentro de la cultura a la que uno pertenece, que pueden a su vez ser objeto de un estudio antropológico.

Eran palabras amables para contentar a la UNESCO, pero no habría que hacerse muchas ilusiones. Solía haber un tesoro oculto, si usted quiere, de creencias, hábitos, costumbres e instituciones que nacieron y se desarrollaron durante siglos, como raras especies de animales o plantas. Habrá nuevas diferencias, pero de otra naturaleza.

¿Cómo cree usted que se está produciendo la transformación de la antropología?

Se configurará una disciplina dedicada al estudio de esas nuevas diferencias que están surgiendo por todas partes, y eso es bueno; pero ya no es mi problema. Además, la antropología se transformará en filología, en historia de las ideas, del mismo modo que los mundos de la antigua Grecia, Roma y la India védica nos dejaron tras desvanecerse trabajo por hacer durante siglos, y seguirán haciéndolo. La masa de materiales antropológicos que nunca se han estudiado o publicado es inmensa.

Una peculiaridad de la antropología francesa es que está profundamente enraizada en la filosofía. Muchos etnólogos franceses, incluido usted mismo, se formaron como filósofos. ¿Cree usted que esa íntima relación con la filosofía puede ser una desventaja para la antropología así como una ventaja?

Estoy convencido de que es una ventaja.

Sí, es una ventaja, ¿pero es también una desventaja?

Podría ser una desventaja, porque le invita a uno a teorizar demasiado rápidamente, pero incluso entonces, eso no es cierto para todos... Pero digamos que dio a nuestros etnólogos una cultura filosófica general mucho más amplia que la de muchos de nuestros colegas extranjeros.

¿Ha habido problemas antropológicos que usted no habría podido resolver sin esa cultura filosófica?

Es difícil decirlo. La contribución de la filosofía era la de una cultura general, pero sobre todo de cierta gimnasia mental, cierta forma de practicar las facultades del pensamiento.

A este respecto, ¿en qué tradición filosófica se situaría usted mismo?

Se ha dicho a menudo que soy kantiano, lo que probablemente es cierto.

La antropología estructural arroja luz sobre ciertos fenómenos en los que están interesados los etnólogos. ¿Pero qué tipo de fenómenos permanecen fuera de ese campo de visión? ¿Qué es lo más difícil de ver para el estructuralismo?

No se trata tanto de tipos de fenómenos sino de los ámbitos en los que uno se sitúa a fin de observar éste o aquél fenómeno.

¿Estaría usted de acuerdo con la idea de que los ámbitos que el estructuralismo favorece para observar los fenómenos son los más cercanos al inconsciente?

Sí, pero hay algunos fenómenos para los que esperamos haber encontrado el ámbito apropiado de observación, y otros para los que todavía no ha sido posible. Quizás nunca lo encontraremos.

¿Puede dar usted un ejemplo?

Yo diría que los ámbitos en los que uno debe dejar margen para lo individual.

En la medida en que la mente opera con un pequeño número de estructuras recurrentes, esos elementos forman un sistema combinatorio cerrado. En Tristes Trópicos usted plantea la posibilidad de una tabla periódica de estructuras sociales existentes y posibles. ¿Cuál sería su respuesta a los críticos que dicen que tal concepción de la mente priva a la humanidad de uno de sus valores fundamentales, la libertad?

Ése es un lenguaje que me resulta tan opaco como una lengua que no hablo. No entiendo qué es lo que quiere decir. Solo he dicho que, cuando uno considera lo individual, hay muchos enfoques que podrían ser

legítimos, pero el estructuralismo no lo es. El estructuralismo implica que podemos abstraer al propio individuo. Si usted tiene un microscopio con varios niveles de ampliación, y utiliza uno de baja potencia para observar una gota de agua, verá pequeñas criaturas alimentándose, copulando, gustándose unas a otras, odiándose mutuamente, y para todas ellas existe la libertad. Si usted utiliza un grado de ampliación mayor, ya no verá esas mismas criaturas, sino las moléculas que componen sus cuerpos. La cuestión de la libertad deja entonces de tener ningún significado. Solo se aplica a otro nivel de la realidad.

Creo que mi pregunta era: ¿en qué medida determinan los ámbitos estructurales nuestras experiencias, nuestras formas de entenderlas y de vivirlas en tanto que funcionamos como individuos, viviendo y actuando en el mundo?

Hay tantos determinantes operando a todos los niveles, a niveles relacionados con la biología molecular, la fisiología animal y lo que usted quiera, y la forma en que están entrelazados todos esos factores es de una complejidad tan tremenda que priva de todo significado a ese tipo de pregunta.

¿Cree usted en la posibilidad de actos totalmente libres, que permanecen fuera de todos los determinismos que usted ha descrito?

No sé lo que quiere decir eso...

¿No sabe usted lo que significa eso, un acto libre?

No. No sé lo que quiere decir eso. Me siento libre si no hay nada en mí que se alce contra lo que quiero hacer.

Hay una pregunta que me gustaría hacerle, pero es un poco delicada. Montaigne decía que filosofar es aprender a morir. ¿Es eso lo que la filosofía ha sido también para usted?

Ésa es la reflexión de un anciano. Montaigne, aunque no murió viejo, se consideraba viejo porque en aquella época la gente solía morir más joven. En cualquier caso, al final de la vida de uno la muerte ya no existe como una abstracción, como suele ser durante la mayor parte de nuestra existencia, sino que se vuelve algo muy concreto. Por lo

tanto la respuesta es sí, ciertamente. Uno no puede dejar de hacerse las preguntas que la gente se ha venido haciendo desde que el mundo es mundo; y la filosofía nos enseña a tratar de dar una respuesta que nos parezca aceptable.

¿Piensa usted a menudo en la muerte?

Con frecuencia.

¿Con serenidad?

No llamo a la muerte, pero ya no veo muy claramente cuál es mi lugar en este mundo.

¿Por qué?

Porque ya he completado mi obra. Probablemente ya no añadiré nada a lo que he escrito, o lo que podría añadir sería de inferior calidad, y por lo tanto nada esencial.

¿Le ha aportado gran satisfacción lo que usted ha escrito?

Me dio la satisfacción de no haber estado nunca aburrido.

¿Ya no escribe usted?

No es algo tan simple. Todavía hago pequeñas cosas de vez en cuando. Pero la cuestión no es si uno escribe o no escribe, sino si el pensamiento de uno es todavía productivo o no.

Usted ha escrito varias veces sobre los ritos que la gente ha inventado para simbolizar la relación entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Como antropólogo, ¿cuál cree usted que es la forma en que nuestra propia sociedad representa sus relaciones con el mundo de los muertos?

Recuerdo que en el pueblecito donde paso mis vacaciones, y donde ya no hay un cura a tiempo completo, el que pasa por allí, que tiene a su cargo seis o siete parroquias, me dijo un día que los franceses ya no tienen más religión que el culto de los muertos.

¿Ha desaparecido la religión, en el sentido de la práctica religiosa?

Al menos en la vida civil, que es la forma de la religión de atestiguar su propia realidad.

Creo que podríamos dejarlo aquí.

Se lo agradezco. Estoy comenzando a quedarme sin palabras para responderle.

KEVIN GRAY

LAS CULTURAS POLÍTICAS DE COREA DEL SUR

EL RETORNO TRIUNFAL de Park Geun-hye a la Casa Azul, el palacio presidencial de Corea del Sur, tras su victoria en las elecciones celebradas en diciembre de 2012, no puede sino suscitar reflexiones acerca de la naturaleza del proceso de democratización del país. Park, hija del dictador Park Chung-hee, que gobernó la República de Corea con puño de acero tras el golpe militar de 1961, creció en dicho palacio. Tras la muerte de su madre, en 1974, la joven Geun-Hye ejerció de primera dama del general Park, hasta que éste a su vez fue asesinado, mientras cenaba, por su jefe de inteligencia, en 1979. La dictadura persistió otros ocho años bajo el brutal sucesor de Park, el general Chun, enfrentado a protestas nacionales que culminaron con el gran Levantamiento de Junio en 1987, tras el cual siguió un periodo de «democracia vigilada». La década de gobierno de centro-izquierda iniciada en 1997, con las presidencias de Kim Dae Jung, un famoso disidente, y Roh Mu-hyun, exabogado de derechos civiles, sugirió a muchos que el movimiento de oposición liberal había introducido por fin su herencia, suplantando a una generación anterior, más conservadora, si bien bajo el poco auspicioso signo de la crisis de deuda asiática. En 2007, sin embargo, la baja participación de unos votantes decepcionados por Roh, ayudó al candidato de la derecha, Lee Myung-Bak, exconsejero delegado de Hyundai, a llegar a la Casa Azul con el respaldo de solo un 30 por 100 del electorado total.

La victoria de Park Geun-hye, que corona el éxito de su partido en las elecciones legislativas del pasado abril, crea el marco para una década entera de dominio conservador, de 2007 a 2017. Más aún, parece establecer el dominio de una elite que gobernó el país no solo durante la

dictadura de la Guerra Fría sino también en las amargas décadas del colonialismo japonés que la precedió. Para entender la dinámica política de la Corea del Sur contemporánea es necesario considerar los orígenes y el desarrollo de esta clase, así como el carácter de la «transición» de 1987 y los limitados, aunque no intrascendentes, logros de los gobiernos liberales de Kim y Roh al enfrentarse a este legado traumático¹. Yo sostengo que la polarización de la cultura política del país es el resultado de una lucha hegemónica acerca de lo que significó el curso de desarrollo surcoreano, una lucha que enfrenta a quienes se beneficiaron de la ocupación japonesa, de la Guerra de Corea y de las décadas de industrialización vertiginosa, bajo gobiernos autoritarios y el tutelaje estadounidense, contra los que sufrieron por todo ello. Los intentos recientes, efectuados por intelectuales surcoreanos, de relustrar las credenciales ideológicas de la elite empresarial y política deberían interpretarse bajo esta luz.

El crisol

En grado casi sin parangón entre las demás economías de la OCDE, el proceso de formación de clases en Corea del Sur ha estado modelado por una serie de choques y dislocaciones desgarradoras, tanto de procedencia externa como interna. La «modernización» de la península empezó con la anexión japonesa del antiguo Estado unitario en 1910, porque, para cumplir el plan rector del imperio, las autoridades coloniales impulsieron una transformación radical de la tradicional sociedad burocrática y agraria de Corea. Muchos coreanos fueron contratados para cubrir los escalones inferiores de la creciente administración japonesa y de la policía colonial, notoria por su brutalidad. Como demuestra Bruce Cumings, en su clásico *Origins of the Korean War*, a los terratenientes los dejaron en su sitio, permitiéndoles colaborar con las autoridades o retirarse a empresas culturales o a la contemplación; pero unos fuertes impuestos, basados en el catastro efectuado en todo el país, llevaron a los aparceros de subsistencia a la rebelión desesperada. Desde 1931, la península, puerta de entrada al «Manchukuo», fue sometida a un

¹ La autodenominación de «progresista» (*chinbo*) por parte del grupo de Roh Mu-Hyun fue en gran parte rechazada por quienes se consideran los verdaderos sucesores «progresistas» del movimiento prodemocrático *minjung*, o «de la gente común», de la década de 1980. En este artículo se utiliza el término «liberal», en referencia tanto a la tendencia económica (neo)liberal de los gobiernos de Kim y Roh como a la falta histórica de partido alguno basado en las organizaciones de trabajadores, algo que da a la cultura política de Corea del Sur un parecido mayor con la de Estados Unidos que con la de Europa.

desarrollo intensivo; campesinos desarraigados fueron obligados a ejercer de fuerzas de choque para construir carreteras y ferrocarriles, trabajar como obreros en la industria pesada del norte o combatir en Manchuria, donde se multiplicaban las guerrillas anticoloniales. Con la invasión completa de China, en 1937, cada vez más coreanos fueron reclutados forzosamente, mientras que otros se alistaron voluntariamente en el Ejército Imperial. También se intensificó el terror ideológico: las secciones de la Asociación Anticomunista emprendían «sesiones de limpieza de ideas» en aldeas y fábricas, a menudo operando fuera de las comisarías de policía; los sospechosos de izquierdismo eran torturados para que revelasen la identidad de sus camaradas. Los policías coreanos –los más odiados de todos los colaboradores– también efectuaron reclutamientos de trabajadores².

El hundimiento del poder colonial tras el anuncio emitido por Hirohito el 15 de agosto de 1945 fue recibido por los coreanos con celebraciones espontáneas, la liberación de unos 30.000 presos políticos de las cárceles coloniales y el establecimiento de comités populares en el campo. Los ataques a la policía proliferaban a medida que las unidades del ejército japonés se desintegraban y coreanos famélicos volvían a sus aldeas para enfrentarse a los colaboradores que los habían enviado a desempeñar trabajos forzados en minas y fábricas. Stalin aceptó sin un murmullo la decisión estadounidense de dividir el país para contener la influencia de su vecino soviético. Mientras que en el Norte expulsaron a los colaboradores y recibieron como héroes a los guerrilleros que habían luchado contra los japoneses (como Kim Il Sung), en el Sur aplicaron las políticas opuestas. Alarmados por el estado de la movilización popular a su llegada, en septiembre de 1945, los comandantes de ocupación estadounidenses decidieron conservar y «coreanizar» la maquinaria administrativa y la policía colonial japonesa. El núcleo del futuro Ejército de la República de Corea, sobre el que Estados Unidos conservaría el mando operativo, estaba compuesto por oficiales formados por los japoneses³. Estas fuerzas represivas fueron desatadas de inmediato contra una rebelión que se extendió por el Sur en 1948, inicialmente

² Bruce Cumings, *The Origins of the Korean War, Volume I: Liberation and the Emergence of Separate Regimes, 1945-1947*, Princeton, 1981.

³ Entre ellos, el futuro presidente, Park Chung-hee: nacido en una familia de campesinos en el sureste de la provincia de Kyōngsang en 1917, Park se enroló a los 23 años en la escuela del Ejército Imperial del Manchukuo y combatió en Manchuria tras formarse como oficial en Japón.

provocada por las protestas contra el terror policial en la isla de Cheju, y que luchaba por la independencia y la unificación. Al igual que bajo el dominio de los japoneses, decenas de miles de activistas políticos fueron encarcelados y muchos más enviados a «campos de orientación» para recibir reeducación anticomunista. Mientras tanto, las autoridades de ocupación estadounidenses supervisaron un proceso electoral, ampliamente boicoteado, que confirmó al autoritario Syngman Rhee, durante mucho tiempo exiliado en Estados Unidos, como jefe de Estado. La «oposición tibia», compuesta principalmente por antiguos terratenientes del sur, quedó confinada a una Asamblea Nacional prácticamente carente de competencias⁴.

Estados Unidos frustró de ese modo cualquier ajuste de cuentas con las fuerzas que habían colaborado con el fascismo japonés; y de hecho fue este grupo el que pasó a gobernar la República de Corea. Los tres años de guerra brutalmente destructiva, entre 1950 y 1953, solo sirvieron para cimentar la posición de la «facción projaponesa», que en la península se conocía despectivamente como *ch'inilp'a*: la principal escisión social se definió como la existente entre comunistas y anticomunistas, no entre coreanos patriotas y colaboradores. Cualquier crítica al orden dominante era calificada de «comunista» y «beneficiosa para el Norte»⁵. El desarrollo capitalista durante la Guerra Fría tomó forma en este marco. La industrialización en tiempos de Hirohito había estado promovida por el Estado, si bien a menudo emprendida por los *zaibatsu*, principalmente Mitsui. La espita siempre abierta de la financiación estadounidense, canalizada a través del Estado autoritario de la República de Corea, produjo la concentración de riqueza en *chaebols* gigantescos, propiedad de un puñado de familias que pronto se mezclaron con la elite gobernante por medio del matrimonio. Bajo la dictadura militar de Park, en las décadas de 1960 y 1970, el Estado invirtió mucho dinero en la región natal del presidente, Kyōngsang, mientras que las inquietas provincias de Jeolla del suroeste quedaron privadas de ayudas.

La continua expansión económica estaba, por otro lado, creando otro enemigo para la elite dominante, en la forma de una clase obrera en rápido crecimiento. Oleadas de huelgas estallaron repetidamente contra las condiciones de explotación en la industria textil, y pronto se les unieron

⁴ Bruce Cumings, *Korea's Place in the Sun: A Modern History*, Nueva York, 1997, p. 215.

⁵ Chung Youn-Tae, «Refracted Modernity and the Issue of Pro-Japanese Collaborators in Korea», *Korea Journal*, vol. 42, núm. 3, 2002.

los obreros de la siderurgia, la automoción, los astilleros, la máquina-herramienta y los sectores electrónicos. La notable KCIA, la agencia de espionaje de Park, respondió a estas huelgas con el terror policial, sometiendo sistemáticamente a torturas a los organizadores sindicales. Tras el asesinato de Park en 1979, sus acólitos, los generales Chun Doo Hwan y Roh Tae Woo, se hicieron con el control. Chun se mostró incluso más criminal que Park, ordenando a las tropas que disparasen contra los manifestantes en la capital de Jeolla del Sur, Kwangju; el carismático líder liberal de Jeolla, Kim Dae Jung, que ya había sido sometido sucesivamente a arresto domiciliario, secuestro y encarcelamiento, fue sentenciado a muerte por traición, aunque finalmente le permitieron huir al exilio, por presión de Washington. A lo largo de la década de 1980, se formó un movimiento radical *minjung*, o «de lagente común», ajeno al sistema de partidos, que atrajo a estudiantes, obreros industriales, activistas misioneros, campesinos y pobres urbanos. El *minjung* movilizó las protestas masivas de junio de 1987, cuando Chun anunció que su secuaz, el general Roh, lo sucedería en el cargo de presidente. Presionado por el gobierno de Reagan, que entonces se inclinaba a la «descompresión» de las dictaduras propiciadas por Estados Unidos durante la Guerra Fría, Roh aceptó presentarse a unas elecciones.

Pero la de 1987 probó ser una «democratización conservadora», dirigida desde arriba, en la que el régimen gastó enormes cantidades de dinero para garantizar el resultado correcto⁶. Dos candidatos liberales se repartieron el voto antidictatorial –Kim Young Sam, presidente del partido de oposición «tibia», enfrentado a Kim Dae Jung–, permitiendo a Roh hacerse con la mayoría. (En las elecciones de 1992, Kim Young Sam llevó esta lógica a su conclusión y alcanzó la presidencia presentándose como candidato del partido de gobierno). Y a los líderes liberales tampoco les interesaba una alianza con la entonces movilizada clase obrera, algo que podría haber planteado un reto fundamental al orden dominante en el país. Por su parte, las valientes luchas fabriles consiguieron mejoras salariales para los trabajadores organizados, pero los intentos de constituir una fuerza política –similar al Partido de los Trabajadores brasileño, por ejemplo– fueron recibidos con una represión feroz y las habituales acusaciones de «comunismo» y de «trabajar para el Norte»⁷.

⁶ Choi Jang-Jip, *Democracy after Democratization: The Korean Experience*, Seúl, 2005.

⁷ El lector interesado podrá encontrar un análisis más completo en mi artículo «Challenges to the Theory and Practice of Polyarchy: The Rise of the Political Left in Korea», *Third World Quarterly*, vol. 29, núm. 1, 2008.

1987 fue también, sin embargo, el momento en el que el modelo de crecimiento de la República de Corea empezó a hacer agua, «aplastado» entre las economías crecientes de China y el sureste asiático, por un lado, y los hostiles tipos de cambio estadounidenses, por otro; al tiempo que la moderada mejora en la capacidad negociadora de los trabajadores ayudaba a debilitar la estrategia de industrialización basada en salarios bajos; la rentabilidad de los *chaebols* entró en una decadencia prolongada. La respuesta del gobierno presidido por Kim Young Sam (1993-1997) fue la de cebar la bomba de los *chaebols* con enormes dosis de crédito, solicitado en el extranjero pero garantizado por el Estado, y al mismo tiempo fomentar la expansión del trabajo precario, no sindicalizado, y rechazar las exigencias de Washington de que se levantasen las restricciones a la inversión extranjera directa y que se aclarasen las cuentas de los *chaebols*. La burbuja crediticia estalló con la crisis asiática de 1997, haciendo temblar las finanzas de Corea del Sur y exponiendo su economía al ariete del FMI. Esta fue la herencia recibida por la oposición liberal cuando Kim Dae Jung entró en la Casa Azul, a principios de 1998.

Desencanto liberal

Hasta 1987, el carácter autoritario del orden dominante en Corea del Sur hacía que hubiese poca necesidad de desarrollar una ideología genuinamente conservadora; en todo caso, el avance vertiginoso de una modernización impuesta desde afuera hacía que hubiese poco que «conservar», por así decirlo. La anexión japonesa provocó el hundimiento casi instantáneo de la autoridad cultural y política de las clases dominantes tradicionales en Corea, y dejó profundamente deslegitimado el confucianismo⁸. Con unos orígenes demasiado a menudo comprometidos por la colaboración con los japoneses, los conservadores sufrían un déficit crónico de legitimidad que compensaban mediante ruidosas declaraciones de nacionalismo, identificado con un anticomunismo violento, y, durante el gobierno de Park, mediante el bálsamo de una expansión económica tangible. En las condiciones más competitivas de unas elecciones disputadas, y con una creciente inseguridad económica tras el desplome de 1997, esta falta de legitimidad se convirtió en un problema más grave. Los liberales parecieron entonces sostenidos por una

⁸ Jung-In Kang, «The Dilemma of Korean Conservatism», *Korea Journal*, vol. 45, núm. 1, 2005, pp. 212-220.

marea demográfica de nacidos en tiempos de la explosión demográfica, que habían alcanzado la mayoría de edad en las luchas prodemocráticas de la década de 1980 y estaban vacunados contra una ideología autoritaria que daba primacía al crecimiento y que ellos identificaban con la *chönggyöong yuch 'ak*, o «confabulación gobierno-empresa»⁹.

Los conservadores se quedaron al margen, profetizando la ruina, mientras Kim Dae Jung proseguía su enormemente popular política de acercamiento a Corea del Norte, proponiendo un sistema confederal con dos regiones autónomas. Su paralización, tras la histórica cumbre intercoreana celebrada en Pyongyang en junio de 2000, fue ampliamente atribuida a la oposición de Estados Unidos: el gobierno de Clinton, que había estado a punto de entrar en guerra con la República Popular Democrática de Corea en junio de 1994, dio la espalda a la iniciativa de Kim y no cumplió la parte que le asignaba el acuerdo firmado en octubre de 1994: aportar una fuente de energía alternativa al reactor nuclear de Pyongyang. La actitud abiertamente ofensiva de Bush, que incluyó al Norte en el Eje del Mal, molestó mucho en el Sur. Al terminar el mandato de Kim Dae Jung, el también liberal Roh Mu-hyon completó con éxito a finales de 2002 una campaña electoral abiertamente crítica con Bush, que prometía situar las relaciones de la República de Corea en términos de mayor igualdad con Estados Unidos, aunque una vez en el cargo cambió de rumbo y envió tropas coreanas a Iraq¹⁰.

En último término, las políticas económicas de Kim y Roh ayudaron más a erosionar su base electoral que los ataques de la oposición conservadora. El desempleo y las tasas de empleo precario se dispararon bajo el dictado del FMI, mientras que Kim neutralizó de hecho al movimiento sindical independiente, KCTU, cuando sus líderes aceptaron en 1998 no cuestionar los despidos, a cambio de que se estableciesen redes de seguridad social mínimas y un reconocimiento para el propio sindicato. El régimen regulador que el FMI exigió para los conglomerados coreanos –a requerimiento de los conglomerados estadounidenses– podría denominarse «legislación antichaebol», y por lo tanto formaba parte de la agenda «progresista». Pero el crecimiento obtenido entre 1998 y 2007

⁹ Ho Keun Song, «Politics, Generation and the Making of New Leadership in South Korea», *Development and Society*, vol. 32, núm. 1, 2003.

¹⁰ Respecto al balance de la «década liberal» en la República de Corea y los primeros años de gobierno de Lee Myung-Bak, véase Charles Armstrong, «En torno a la península coreana», *NLR* 51, julio-agosto de 2008.

fue resultado en gran medida de las efímeras y destructivas burbujas del crédito al consumo y de los precios de los activos que siguieron a la reducción, por parte de Kim, de los controles sobre la inversión extranjera directa; el mandato de Roh (2002-2007) estuvo marcado por crecientes desigualdades de la renta, aumento vertiginoso del precio de la vivienda y escándalos por corrupción¹¹. Pero para compensar a sus bases, ampliamente opuestas a la reestructuración neoliberal, Ron en especial inició medidas para abordar el legado del Estado colonial y «afrontar el pasado» (*kwagōch'ōngsan*).

El gobierno de Roh no solo estableció una Comisión de la Verdad y la Reconciliación para investigar los crímenes del régimen colonial, la Guerra de Corea y las dictaduras militares, sino también una Comisión Investigadora sobre los Colaboradores Projaponeses, que pretendía reclamar la riqueza amasada por nueve individuos que habían ocupado cargos claves durante la ocupación; este dinero se utilizaría para compensar a los combatientes independentistas y sus descendientes, además de financiar proyectos para conmemorar el movimiento de independencia. Una organización no gubernamental, el Instituto para la Investigación de Actividades Colaboracionistas, recopiló un diccionario de miles de personas que habían colaborado con el gobierno colonial, incluidos políticos, jueces, líderes religiosos, artistas, intelectuales y periodistas¹². Roh intentó también revocar la tristemente Ley de Seguridad Nacional y recortar la Agencia para la Planificación de la Seguridad Nacional (nombre del servicio de espionaje de Corea del Sur).

El entusiasmo por los libros de texto

No puede decirse que los conservadores recibiesen tales esfuerzos con espíritu de conciliación; el gobierno de Lee (2007-2012) disolvió la Comisión de inmediato. Más en general, la respuesta a este reto ha contemplado la aparición de un movimiento de nueva derecha más complejo, cuyo objetivo es distinguirse del viejo conservadurismo —ahora considerado corrupto, dividido, excesivamente dependiente del anticomunismo

¹¹ O. Yul Kwon, «Impacts of the Korean Political System on Its Economic Development», *Korea Observer*, vol. 41, núm. 2, 2010; Hee-yeon Cho, «Shinjayujuūi Chiguwa Shidae Chōngchi» [«La política de la era de la globalización neoliberal», *Tonghyanggwa Chōnmang* [Tendencias y perspectiva], vol. 72, primavera de 2008.

¹² «Government to Seize Assets of Collaborators in Colonial Era», *Korea Times*, 5 de febrero de 2007; «Ch'inilinmyōngsajōn surok daesangja 4776 myōng» [«4.776 nombres incluidos en el Diccionario de Figuras Projaponesas»], *Ohmynews*, 29 de abril de 2008.

de la Guerra Fría y privado de cualquier atractivo ideológico— aunque todavía tacha a los gobiernos de Kim y Roh de «izquierdistas y pronorte», o *chwap'a chongbuk*. Firmes defensores del liberalismo de libre mercado, los espíritus que los guían son intelectuales entre 30 y 40 años, así como líderes religiosos y activistas civiles. El movimiento en sí consta de tres componentes principales: grupos de estudios ideológicos, como la Fundación de la Nueva Derecha, Textbook Forum, NewRightThink.net y Unión por la Libertad; la Fundación Hansun por la Libertad y la Felicidad, dedicada al análisis de las diversas políticas públicas o privadas; y un grupo de acción política, la Unión de la Nueva Derecha, activamente implicado en el apoyo al gobierno de Lee Myung-Bak en 2007-2012¹³.

Este movimiento ha intentado contrarrestar la creciente influencia de la historiografía nacionalista de izquierdas en las pasadas décadas presentando bajo una luz mucho más positiva la función de Japón y Estados Unidos en el desarrollo económico del país, y promoviendo un nacionalismo específicamente surcoreano. En 2008, Lee Myung-Bak y su partido gobernante, al igual que organizaciones conservadoras como la Unión de la Nueva Derecha y la Liga por la Libertad Coreana, solicitaron que la fiesta nacional del 15 de agosto cambiase su denominación de Día de la Liberación Nacional (*kwangbok chöl*) a Día de la Fundación Nacional (*kõn'guk chõe*), para marcar el sesenta aniversario de la fundación de la República de Corea en 1948, bajo el auspicio estadounidense, y no el fin del dominio japonés en 1945. Esta medida fue objeto de muchas protestas, cada bando organizó una celebración por separado, y finalmente no prosperó. No obstante, el episodio ilustra los intentos conservadores de fortalecer su propia legitimidad restando importancia a la liberación nacional —de toda la península— del dominio japonés, la importancia de la resistencia interna y de independentistas exiliados como Kim Ku y el gobierno provisional coreano con base en Shanghai, y resaltando por el contrario la aportación de la alianza entre Estados Unidos y Corea del Sur a la fundación del Estado y al posterior «milagro» económico.

También han provocado una tormenta los intentos del gobierno de Lee de revisar los manuales de historia. Se han mantenido prolongados debates sobre la dinámica de las relaciones sociales y de propiedad al final de la dinastía Chosõn, en buena medida también entre los historiadores

¹³ «New Conservative Groups band against Roh, Uri Party», *Korea Times*, 30 de noviembre de 2004; Kim Il-Young, «Beyond New Rights to Procons», *Korea Focus*, enero de 2009, impresión original en *Choson Ilbo*, 13 de diciembre de 2008.

marxistas coreanos, que han cuestionado la función y la caracterización de la propiedad de la tierra, los sistemas de clanes, la producción social comunal y el trabajo esclavo, y ofrecido interpretaciones muy distintas de los modelos incluidos en el «modo de producción asiático» o de un periodo «feudal» tardío en Corea, que alimentó «brotes capitalistas» endógenos. Desde la década de 1980, historiadores nacionalistas de izquierdas como Kang Man-gil han planteado dicha opinión, dando a entender que el colonialismo japonés aplastó una prometedora senda coreana a la modernidad capitalista. Esta historiografía siempre ha sido criticada, tanto por estudiosos occidentales como por historiadores coreanos y japoneses, que han resaltado la situación relativamente «estancada», si no asolada por las crisis, de la economía agraria peninsular a finales del siglo XIX. Un libro de 1988, *Historia socioeconómica del periodo Chosŏn tardío*, escrito por el historiador económico (entonces) marxista Yi Yŏnghun, fue una importante contribución a este último punto de vista¹⁴.

Más recientemente, Yi Yŏnghun ha editado varios volúmenes que reúnen la nueva investigación económica cuantitativa sobre el periodo, y sostiene que en la segunda mitad del siglo XIX se dio una crisis económica total, detonada por la decadencia del sistema de préstamo de grano estatal establecido por la dinastía Chosŏn. Fue el desarrollo de la infraestructura, el mercado laboral y el mercado crediticio bajo el dominio japonés el que «sentó las bases para el desarrollo de la economía de mercado y la sociedad industrial coreanas»¹⁵. Como argumento histórico sustancial, esta sería también la evaluación de expertos como Bruce Cumings y Carter Eckert, aunque Cumings resalta desde hace mucho tiempo la importancia de entender la naturaleza «fraccionada» de la drástica transformación social instigada por la modernización japonesa, en condiciones de expansionismo militarista imperial: los cambios fueron de gran alcance pero infructuosos, y no llegaron al final¹⁶. Pero la obra de Yi Yŏnghun también ha sido utilizada por la campaña de la

¹⁴ Yi Yonghun, *Chosŏn Hugi Sahoe Kyŏngjesa*, Seúl, 1988.

¹⁵ Yi Yonghun, *Suryang kyŏngjesaro tashi pon Chosŏn hugi* [Reexamen del periodo Chosŏn tardío a través de su historia económica cuantitativa], Seúl, 2004, p. 389; véase Owen Miller, «The Idea of Stagnation in Korean Historiography: From Fukuda Tokuzo to the New Right», *Korean Histories*, vol. 2, núm. 1, 2010.

¹⁶ Bruce Cumings, «The Legacy of Japanese Colonialism in Korea», en Ramon Myers y Mark Peattie (eds.), *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*, Princeton, 1984; Carter Eckert, *Offspring of Empire: The Koch'ang Kims and the Colonial Origins of Korean Capitalism, 1876-1945*, Seattle, 1991; B. Cumings, *Origins of the Korean War*, vol. I, cit., p. 67.

Nueva Derecha para revisar los libros de texto, de la cual este autor es un faro guía. El *Manual alternativo sobre la historia moderna de Corea* (*Tae'an kyogwasō: han'guk kūn-hyōndaesa*), publicado por Textbook Forum en 2008, fue acusado de subordinar el análisis historiográfico matizado a los fines políticos. Cumings y Eckert se encontraban entre los muchos estudiosos que firmaron una carta conjunta para declarar que la revisión del Ministerio de Educación parecía guiada por «un programa político específico para homogeneizar los manuales de historia», y sostenía que, al admitir «una sola interpretación histórica», impedía que «los libros de texto reflejen las diversas interpretaciones, basadas en la investigación histórica acumulada»¹⁷.

Debates similares han surgido acerca de las posibilidades de resistencia durante el régimen colonial. En el contexto de creciente presión durante el gobierno de Roh, escritores asociados con la Nueva Derecha han intentado resaltar la extrema represión de la era colonial, dando a entender que la resistencia no era posible y que pocas opciones tenían los coreanos, aparte de colaborar con los japoneses¹⁸. Pero esta lógica determinista no explica que, de hecho, hubo resistencia. Nuevamente, la intención parece ser la de restar importancia a la contribución del movimiento independentista coreano.

El bulldócer

La esfera política surcoreana sigue siendo un espacio acaloradamente disputado. La victoria de Lee en 2007, como se ha señalado, se debió en gran medida a la abstención de los votantes liberales y de izquierda, tras la implosión del gobierno de Roh Mu-hyon; la participación cayó a un mínimo histórico, apenas superior al 62 por 100, desde casi un 71 por 100 en 2002. Lee también consiguió organizar un convincente ataque contra los mediocres resultados económicos en la «década perdida de gobierno izquierdista» de Kim y Roh –atribuida en parte a sus «políticas *antichaeols*», que disminuyeron los beneficios empresariales– y contra el estancamiento de la política de Amanecer, a pesar del destacado

¹⁷ Han Yunhyong, *Nyulaitū Sayonghugi* [Revisión para usuarios de la Nueva Derecha], Seúl, 2009; Kim Kihyop, *Nyulaitu P'ipan* [Crítica a la Nueva Derecha], Seúl, 2008. Véase también «Yōksa kyogwasō sujōng bandae' haewoe yōksahakja 114 myōngdo sōmyōng» [Otros 114 historiadores extranjeros firman una queja contra la revisión de los manuales de historia para escolares], *Kukmin Daily*, 11 de noviembre de 2008.

¹⁸ Koil Pok, *Chukūnjarūl Wuihan Byōnho* [En defensa de los muertos], Seúl, 2003.

Complejo Industrial Gaeson y de los programas turísticos¹⁹. En el cargo, Lee intentó hacer honor a su apodo de «el buldócer», aprovechando la imagen de Rhee y Park para sugerir que es un hombre fuerte y capaz de conseguir que las cosas se hagan. Se levantaron las restricciones a la financiación de los *chaebols*, y la Casa Azul intentó sacar adelante una serie de grandes proyectos de construcción, parecidos a los «puentes a ninguna parte» japoneses que aportaban escasos beneficios sociales o económicos pero prometían ser muy lucrativos para las constructoras *chaebol*. Entre ellos se encontraba el plan de los «Cuatro Ríos», destinado a mejorar el Han, el Nakdong, el Kūm y el Yōngsan; con un coste estimado que rondaba los 19 millardos de dólares, el proyecto provocó la destrucción de los escasos humedales salvajes para construir «parques ciudadanos» de estilo urbano.

Lee adoptó también una postura marcadamente más agresiva hacia el Norte, recortando los proyectos intercoreanos y aumentando la publicidad a favor de los enormes ejercicios militares conjuntos con Estados Unidos que con regularidad se organizan frente a las costas de Corea del Norte, en las disputadas aguas del mar Amarillo. Las escaramuzas, como el «abordaje» de barcos de pesca norcoreanos por buques de guerra de la República de Corea, han provocado muertes en ambos bandos. En marzo de 2010, el hundimiento de la *Ch'ōnan*, una corbeta antisubmarinos surcoreana, fue atribuido por Seúl a un torpedo de la República Popular de Corea, una afirmación recibida con mucho escepticismo por la ciudadanía surcoreana, en especial los más jóvenes²⁰.

De hecho, el periodo de mandato de Lee demostró ser, en muchos aspectos, un testimonio de la tradicional debilidad ideológica del conservadurismo surcoreano. Parte importante de sus votantes provenía de las megaglesias protestantes, muy conservadoras y situadas abrumadoramente en los distritos más ricos de Seúl, Kangnam, Soch'o y Songp'a. Casi el 30 por 100 de los surcoreanos se declaran cristianos, y de ellos, el número de protestantes duplica el de católicos. En las décadas de 1970 y 1980, activistas de ambas creencias, así como budistas, participaron en el movimiento *minjung*, y en cierta medida conservan una tradición de protesta, en especial con respecto

¹⁹ Thomas Kalinowski, «The Politics of Market Reforms: Korea's Path from *Chaebol* Republic to Market Democracy and Back», *Contemporary Politics*, vol. 15, núm. 3, 2009, pp. 298-299.

²⁰ Véase Tim Beal, *Crisis in Korea: America, China and the Risk of War*, Londres, 2011.

a cuestiones medioambientales y pacifistas. Las divisiones entre las iglesias protestantes conservadoras y progresistas se retrotraen a los debates de posguerra acerca de si afiliarse o no al Consejo Mundial de Iglesias, con sede en Ginebra, considerado procomunista por los conservadores²¹. Desde 1987, el ala ultraconservadora de la iglesia protestante coreana ha experimentado un fenomenal crecimiento, predicando una doctrina de acumulación personal de riqueza como manifestación de firmeza en la fe. El gobierno de Lee mantuvo lazos especialmente estrechos con el movimiento evangélico: el propio Lee es ministro de la iglesia presbiteriana de Somang, una de las más destacadas de Seúl.

Las megaiglesias han desempeñado una función activa en la movilización política de años recientes, pero esto puede también resultar contraproducente. Un ejemplo fue el referendo sobre comprobación de escasez de medios económicos para acceder a comedor gratuito en los colegios, convocado por Oh Se-Hoon, alcalde conservador de Seúl, en agosto de 2011. Los pastores de las megaiglesias aunaron todos sus esfuerzos a favor de la campaña de Oh, llegando el líder de la iglesia de la comunidad de Onnuri, en Yöngsan, a aportar la interesante sugerencia de que la comida gratuita en el colegio para todos los niños podía aumentar la homosexualidad²². El alcalde Oh se vio obligado a dimitir cuando la participación de votantes en el referendo cayó por debajo del mínimo exigido. Las megaiglesias lanzaron después una virulenta campaña contra el candidato de centroizquierda, Park Won-Son, en las elecciones municipales que siguieron, hasta el punto de que el pastor de la iglesia metodista de Kümnan advirtió a su congregación, compuesta por 120.000 miembros, de que Park estaba poseído por el demonio. De nuevo la intervención fue contraproducente, sin embargo, y Park fue elegido con una ventaja de 7 puntos sobre su rival, y con una mayoría abrumadora entre los votantes jóvenes.

²¹ El Consejo Nacional de Iglesias de Corea, afiliado al CMI, desempeñó una función importante en la oposición a la dictadura, mientras que el Consejo Cristiano de Corea, de tendencia conservadora, fue una fuente de anticomunismo radical. Acerca del cristianismo en Corea, véase George Ogle, *South Korea: Dissent Within the Economic Miracle*, Guildford y King's Lynn, 1990; y Wi Jo Kang, *Christ and Caesar in Modern Korea: A History of Christianity and Politics*, Nueva York, 1997.

²² «Defying warning, mega-church pastors continue to campaign for referendum», *Hankyoreh*, 24 de agosto de 2011.

Oposiciones

La resistencia al gobierno de Lee, por lo tanto, nunca ha estado muy soterrada. Pocos meses después de que asumiese el cargo, las protestas contra un acuerdo de libre comercio con Washington, originalmente propuesto por Roh Mu-Hyun, que incluía la importación de carne de vaca estadounidense, provocaron las mayores manifestaciones desde el Levantamiento de Junio en 1987²³. Los medios de comunicación surcoreanos siguen siendo aplastantemente conservadores: tres diarios, *Chosun Ilbo*, *Joongang Ilbo* y *Dong-a Ilbo*, conocidos colectivamente como *Chojungdong*, dominan el mercado, eclipsando a *Hankyoreh*, un periódico liberal de izquierdas y favorable a los trabajadores, que emergió de las luchas por la democratización y apoya firmemente la colaboración con el Norte, como su nombre («Una nación») sugiere. *Kyunghyang Sinmun*, originalmente establecido por la Iglesia católica, después propiedad del *chaebol* Hanhwa, fue comprado por sus trabajadores en 1988 y tiene una línea editorial similar a la de *Hankyoreh*. Entre las revistas de izquierda de alta calidad se incluyen *Changbi* (Creación y crítica), *Marx 21* y *Radical Review*. Revistas liberales de izquierdas de alta circulación son *Sisain*, surgida de una disputa en *Sisa Journal* acerca de un artículo sobre Samsung, y *Hankyoreh 21*.

En la actualidad pueden expresarse también voces más irreverentes. Jugando con el nombre de dos populares actrices coreanas, los nuevos medios satirizaron la naturaleza exclusivista del primer gobierno de Lee denominándolo «Línea-S KangBuja-Ko Soyong»: relacionando Kangnam, barrio de clase alta de Seúl situado en la orilla sur del Han, con la Universidad de Corea (*alma mater* de Lee), la iglesia Somang y la región de Yöngman (nombre genérico de la provincia natal de Lee, Kyöngsang)²⁴. Aunque, al traducirla pierde buena parte de su sarcasmo, la expresión puede sugerir cómo se veía la tendencia de Lee a recompensar a sus amigos con cargos ministeriales. El podcast de actualidad *Nanün Ggomsuda* (literalmente: «soy un arrastrado de ideas mezquinas»), que criticaba sarcásticamente al gobierno de Lee, alcanzaba más de dos millones de descargas por episodio.

²³ Park Mi, «Framing Free Trade Agreements», *Globalizations*, vol. 6, núm. 4, 2009.

²⁴ Chung-In Moon, «South Korea in 2008: From Crisis to Crisis», *Asian Survey*, vol. 49, núm. 1, 2009, p. 123.

Los nuevos medios de comunicación en Internet, como *Redian*, *Pressian* u *Ohmynews*, que tiene una plataforma de «ciudadanos periodistas», han adoptado innovadoras combinaciones de fundamentos comerciales y alternativos. La popularidad de políticos liberales no convencionales como Ahn Chol-Soo y Park Won-Soon radica en parte en este electorado. También ha habido problemas en el sector televisivo coreano, con huelgas en los canales KBS, MBC e YTN contra los intentos de Lee de sustituir directores de informativos por su propia gente. Una investigación efectuada sobre la iglesia Somang por *PD Notebook*, un programa de MBC, provocó el despido del productor, Choi Seung-Ho²⁵. Pero algunos de estos periodistas de televisión descontentos han establecido su propio noticiero online, *Newstapa*, disponible a través de YouTube y con una gran audiencia. Aunque el gobierno de Lee levantó las restricciones antimonopolio para permitir a empresas de prensa escrita entrar en la televisión, las conservadoras emisoras de televisión por cable recientemente establecidas han tenido problemas para sostenerse en un mercado ya saturado.

El cine crítico se ha extendido en años recientes. *The President's last bang* (2005), de Im Sang-soo, acerca del asesinato de Park Chung-hee, mostraba controvertidamente al general hablando con fluidez en japonés con sus socios, y se convirtió en objeto de una batalla judicial por el uso que hacía de metraje documental de manifestaciones, que supuestamente borraba el límite entre ficción y realidad. *Unbowed* (2011), de Chung Ji-young, trataba de los legados autoritarios del sistema judicial del país. Inmediatamente antes de las elecciones de 2012 se produjo un pequeño remolino de películas que investigan el periodo de la dictadura: *26 Years*, de Jo Geun-hyun, dramatizaba el intento de venganza de cinco supervivientes de la masacre de Kwangju; otra película, *National Security 1985*, dirigida por Chung Ji-young, trataba de la tortura a activistas demócratas; *Jiseul*, de O Muel, contaba la masacre de Cheju en 1948. También proliferaron los documentales de este tipo.

La alianza de las fuerzas de izquierda y liberales que se enfrentó a la dictadura ha experimentado profundos cambios desde la década de 1990. Si los líderes de la oposición democrática asumieron, una vez en el poder,

²⁵ «Unions begin a joint struggle to restore impartial broadcasting», *Hankyoreh*, 7 de febrero de 2012; «Somangkyohoe ch'uijaehadon 'PD Such'op' PD Choe Sungho kyölguk kyochae» [El productor Choi Seunggho, que investigó a la iglesia Somang, finalmente destituido], *Hankyoreh*, 3 de marzo de 2011.

los colores del centro-izquierda neoliberal, el combativo movimiento obrero independiente fue gravemente afectado por el traslado de industrias con un uso intensivo de mano de obra a zonas de producción con menores costes, en China y otros países, y por el drástico aumento de los trabajos precarios tras la crisis de 1997. Desde esta posición enormemente debilitada, y tras su acuerdo de 1998 con Kim Dae Jung, los líderes de la KCTU –la Confederación Coreana de Sindicatos, que agrupa a la multitud de organizaciones militantes de base que habían emergido en las décadas de 1980 y 1990– se dispusieron a fundar el Partido Laborista Democrático [PLD], establecido en 2000 como un amplio «frente unido» con el objetivo de agrupar movimientos sociales y ONG progresistas, además de trabajadores.

Pero el PLD ha padecido las profundas divisiones de la izquierda coreana, que afloraron a partir de junio de 1987 entre distintas líneas: la de «liberación nacional», la de «liberación de los trabajadores» (*nodong haebang*) o de «democracia popular». La primera, numéricamente más fuerte, resalta la importancia de las cuestiones geopolíticas y antiimperialistas, y defiende una alianza frentista por la liberación nacional, animada por la teoría de la dependencia y los conceptos *Juche**; la última prima la contradicción trabajo-capital sobre la del imperialismo²⁶. El PLD obtuvo el 17 por 100 de los votos en las elecciones legislativas de 2004, beneficiándose de la ira provocada por el gobierno de Roh Mu-hyun, pero no logró convertir este apoyo en una formación activista coherente. En 2006, tras la negativa de sus líderes a expulsar a dos dirigentes del partido acusados de «espíar» para Corea del Norte, una facción escindida dirigida por el exactivista estudiantil convertido en activista obrero Roh Hoe-chan formó el Nuevo Partido Progresista [NPP]. El PLD, con el nombre cambiado a Partido Progresista Unificado tras fundirse en 2012 con otras dos facciones más pequeñas, solo obtuvo un 10 por 100 de los votos en las elecciones legislativas de 2012, aunque logró conservar su posición como tercer partido político de Corea del Sur (el NPP de Roh Hoe-chan solo obtuvo el 0,5 por 100 de los votos)²⁷.

* Esto es, la ideología oficial del régimen de Corea del Norte [N. de la T].

²⁶ Joonbum Bae, «The South Korean Left's "Northern Question"», en Rüdiger Frank y Patrick Kollner (eds.), *Korea Yearbook*, Leiden, 2009, pp. 87-116.

²⁷ El PPU fue creado por el PLD, el Partido Participativo Popular (establecido por Rhyu Shi-min tras el suicidio del expresidente Roh Mu-hyon, con quien había sido ministro de Sanidad y Seguridad Social), y una facción del Nuevo Partido Progresista liderada por Shim Sang-Jeong. En la campaña para las elecciones presidenciales celebradas en diciembre de 2012, el candidato del PPU, Lee Jung-Hee, se situó bien en los debates televisivos en directo con Park Geun-hye, pero retiró su candidatura unos días antes de las elecciones, para evitar dividir el voto de la oposición.

Por su parte, la trayectoria de los grupos defensores de las libertades civiles –organizaciones como Solidaridad Popular por la Democracia Participativa o Consejo de Ciudadanos por la Justicia Económica– surgidos del movimiento *minjung* de la década de 1980 para superar los vestigios del desarrollismo autoritario, ha tendido a alinearse con la corriente principal del centro-izquierda neoliberal. Un ejemplo de esto fue la campaña por los derechos de los accionistas minoritarios lanzada por Solidaridad Popular. El objetivo era comprar una cantidad simbólica de acciones de *chaebol* que permitiese a los activistas acceder a informes empresariales y enfrentarse a los directivos por las prácticas monopolistas de los conglomerados. Al final, los intentos de esta organización por fortalecer los derechos de los accionistas minoritarios fueron secuestrados por intereses gubernamentales y empresariales, y por accionistas con fines lucrativos cuyos objetivos estaban muy alejados de los de Solidaridad Popular²⁸.

La hija del dictador

Este era el contexto, por lo tanto, de las elecciones presidenciales celebradas en diciembre de 2012. En una campaña muy reñida, el candidato independiente y el del PPU se retiraron antes de las elecciones para dejar el camino libre a Moon Jae-In, excolaborador y sucesor de Roh Mu-hyon. Los orígenes personales de ambos contendientes eran drásticamente opuestos: como activista estudiantil a favor de la democracia, Moon había sido encarcelado por el padre de Park Geun-hye a mediados de la década de 1970, mientras ella ejercía de primera dama en la Casa Azul. Pero sus programas electorales eran prácticamente idénticos: Park prometía la «democratización de la economía» (*Kyǒngje minjuhwa*) y una «seguridad social de estilo coreano», con aumento de las pensiones, reformas en el sistema sanitario, más fondos estatales para el cuidado infantil y ayudas a los propietarios de viviendas fuertemente endeudados, cuestiones que tradicionalmente habían sido territorio de la izquierda liberal. Y tampoco había mucha diferencia sustancial entre ambos en lo referente a las relaciones con el Norte: distanciándose de las políticas radicales de Lee, Park prometía «aumentar la confianza y el diálogo», y sostenía que la ayuda humanitaria debía separarse de las cuestiones políticas. En política exterior, pedía una profundización de la alianza con Estados Unidos

²⁸Thomas Kalinowski, «State-Civil Society Synergy and Cooptation: The Case of the Minority-Shareholder Movement in Korea», *Korea Observer*, vol. 39, núm. 3, 2008.

y una ampliación de la alianza con China, prometiendo mantener relaciones de cooperación armoniosa con ambos. Aunque había un matiz de diferencia con la política planteada por Moon de dar igual importancia a las relaciones de Corea del Sur con Estados Unidos y a las relaciones con China, el contraste más sustancial entre ambos era que Park descartaba subir los impuestos a los ricos, como proponía Moon Jae-In.

En su papel de hija del dictador, Park Geun-hye consiguió halagar a todos. Su linaje familiar atrajo sin duda a los votantes de más edad, que recordaban el gobierno del general Park como una época de aumento del nivel de vida, en el actual contexto de creciente inseguridad. Pero también se sintió obligada a mostrar remordimiento por el reinado de terror de su padre, declarando que «los fines no justifican los medios» y haciendo visitas muy difundidas a monumentos a activistas que se habían resistido a la dictadura, a menudo con consecuencias paradójicas: el intento de poner una corona a los pies de una estatua a Chun Tae-Il, que se autoinmoló en 1971 para protestar por las condiciones inhumanas en las fábricas, estuvo un tanto arruinado por el duro trato que los guardaespaldas de la candidata dieron a los trabajadores que se manifiestan, envueltos en una prolongada huelga en Ssangyong Motors. Fue un cambio de rumbo respecto a su anterior declaración de que el golpe militar de su padre había sido «la mejor opción en una situación inevitable», un comentario que provocó amplias críticas. La disculpa también molestó a miembros de su propio bando: Cho Gap-je, periodista conservador, la consideró «un espectáculo político» y «un escupitajo sobre la tumba de su padre»²⁹. Park también se distanció con claridad del profundamente impopular Lee Myung-Bak, criticándolo tanto como a Moon. Si bien las megagiglesias evangélicas siguen siendo una significativa base de apoyo para su partido, sus publicistas se encargaron de resaltar que ella es atea, lo cual sugiere menos espacio para la tensión con otras comunidades religiosas.

La apuesta por una nueva hegemonía conservadora en Corea del Sur obtuvo un indudable éxito con la victoria de Park Geun-hye en las elecciones celebradas en diciembre de 2012. Pero es necesario aclarar la medida de dicha victoria. La ventaja de 3 puntos obtenida por Park –51 por 100 de los votos frente al 48 por 100 obtenido por Moon– no fue

²⁹ «Pak Kūnhye sagwa, ‘Minhyōkdang haep’ūning» [«Las dudas rodean la petición de disculpa de Park Geun-hye], *Minjungŭi Sori* [La voz del pueblo], 24 de septiembre de 2012.

ni mucho menos invencible. El apoyo a Park procedió principalmente de los mayores de 50 años, mientras que Moon se adelantó claramente entre los votantes más jóvenes. Las lealtades regionales fueron tan pronunciadas como siempre, de forma tal que Moon obtuvo casi el 90 por 100 de los votos en Ch'olla, mientras Park obtenía un porcentaje casi igual de elevado en las provincias más populosas de Kyöngsang. En las grandes conurbaciones del noroeste, Moon ganó en Seúl por un 51 por 100 frente al 48 por 100 de su rival, mientras que Park venció por la misma fracción en Inch'ön/Kyönggi.

En algunos aspectos, Park Geun-Hye es la figura perfecta para llevar adelante la «revolución pasiva» de 1987: un símbolo de la dictadura, y de la colaboración con el fascismo que la precedió, transformado en figura conciliadora. La propia Park aprovechó en gran medida durante la campaña el hecho de ser mujer y la necesidad de modernizar la política patriarcal de Corea. Pero como Charles Armstrong ha señalado en estas páginas, el capital político de los presidentes de Corea del Sur puede evaporarse con sorprendente velocidad. Ya antes de asumir el cargo, en febrero de 2013, Park tuvo que aceptar la dimisión de su propuesto primer ministro, Kim Yong-Joon, acusado de corrupción. La avanzada economía manufacturera construida, con gran coste social, por su padre, se está volviendo rápidamente inviable; el sector de los textiles y la ropa más baratos ya ha desaparecido, y el de prendas de vestir más caras afronta una incesante presión de China, en un mercado mundial ya saturado. Pero no hay una alternativa obvia. Por otra parte, con un nuevo dirigente instalado en Pyongyang y en el contexto de un Este asiático en rápida transformación, la enorme base militar estadounidense en el centro de Seúl es testimonio de que la República de Corea sigue siendo un Estado semisoberano, cuyo destino se decide fuera de sus fronteras.

JIWEI XIAO

LA MIRADA DE UN VIAJERO

Antonioni en China

RESULTA COMPRENSIBLE QUE Michelangelo Antonioni, uno de los pocos directores occidentales a los que se permitió filmar en China durante la Revolución Cultural, sólo pudiera lanzar una «rápida mirada» sobre el país, como dijo él en su documental de 1972 *Chung Kuo-Cina*; las limitaciones de tiempo y la situación política no le permitieron más. ¡Pero qué mirada! La película movilizó a la República Popular en una campaña de masas contra el director y suscitó incidentes diplomáticos en varios países de Europa; cuatro décadas después volvería a despertar intensas respuestas, aunque muy diferentes, entre los espectadores chinos. Con el tiempo se ha convertido en un intrigante oxímoron: una oscura película muy conocida. Siendo la obra de Antonioni menos vista y menos estudiada en Occidente, en China su notoriedad fue en otro tiempo inversamente proporcional al número de sus espectadores: era la película que todo el mundo deploraba pero que casi nadie había visto.

A principios de 1974, un año después de la emisión de *Chung Kuo* en televisión en Italia y en Estados Unidos, el gobierno de la República Popular lanzó una gigantesca campaña política para «criticar la película antichina de Antonioni»¹. La prensa fustigó al director italiano por su «hostilidad hacia el pueblo chino», tildándolo de libelista reaccionario, imperialista, revisionista y fascista. Le acusaron de seleccionar materiales específicos y de usar «trucos despreciables» para presentar

¹ En Italia, *Chung Kuo* fue emitido por la RAI como una serie de televisión en tres partes en enero-febrero de 1973; en Estados Unidos la cadena ABC había ofrecido una versión resumida en un espacio a la hora de mayor audiencia en diciembre de 1972, tras la visita de Nixon a China en febrero. Me gustaría expresar mi gratitud a Mary Ann Carolan, de la Universidad Fairfield, con quien comencé a trabajar sobre la cuestión de las relaciones China-Italia en la primavera de 2011.

una visión sombría y distorsionada de la nueva China, ignorando su modernización industrial y su progreso social². La película fue prohibida y a los diplomáticos chinos se les encargó que intentaran impedir su proyección en varios países europeos. En 1977 Beijing protestó por su proyección en la Bienal de Venecia y trató infructuosamente de que fuera cancelada. Aquel furor impulsó a Umberto Eco a publicar un ensayo titulado «Ovvero della difficoltà di essere Marco Polo», en el que trataba de ver la cuestión desde un «punto de vista chino», y argumentaba que era su experiencia tan profundamente diferente de la modernidad y su estética visual políticamente consciente la que hacía a los chinos malinterpretar la película de Antonioni³. Susan Sontag, uniéndose al debate en *The New York Review of Books*, acometía contra lo que entendía como un sistema didáctico de la cultura de la imagen en la República Popular basado en clichés, que impedía a los chinos apreciar el arte de Antonioni⁴.

La controversia sobre *Chung Kuo* no es un fenómeno intercultural único. La película *L'Inde fantôme* de Louis Malle, un «documental de observador» semejante realizado para la televisión francesa en 1969, provocó «indignación en las esferas oficiales» en India⁵. El documental de Susan Sontag sobre la guerra de Yom Kippur, *Promised Lands* (1973), fue criticado y prohibido en Israel. Por otra parte, una recepción hostil de sus obras no era una novedad para Antonioni: *Il grido* (1957) había suscitado la ira de los comunistas italianos; *L'avventura* fue recibida con abucheos en su estreno en Cannes en 1960; *Zabriskie Point* (1970) fue escarnecida y ridiculizada por los críticos estadounidenses⁶. En una entrevista en 1974, Antonioni dejó claro que era muy consciente de los conflictos internos existentes tras la «escena» que el gobierno chino estaba montando⁷. Conjeturaba que su película estaba siendo utilizada como pretexto por Jiang Qing (la mujer de Mao) y el grupo de Shanghai para atacar a Zhou

² Véase «A Vicious Motive, Despicable Tricks: A criticism of Mr. Antonioni's anti-China», originalmente publicado en el *Diario del Pueblo* (*Renmin Ribao*) y reimpresso en inglés en *Peking Review*, vol. 17, núm. 5, 1 de febrero de 1974, pp. 7-10.

³ Umberto Eco, «De Interpretatione, or the Difficulty of Being Marco Polo», *Film Quarterly*, vol. 30, núm. 4, verano de 1977.

⁴ Susan Sontag, «Photography Unlimited», *The New York Review of Books*, vol. 24, núm. 11, 23 de junio de 1977.

⁵ Erik Barnouw, *Documentary: A History of the Non-Fiction Film*, Oxford, 1983, p. 249.

⁶ Véase William Arrowsmith, *Antonioni: The Poet of Images*, Nueva York, 1995; Sam Rohdie, *Antonioni*, Londres, 1990, p. 137.

⁷ Sobre la entrevista, véase Michael Stern, «Antonioni: Enemy of the People», *The Saturday Review/World*, 18 de mayo de 1974, pp. 14-15.

Enlai, quien había aprobado su visita a la República Popular. La campaña formaba parte del movimiento *Pi Lin Pi Kong* [«crítica a Lin Biao, crítica a Confucio»], en una pugna más amplia para determinar el curso futuro de China, no solo a raíz de la fase más agitada y destructiva (1966-1969) de la Revolución Cultural, sino también como anticipación de la era postMao. Mientras que Zhou estaba en la primera línea de las iniciativas de «apertura» tras la visita de Nixon a China en 1972, Jiang Qing y sus aliados aprovechaban su control de los medios de comunicación para tratar de poner un «tope» a la «vía capitalista»; el compromiso con Occidente era considerado una amenaza a la pureza revolucionaria de China. En aquel contexto, está claro que lo que había en cuestión no eran diferencias culturales esencialistas; de hecho, el rasgo distintivo que el propio Antonioni había señalado en su obra, «cierta confianza en las capacidades interpretativas del espectador»⁸, no era en absoluto ajeno a la tradición china de las artes visuales, especialmente al género de la pintura «literaria» del Sur [*wenrenhua*], que valora la sugestión y ambigüedad estética. Pero si la sutileza de Antonioni «tiene una relación con Oriente», como sugería Roland Barthes, ese Oriente fue ferozmente reprimido durante la Revolución Cultural antitradicionalista⁹.

Un eslabón perdido

Como sugerían Eco y Sontag, *Chung Kuo* pudo parecer demasiado desvaída, elusiva y ambigua en un país que en aquel momento reverenciaba la brillantez, la teatralidad y el heroísmo revolucionario. ¿Pero cómo le fue en Occidente? Algunos de los críticos de Antonioni se quejaron de que el material era «repetitivo y a veces demasiado obvio»; fue desfavorablemente comparada, por ejemplo, con *How Yukong Moved the Mountains* (1976), de Joris Ivens¹⁰. Pero lo cierto es que *Chung Kuo* se perdió pronto en los recovecos de la indiferencia. Brevemente mencionada en los libros sobre el cine y los documentales italianos, es generalmente omitida en las

⁸ Entrevista concedida a Gideon Bachmann, «Antonioni after China: Art versus Science», *Film Quarterly*, vol. 28, núm. 4, verano de 1975, p. 30.

⁹ Encomio «Caro Antonioni...» pronunciado por Roland Barthes en enero de 1980 en Bolonia, con ocasión de la concesión al director del Premio Archiginnedio; publicado en el número especial de *Cahiers du cinéma* «Deux grands modernes: Bergman-Antonioni», agosto de 2007, pp. 85-87.

¹⁰ John Francis Lane, «Antonioni Discovers China», *Sight and Sound*, primavera de 1973, p. 87. Véase Thomas Waugh, «How Yukong Moved the Mountains: Filming the Cultural Revolution», *Jump Cut*, núms. 12/13, 1976, pp. 3-6.

monografías y colecciones de artículos en inglés dedicados a Antonioni¹¹. Considerando que otras de sus películas «maduras» generaron tantos trabajos críticos, la escasez de referencias o estudios sobre *Chung Kuo* parece un tanto asombrosa. ¿Es porque la película ha estado ausente de los circuitos de distribución durante tanto tiempo?¹² ¿Desvió la controversia que suscitó su estreno su importancia estética? ¿O estaba tan alejada la película del tipo de cine artístico europeo por el que se conocía a Antonioni que fue considerada como una anomalía a la que no valía la pena dedicar un examen en profundidad?

Chung Kuo ocupa sin duda un lugar único en la obra de Antonioni; es su único documental largo y fue originalmente rodada para su emisión en televisión. Sin embargo, sigue siendo importante para entender su obra posterior. Las reverberaciones del escándalo de *Chung Kuo* pueden detectarse en su siguiente película, *The Passenger* (1974), donde el paso del optimismo a la desesperación del reportero de televisión David Locke (Jack Nicholson) cuando asume la identidad de un traficante de armas muerto con el que había hecho amistad en África, quizá refleja la propia desilusión de Antonioni. La experiencia de *Zabriskie Point* puede tener también relevancia para *Chung Kuo*: los dos protagonistas muestran la cólera colectiva de los jóvenes contra el *establishment* estadounidense durante la década de 1960, con *crescendos* de un anticapitalismo apocalíptico en la última secuencia; junto con la indignación del público estadounidense mayoritario contra la película, esto pudo contribuir a convencer a las autoridades de Beijing de que Antonioni sería el director idóneo para un documental sobre China¹³. Pero el descalabro de *Zabriskie Point* —«uno de los fracasos más caros»¹⁴ de aquella época— nos hace preguntarnos: ¿por qué estaba dispuesto Antonioni a intentarlo de nuevo en otro país extranjero? La reacción del director fue reveladora. Entrevistado sobre la irritada recepción en Estados Unidos de *Zabriskie Point*, Antonioni insistía: «Yo no soy estadounidense, y nunca me cansaré de repetir que no pretendo haber hecho una

¹¹ Algunas excepciones son *Antonioni* de Sam Rohdie, que ofrece un tratamiento detallado y perspicaz de la película; Seymour Chatman, *Antonioni, or The Surface of the World*, Berkeley, 1985, tiene un capítulo dedicado a *Zabriskie Point* y *Chung Kuo*; y la película se menciona en el artículo de John David Rhodes «Antonioni and the Development of Style», en Laura Rascaroli y John David Rhodes (eds.), *Antonioni Centenary Essays*, Basingstoke, 2011.

¹² La película fue publicada en DVD, con subtítulos en inglés, en marzo de 2012.

¹³ Esto solo puede ser una hipótesis hasta que se disponga, de forma verificable, de toda la información sobre cómo fue seleccionado Antonioni para el proyecto.

¹⁴ S. Chatman, *Antonioni, or the Surface of the World*, cit., p. 160.

película estadounidense. ¿Pero por qué negar legitimidad a la observación distanciada de un extranjero?»¹⁵. Antonioni podría haber transferido esta confianza en la validez de la visión distanciada de alguien ajeno a la realización de *Chung Kuo*.

Hay conexiones más profundas entre *Chung Kuo* y otras obras de Antonioni. Los estudiosos han observado desde hace tiempo la intensa «mirada» en sus principales películas de ficción. En su análisis de *Blow-Up* (1966) Dudley Andrew describía el mundo de Antonioni como un «diagrama de la visión»¹⁶. Sam Rohdie habla de una estética de la mirada-como-descubrimiento en algunos de sus primeros cortos documentales como *Gente del Po* (1947) y *N. U.* (1948). Comentando el trabajo de cámara de *Gente del Po*, observa:

Del mismo modo que los sentimientos que aprecia en otros no reciben un nombre, tampoco quedan claros sus propios sentimientos. Lo que ve, allí donde la cámara se detiene, indica una fascinación, no una explicación. Antonioni no es evasivo; no sabe. El propósito de realizar una película es descubrir cosas, pero la película no es la consecuencia de ese descubrimiento, sino su proceso. Esto da, no solo a su documental sobre el Po, sino a todas sus películas, una concreción e inmediatez de la imagen combinada con la vaguedad del significado¹⁷.

La fascinación por «lo que el realizador no sabe», junto a la dialéctica entre lo visible y lo invisible, es un rasgo central de *Chung Kuo*, como lo es la interrelación entre la inmediatez del documental y el significado ambiguo.

Viajando a Oriente

El proyecto de un importante documental para televisión sobre China había sido iniciado por la corporación estatal italiana, la RAI, en colaboración con la embajada china en Roma; tras él había un acuerdo de «promover las relaciones bilaterales mediante interacciones culturales», resultado de la visita de una delegación del gobierno italiano a China en mayo de 1971. Según fuentes chinas, la RAI había propuesto tanto la

¹⁵ Marga Cottino-Jones (ed.), Michelangelo Antonioni, *The Architecture of Vision: Writings and Interviews on Cinema*, Chicago, 2007, p. 96.

¹⁶ Dudley Andrew, «The Stature of Objects in Antonioni's Films», *TriQuarterly*, núm. 11, invierno de 1968, p. 46.

¹⁷ S. Rohdie, *Antonioni*, cit., p. 27.

película como el nombre de Antonioni¹⁸. Cuando éste y su equipo llegaron a Beijing en 1972, la mayor parte del país era todavía inaccesible a los visitantes occidentales, y durante su estancia de cinco semanas la logística estaba en manos de representantes oficiales del gobierno. Sin embargo, Antonioni pudo rodar unos 30.000 metros de película, de los que finalmente extrajo un filme de 220 minutos¹⁹.

Pese a su longitud, los críticos occidentales de Antonioni se iban a quejar de la falta de profundidad y sustancia de la película. En esa crítica hay un punto de verdad: a primera vista, *Chung Kuo* tiene una cierta apariencia impresionista, episódica y en cierta medida predecible. Antonioni y su equipo –entre ellos el camarógrafo Luciano Tovoli y el periodista Andrea Barbato, coautor junto a Antonioni de la narración– siguieron el itinerario habitual para los visitantes extranjeros en la China de la década de 1970: una larga estancia en la capital, un viaje limitado a un pueblecito rural modelo en Linxian, visitas guiadas a dos populares ciudades históricas, Suzhou y Nanjing, y la conclusión en Shanghai. La elusividad de la película se ve acentuada por su minimalismo sonoro: la voz en off es lacónica; no se incluye ni una sola entrevista, aunque el sonido ambiente registra numerosas voces chinas. No es de extrañar que la película fuera criticada por su aspecto de «diario de viaje»; pero era precisamente así, como un viajero, como se veía Antonioni a sí mismo:

Esas cinco semanas solo permitían una rápida mirada: como viajero veía las cosas con ojos de viajero. Traté de llevarle al espectador de la película conmigo, de llevarle de la mano, por decirlo así, de hacer que me acompañara en aquel viaje. Por otra parte, las estructuras sociales y políticas son entidades abstractas que no se expresan fácilmente en imágenes. Habría que haber añadido palabras a aquellas imágenes, y aquél no era mi papel. No había ido a China para entenderla, sino solo para verla. Mirar y registrar lo que pasaba ante mis ojos²⁰.

Mirar y filmar el país como un viajero de paso, no como un penetrante etnógrafo realizador de películas, era por supuesto una estrategia práctica para acomodarse al limitado marco temporal del que disponía; pero

¹⁸ Véase Chen Donglin, «The Incident of Chung Kuo», *Dangshi Bolan*, vol. 6, 2006.

¹⁹ Si esa longitud parece adecuada para una película cuyo tema es la totalidad del país, es mucho más corta que otros dos documentales de la época con los que se suele comparar *Chung Kuo: L'Inde fantôme* de Louis Malle y *How Yukong Moved the Mountains*, de Joris Ivens, cuya duración es de seis y once horas respectivamente.

²⁰ Citado en G. Bachmann, «Antonioni After China: Art Versus Science», cit., p. 29.

también era una opción deliberada. Antonioni era consciente del bagaje cultural-ideológico que llevaba consigo al llegar a Oriente, del peligro de caer en la «tentación china»²¹ y también de que para un occidental, a principios de la década de 1970, la fascinación de China como Oriente exótico estaba anticuada. Tanto en aspecto como en espíritu, *Chung Kuo* se aleja del documental etnográfico convencional. Antonioni ofrece pocos datos de su propia experiencia subjetiva; el realizador cinematográfico permanece detrás de la cámara y su presencia solo se aprecia en la inteligencia de su mirada y en el comentario, favorable pero sin ilusiones. No ofrece a los espectadores de su país ni un exotismo cultural ni espectáculos visuales; el paisaje, aunque extraordinario, no esconde ningún misterio que haya que desvelar.

La mirada plana, nada sofisticada, de *Chung Kuo* está muy lejos de la brillantez y elegancia de las primeras películas de ficción de Antonioni, especialmente de su exquisitamente compuesta tetralogía de la alienación: *L'avventura*; *La notte*; *L'eclisse* y *Deserto rosso*²². También carece de la complejidad psicológica y del afecto erótico que impregnan éstas últimas. Casi todo lo que se muestra en la pantalla tiene lugar en espacios públicos o instituciones; apenas nada en la intimidad. Las únicas relaciones interpersonales estrechas que aparecen son las que se dan entre amigos o miembros de una familia: conversaciones sentados en un banco o en una casa de té, una comida en un restaurante popular, un bebé acunado en brazos de su padre o su madre. Las interacciones sociales estrictamente no eróticas no son sorprendentes dado el género al que ostensiblemente pertenece *Chung Kuo*; pero también reflejan las normas sociales y culturales que gobernaban lo que se veía y lo que se podía ver públicamente en China en aquella época. Si por un lado el comportamiento en público de la gente todavía estaba gobernado por los «antiguos» códigos culturales del decoro, el «nuevo» puritanismo sexual dejaba poco espacio para la privacidad y el placer.

Dando esquinazo

Las restricciones o la parquedad expresiva tenían un origen más directo: el mandato del gobierno. Según un comentarista, los primeros años de

²¹ M. Cottino-Jones (ed.), *Michelangelo Antonioni, The Architecture of Vision*, cit., p. 108.

²² La textura granulosa y el color desvaído se deben en parte a la cámara ligera que Antonioni eligió para el proyecto. También pudo ser una opción deliberada para conseguir cierto efecto de *cinema-vérité* o de noticiario cinematográfico.

la década de 1970 eran una época en la que los visitantes a China se encontraban en «un mundo abstracto concebido especialmente para los invitados extranjeros por los burócratas maoístas». Tales viajes estaban «siempre magníficamente organizados», y «cualquier cosa que pudiera ser impredecible, inesperada, espontánea o improvisada era despiadadamente eliminada»²³. Pero Antonioni no llegó a China como un visitante crédulo y sumiso. Las intensas y prolongadas negociaciones con los funcionarios chinos sobre la planificación del itinerario del equipo le hicieron consciente sin duda de las dificultades que las autoridades podrían poner a su rodaje. Su decisión de utilizar una pequeña cámara de poco peso para el proyecto, realizada tras consultar a algunos expertos antes de llegar a China, facilitó su esfuerzo por eludir las restricciones oficiales²⁴. La voz en *off* para la audiencia italiana revela los diversos métodos y trucos a los que recurrió el equipo de filmación para obtener las escenas o los efectos que deseaba Antonioni: fingieron acatar la orden de dejar de filmar cuando pasaban por delante de la puerta de la residencia de Mao, pero dejaron la cámara en marcha. En determinado momento Antonioni abre la puerta del automóvil y amenaza saltar fuera, a fin de poder filmar un mercado libre rural; en otra ocasión se aventuran fuera del itinerario para explorar una aldea mucho más pobre, pese a las quejas del responsable político.

Para sus críticos chinos, aquellas tácticas «furtivas» constituían una afrenta imperdonable. Para los espectadores más neutrales, las «miradas robadas» de Antonioni, en forma de ángulos oblicuos y tomas movedizas a mano, no solo apuntan a lo prohibido sino que transmiten la tensión al acercarse a aquellas zonas. También sirvieron de dislocación para algunos de los encuentros más obviamente preparados: una pareja preparando una cena de pescado en su apartamento o un falso grupo de obreros estudiando. El dinamismo de la cámara llevada a mano, palpable en sus varios intentos de escapar de los perímetros marcados, agudiza la conciencia del espectador de las escenas preestablecidas para-ser-vistas. Destacan entre éstas últimas dos espectáculos que Antonioni rueda debidamente, una orquesta de marionetas y un espectáculo acrobático

²³ Simon Leys, *Chinese Shadows*, Nueva York, 1974, p. 2. Leys, no obstante, sentía poca simpatía por el realizador, sugiriendo que aquella película de «un canijo charlatán como Antonioni» no habría sido tan criticada de no haber sido por el «patético complejo de inferioridad» hacia Occidente de la dictadura del partido comunista, pp. 210-211.

²⁴ Véase Carlo di Carlo en *Le regard imposé*, un vídeo incluido en la versión francesa de 2009 en DVD.

que ponen fin a los capítulos de Beijing y Shanghai, respectivamente. Ambas escenas parecen desesperadamente largas debido a la iluminación artificial y a la inmovilidad de la cámara. Sin embargo, pueden entenderse como una reflexión irónica cuando se ven en el contexto más amplio de la película. Mientras que las marionetas animadas de madera sirven como obvia metáfora de los aparatos político y cultural chinos, Antonioni le da la vuelta al espectáculo acrobático con sus tomas extremadamente largas, que nos permiten percibir que el *show*, aparentemente deslumbrante, carece de humor y es esencialmente trivial y tedioso; su éxito se basa casi totalmente en habilidades técnicas, precisión de reloj y militante coordinación rigurosa del grupo. Sin embargo, uno no está seguro de si el efecto irónico es pretendido por el director o simplemente un resultado de la *mise-en-scène* objetiva, que deja su significado abierto a la interpretación.

Dispersos a lo largo de *Chung Kuo* hay muchos «vistazos» aparentemente aleatorios que nos dan la sensación de que el viajero Antonioni filma cualquier cosa que se pone ante sus ojos. A menudo el significado de las imágenes es muy evidente: hay una escena tras otra de grupos o individuos practicando taichi junto a una carretera o en plazas o parques públicos. Pero también dirige nuestra atención a una forma competidora de ejercicio físico, el llamado *guangbo ticao*, o «ejercicio gimnástico por radio», una calistenia de grupo institucionalizada en las escuelas primarias y secundarias de todo el país desde principios de la década de 1950. El contraste es muy brusco: los practicantes de taichi se mueven en silencio, con intensa concentración y con un ritmo lento volcado hacia su interior; los jóvenes de las clases de *guangbo ticao* realizan los ejercicios como una rutina obligatoria y pasan por los movimientos mecánicamente. La coexistencia de lo viejo y lo nuevo cobra una importancia adicional en el contexto del antitradicionalismo radical de la Revolución Cultural. Las escenas de *guangbo ticao* también resuenan en otros segmentos visuales dispersos: niños de preescolar cantando canciones revolucionarias sin entender la letra, cuidadores de jardín de infancia haciendo movimientos de danza de propaganda, una brigada de jóvenes dirigiéndose a los campos y que mientras marchan entonan eslóganes revolucionarios. Pese al afecto que Antonioni expresó por los niños que encontró en China y la ternura de su atenta mirada, nos muestra la ideología estupefaciente que iba configurando visiblemente el físico, los gestos y los andares de esos futuros ciudadanos chinos; e invisiblemente, quizá, también su mente.

El enfoque crítico de Antonioni puede adoptar una forma más sutil. En Nanjing, por ejemplo, la cámara ofrece un gran angular de la plaza central, que abarca paseantes, camiones, bicicletas y los gigantes cartelones de propaganda que muestran la Santísima Trinidad de la Revolución Cultural: obrero, campesino, soldado. La cámara pasa entonces a una toma media de un joven y una joven en uniforme militar, seleccionados de la multitud; los sigue lateralmente mientras pasan por delante del cartel, pasando entonces con un zoom de la soldado a su colega vigilante del cartel. El cambio imprevisto sugiere que la mujer real comparte una relación con su «cliché» pintado en el póster; pero simultáneamente –la cámara ya no puede seguir a la pareja real– sugiere una discrepancia entre ambas. Es el espectador el que debe cubrir el hueco según le parezca.

Interpuestas entre esas imágenes cargadas de significado están las de una naturaleza más tentativa o contingente. ¿Cómo interpretar, por ejemplo, una larga toma de un ciclista, con las manos libres, que recorre un bulevar de Beijing practicando graciosos movimientos de taichi mientras pedalea? Si bien la imagen sugiere una forma desinhibida de autoexpresión, de libertad, Antonioni no insiste en ningún significado particular, ya sea político o de otro tipo. Es simplemente un vistazo pasajero, atrapado por la cámara por casualidad. Imágenes como ésta recuerdan la primitiva aspiración del cine de «atrapar la vida *sur le vif*», de documentar lo cotidiano y lo evanescente²⁵. Incluso en sus momentos más triviales, la cámara revela aquí a un director con una asombrosa capacidad para captar el ritmo y la textura de la vida cotidiana china. En Shanghai, sábanas recién lavadas ondean al sol desde la terraza del último piso de un bloque de apartamentos para obreros, la brisa mueve las hojas de los árboles, niños pequeños juegan fuera, abandonados a su propia iniciativa, algunos mirando como un empleado del departamento de basuras se dispone a arrancar su camión; dos chicos juegan al pingpong sobre una mesa improvisada observados por un amigo. Como con la luz del sol que ilumina las sábanas, la cámara de Antonioni capta lo que Roland Barthes llamaría lo fenomenológico: libre de clichés, sin seguir un orden particular; algo que surge de lo visible pero se le escapa. Las imágenes son precisas en tiempo y lugar, pero también se ofrecen como la memoria; atmosféricas, fragmentarias, pero conmovedoras e intemporales. Ahí, incidentalmente, Antonioni ha llegado a un pliegue profundo del tejido de la vida china, que permanecía serenamente expuesto pese a la agitación social y política a su alrededor.

²⁵ T. Barnouw, *Documentary*, cit., p. 251.

El propio Barthes, como reveló en su famoso panegírico «Caro Antonioni...», sintió el deseo de visitar China después de ver *Chung Kuo*; pero se aburrió mucho allí durante su viaje en 1974 con el grupo *Tel Quel*; para un semiólogo que buscaba poesía en los intersticios y ambigüedades, la urdimbre china era insoportablemente opaca –un «texto sin huecos»– mientras que el discurso maoísta no era más que un «monólogo fanático». Aventuró que si las impresiones que iba tomando en sus cuadernos de notas fueran publicadas, como lo fueron efectivamente, «se parecerían mucho a una pieza de Antonioni»²⁶. ¡Pero qué diferentes eran ambos viajeros! Barthes esperaba el erotismo literario y la alteridad cultural absoluta que había encontrado en Japón. Allí, la fascinación se hallaba en el «sistema simbólico inaudito» del país, radicalmente diferente del de Occidente, como Barthes se regocijaba en señalar en *L'Empire des signes*. Su realidad contemporánea, con sus «vastas regiones de oscuridad» –«Japón capitalista, aculturación estadounidense, desarrollo tecnológico» –no tenía interés para él, y aseguraba que ni siquiera había tomado fotografías²⁷. Antonioni se sentía también atraído por los restos del antiguo régimen –práctica del taichi, patios de las casas, *hutong*, la casa de té– pero éstos quedaban siempre situados en su contexto contemporáneo inmediato. Sus funciones en el presente hacían imposible convertirlos en signos y símbolos de un paisaje orientalista imaginario.

Timbrazos y gruñidos

Otra dimensión de la contemporaneidad de *Chung Kuo* es transmitida a través de un uso atenuado pero soberbio del sonido y la música; los oídos de Antonioni estaban muy sintonizados con la época. El débil sonido intermitente del timbre de las bicicletas, siempre presente como fondo de las escenas en Beijing y Shanghai, acentuaba la sonoridad inconfundible de la vida urbana china durante la década de 1970, antes de la irrupción del automóvil. Esa sosegada banda sonora, subrayando la pensativa voz en *off* en italiano de Antonioni, contrasta con la pieza más importante de música extradiegética, la machacona y pomposa canción *Amo Beijing Tiananmen*, que resuena estrepitosamente durante los títulos inicial y final de cada una de las tres secciones de la película, y que formaba parte de la rutina diaria en las escuelas primarias chinas de la época. Pero ese himno también

²⁶ R. Barthes, *Travels in China* [*Carnets du voyage en Chine*, 1975], Cambridge, 2012, pp. 195, 192.

²⁷ R. Barthes, *Empire of Signs* [*L'empire des signes*, 1970], Nueva York, 1982, pp. 3-4.

subraya una de las principales preocupaciones de la película, mencionada en el comentario: los efectos de la propaganda sobre los pequeños. Otro género básico de la programación radiofónica china durante aquel periodo, la Ópera de Pekín «revolucionaria», ofrece un momento inadvertidamente cómico cuando el equipo italiano es conducido a filmar una granja porcina modelo. Los críticos chinos acusaron más tarde a Antonioni de reproducir maliciosamente un aria de la Ópera de Pekín, «Alza la cabeza, abre tu pecho», sobre la imagen de un cerdo saltando. Umberto Eco lo atribuía a un error accidental, que se habría podido evitar con mejor asesoramiento cultural²⁸; pero es muy probable que la música estuviera realmente siendo retransmitida en aquel momento por los altavoces de la granja (aunque no fuera simultáneamente grabada sino mezclada en la banda sonora más tarde, no está en absoluto fuera de lugar).

De hecho, era de la reticencia narrativa de *Chung Kuo*, de su naturalismo sonoro y sus imágenes indeterminadas, que no confieren significados explícitos a su tema, de lo que inferían los críticos chinos de Antonioni sus motivos «despreciables». Pero si su enfoque observacional creaba una ambigüedad que hacía la película vulnerable a los ataques políticos, también la hacía inútil para cualquier agenda propagandística. La impresión que uno saca de *Chung Kuo* es indeterminada: China no es un país de pobreza y atraso, como las autoridades de la República Popular aseguraron que la película pretendía mostrar; pero tampoco es un paraíso proletario, como ellos querían que se viera. En particular, para quienes consideraban la China maoísta como un experimento revolucionario que ofrecía una alternativa al malestar político y social de Occidente –esperanza que Antonioni quizá albergaba antes de llegar a China–, la película podía resultar muy ambigua.

En cierta medida, esa ambigüedad reside en las condiciones del proyecto de documental. Antonioni, obligado a un itinerario preplanificado, sin libertad para explorar China en profundidad –y menos aún de escarbar en la represión política todavía en marcha– no estaba dispuesto a generalizar a partir de los pocos vistazos que le ofrecían. Incapaz de penetrar en el aspecto íntimo de la vida china, quizá por la barrera del lenguaje, aceptó la oportunidad que se le ofrecía de captar algo del aspecto superficial de aquel país prohibido. Pero esa acomodación práctica también se combinaba con el estilo «existencialista» por el que es conocido. En una entrevista en 1979, hablaba de la melancolía que sentía en sus viajes, al «no poder participar

²⁸ U. Eco, «De Interpretatione», cit., p. II.

en la realidad que veo; soy siempre un foráneo y como tal condenado a ver una realidad que se ve modificada tan pronto como entro en contacto con ella». Con otras palabras, concluía el realizador, «solo es posible observar la realidad a un nivel poético»²⁹. Los países distintos del propio constituirían una realidad alienante que Antonioni afrontaba una y otra vez en sus principales películas. Su mirada de viajero en China es coherente con su estética cinematográfica general, y no solo por su perpetuo cuestionamiento de «la superficie del mundo», o «la pura apariencia de las cosas»³⁰. Sin embargo, había una diferencia importante en el caso de China. Mientras que en sus películas anteriores se basaba en la superficie visual para expresar la alienación como *profundidad* –ya sea la de la experiencia vital individual o las relaciones sociales de un Occidente consumista– en *Chung Kuo* tal alienación pierde su dimensión psicológica y existencial, desplazada por la pura extranjería. Con otras palabras, la distancia de China convertía la «alienación» en un tema imposible para que Antonioni lo tratara a los niveles figurativo y simbólico, ya que no era una condición que surgiera desde dentro, sino una realidad que lo envolvía desde fuera.

Miradas de respuesta

Pero si la «mirada de soslayo» de Antonioni a China es distanciada, no transmite ninguna sensación de ansiedad³¹. La cámara permanece curiosa pero sosegada, comprometida pero también natural. En términos de efectos visuales, las cualidades de sus películas anteriores están casi totalmente ausentes. El documental oscila entre lo rutinario y lo lírico, lo inmediato y lo sugerente, lo visible y lo invisible. El rodaje predecible alterna con encuentros extraordinarios que, sin mediación lingüística, quedan reducidos al esqueleto de la mirada. Cuando la lente se abre ante el paisaje del interior rural o las vías fluviales de su Suzhou, Nanjing y Shanghai, vemos la acostumbrada fascinación de Antonioni por los ríos, su belleza visual así como su simbolismo de mutabilidad y cambio, pero sin un asomo de desolación, sin la carga de melancolía que se cierne sobre los ríos de sus películas europeas. El paisaje de *Chung Kuo* no es, decididamente, un «terreno distanciado, alienado»³². También es significativo que la cámara no se desplace de la gente al paisaje, como sucedía

²⁹ M. Cottino-Jones (ed.), *Antonioni, The Architecture of Vision*, cit., p. 202.

³⁰ S. Chatman, *Antonioni, or the Surface of the World*, cit., p. 2.

³¹ R. Barthes, *Travels in China*, cit., p. 177.

³² Noa Steimatsky, *Italian Locations: Reinhabiting the Past in Postwar Cinema*, Minneapolis, 2008, p. 38.

tan a menudo en las películas anteriores de Antonioni. De hecho hace lo contrario, pasar del paisaje a la gente y permanecer ahí. Al final, lo que queda entre la mirada de impresiones visuales que captura el realizador no es el escenario natural ni los lugares históricos, sino la gente corriente, sus gestos y hábitos, y lo más intrigante de todo, sus rostros.

En las ciudades, como si se viera arrastrada hacia la multitud, la cámara se desplaza de una persona o un grupo de personas a otro, a menudo con un zoom hacia los rostros en primer plano. Thomas Waugh llamó a *Chung Kuo* un «tratado de fisionomía» y encontraba perturbadores sus «rostros silenciosos». Comparándola con *How Yukong Moved the Mountains*, de Ivens, criticó a Antonioni por presentar a los chinos como «misticados, exóticos, colonizados»³³. Hay efectivamente algunos momentos incómodos en la película cuando los espectadores se hacen conscientes de la cámara silenciosa y ocasionalmente intrusa, incluso agresiva. En la primera secuencia, el uso del *zoom* para robar primeros planos de las jóvenes que esperan a ser fotografiadas en la plaza de Tiananmen, y más tarde la filmación de una multitud aturrida en un pueblo de Henan, pueden parecer de un reprochable voyeurismo. En ésta última, la mayoría de la gente se aparta, con ojos de curiosidad y desconfianza, a la vista del equipo extranjero y su cámara, algo que probablemente no habían visto nunca antes. Tomados aisladamente, esos fotogramas pueden caer bajo la definición de la mirada orientalista, convirtiendo a los nativos en el Otro callado.

Pero la conciencia de Antonioni –registrada en la voz en *off*– con respecto a su propia alteridad y la de su equipo, a su sensación de inadecuación cultural, hace difícil adjudicarle la etiqueta de orientalista. Y algo más importante, nos muestra que la cámara puede funcionar, no como un agresor, sino como un nexo de miradas que se cruzan. En Nanjing y en Shanghai, Antonioni aprovecha las multitudes que rodean embobadas la cámara para crear una *mise-en-scène* de miradas reflejadas: la curiosidad de los que nos miran desde la pantalla refleja la misma mirada extasiada que compartimos con la cámara invisible. Muchas de las personas en las atestadas calles de Nanjing y Shanghai miran directamente a la cámara, aunque tímidamente, con los ojos muy abiertos, algunos sonriendo francamente ante lo que ven. La curiosidad sobre la fisionomía de una raza extranjera es compartida por el realizador y sus personajes chinos.

³³Th. Waugh, «How Yukong Moved the Mountains», cit., p. 155.

El interés mutuo también capta el momento histórico en que las puertas del país habían abierto una rendija, un primer encuentro entre China y Occidente tras dos décadas de alejamiento hostil. También en este sentido las imágenes son fenomenológicas: aunque sugieren el vasto espacio de lo incognoscible en el que la cámara del realizador no puede penetrar, y aunque las dos partes no puedan verse «recíprocamente», por decirlo así, al menos se están viendo mutuamente, «cara a cara». El espacio que Antonioni mantiene entre su cámara y sus protagonistas chinos es, idealmente, el espacio para un descubrimiento y exploración futuros.

¿Una República Popular?

El intenso interés de Antonioni por los rostros de gente corriente tiene otra resonancia más allá de su inmediato marco temporal. Analizando el cine de la multitud, el crítico y escritor húngaro Béla Balázs argumentaba:

Un buen director solo puede presentar la fisonomía viva de la multitud, el juego de rasgos del rostro de las masas, en primer plano, ya que solo éste asegura que el individuo no es totalmente olvidado y obliterado. La masa mostrada en primer plano nunca degenera en algo inerte o muerto, como piedras caídas o una corriente de lava [...] Reuniendo una serie de detalles del trasfondo y a media distancia, nos mostrará los granos de arena individuales que componen el desierto, de forma que, aun mirando la totalidad del cuadro, seguimos siendo conscientes de la masa de átomos individuales que bullen llenos de vida en su interior. En esos primeros planos sentimos los cálidos sentimientos vivientes de quienes componen las grandes masas³⁴.

La gente anónima que observamos en *Chung Kuo* nos deja una impresión indeleble, porque parece exudar los «sentimientos vivientes» no solo suyos sino de los millones de individuos que representan. Rostros ordinarios como éstos no eran un tema frecuente en el arte visual tradicional chino; pero los retratos de Antonioni son particularmente preciosos hoy al ser tan raros en el archivo visual moderno del país. Nunca antes habían visto los chinos tantas imágenes históricas vivas de sí mismos; ninguna otra obra de arte visual producida durante la Revolución Cultural concedió tanta atención a los rostros del *renmin*, la gente «ubicua pero de algún modo invisible» del país, esto es, ubicua en los títulos de las instituciones socialistas, pero invisible como seres humanos reales³⁵. En *Chung Kuo* esos rostros ordinarios actúan como una multitud de contrapartes

³⁴ Béla Balázs, *Early Film Theory*, Nueva York y Oxford, 2010, p. 42.

³⁵ Yu Hua, *China in Ten Words*, Nueva York, 2011, p. 3.

—o comentarios mudos— al rostro emblemático del Gran Timonel, a la vez omnipresente y muy visible en la época, como señalaba debidamente la película: en los retratos colgados en las puertas de Tiananmen, en la cubierta del pequeño libro rojo en el apartamento de un obrero del textil, en las insignias que llevan los ancianos en la casa de té del jardín Yuyuan [de la Vacilación] de Shanghai. Pero son los rostros femeninos los que predominan en *Chung Kuo*, representando quizá la fascinación del realizador por la conjunción de la feminidad oriental intemporal con los dramáticos cambios en los papeles de género en la China de Mao. En Nanjing la cámara se detiene por un momento sobre los vivaces ojos y las dulces sonrisas de algunas atractivas jóvenes; pero sigue rodando para leer los rostros de mujeres que arrastran carritos, de mujeres médicos u obreras de la recogida de basuras, aparentemente indiferentes o demasiado cansadas para advertirlo y responder.

En las ciudades, la gente está en todas partes: en calles, parques, almacenes, puertas de las fábricas... La cámara, que a veces filma a la multitud urbana de frente y otras veces de costado, absorbe hambrienta los miles de rostros que fluyen ante su lente o desbordan su campo de visión. En esos rostros no hay ni un asomo de violentas luchas políticas ni de batallas ideológicas, sino que más bien destilan la normalidad y el dinamismo de la vida urbana resucitada durante los últimos años de la Revolución Cultural. Tampoco evocan la vieja pesadilla europea del peligro amarillo, al ser tan humanizadora la cámara de Antonioni. Se detecta, no obstante, un reconocimiento tácito de un aspecto banal pero significativo de la realidad china: su enorme población. Además, las imágenes coquetean con una intuición del futuro: ¿ha tropezado Antonioni al seguir las sugerencias de los funcionarios chinos de hacer una película sobre el «hombre nuevo», con el secreto de la nación, que solo se revelaría décadas después? En 1972, no obstante, la imagen de China como el motor más enérgico de la economía mundial, el mayor mercado de artículos de consumo y el lugar más contaminado de la tierra estaba más allá de la imaginación de nadie, por lo que uno se pregunta qué sucedía en la mente de Antonioni, qué es lo que lo llevó a pronunciar estas pesimistas palabras a su regreso:

Me di un chapuzón en aquellas aguas impolutas. Ahora estoy de regreso en las aguas contaminadas de Occidente. Como soy pesimista por naturaleza, me temo que es mucho más probable que las de China acaben contaminadas que ver limpias las de aquí³⁶.

³⁶ John Francis Lane, «Antonioni Discovers China», *Sight and Sound*, vol. 42, núm. 2, primavera de 1973, p. 87.

Reverberaciones

Ahí reside otra dimensión importante de *Chung Kuo*, cuando la ve hoy en China gente que puede relacionarse íntimamente con las vidas que muestra. La película tuvo su primera proyección oficial en China en 2004, en la Academia Cinematográfica de Beijing, en una sala llena a rebosar. Para muchos, la película despierta nostalgia con la potencia de una máquina del tiempo³⁷; cobra una cualidad obsesionante, mostrando lo que sucedía en un país que ya no existe: las ciudades han sido reducidas a escombros y reconstruidas; las calles ya no están llenas de bicicletas sino de automóviles. La gente parece extraña y familiar al mismo tiempo: sus imágenes se conservaban principalmente en viejos álbumes de fotos de familia y sus ropas, su estilo de peinado e incluso sus gestos llevan la marca indeleble de un tiempo desaparecido para siempre.

Chung Kuo ha inspirado también una serie de respuestas de artistas chinos: la exposición de Cai Guoqiang en la Galleria Civica di Arte Contemporanea en Trento, titulada «Big White Truth: From Antonioni's *Chung Kuo*»; el documental de Pan Jun *Mask Changing: A Letter to Antonioni* (2004); el de Liu Haiping *China is Far Away: Antonioni and China* (2008); y la «conversación» danzada de la coreógrafa Yin Mei *Antonioni in China* (actualmente en la Asia Society de Nueva York). Todos esos artistas crecieron durante la Revolución Cultural; algunos, como Yin Mei, compartieron la experiencia de la campaña de masas contra Antonioni. Pero incluso a un realizador chino más joven como Jia Zhangke, quien tenía sólo dos años en 1972, la película de Antonioni le ha causado una profunda impresión. Una de las secuencias más memorables de *Chung Kuo*, en una casa de té en el jardín Yuyuan de Shanghai, en la que aparecen ancianos chinos tomando té y conversando, es reproducida en el documental sobre Shanghai de Jia *Me gustaría haberlo conocido* (2010).

Curiosamente, tras congelar la imagen filmada por Antonioni en la casa de té como una instantánea histórica, Jia nos invita a volver a visitar el lugar y escuchar a un hombre de mediana edad recordar su propia historia relacionada con *Chung Kuo*. Zhu Qiansheng, uno de los guías que

³⁷ Se puede valorar la respuesta de las audiencias chinas a la película en sitios web populares como www.douban.com o blogs como blog.sina.com.cn y www.myl510.cn.

acompañaron a Antonioni durante el rodaje en Shanghai, se convirtió en víctima de la campaña de masas contra la película; fue llevado a varios lugares de rodaje originales donde recibió directamente las reprobaciones públicas. La paradoja, revela Jia, es que aquel hombre no había visto nunca la película que le creó tantos problemas. Aunque una vez interfirió en el rodaje de Antonioni por algunas escenas «indecorosas», no tenía ni idea de qué parte se había incluido en el montaje final. Durante unos segundos después de la entrevista, el ex escolta permanece perdido en sus pensamientos y mira en silencio hacia el exterior desde la ventana de la casa de té, que la cámara de Antonioni había acariciado tan amorosamente en *Chung Kuo*. Pero para Jia Zhangke, Zhu es también un protagonista de la historia a quien había que dar la palabra. Invitándolo a salir de detrás de escena y hablar directamente a la cámara, no solamente invita a una reflexión sobre la destructividad de la Revolución Cultural y las tragedias en la vida real de los perseguidos durante la campaña política contra *Chung Kuo*; también está rindiendo homenaje a la película de Antonioni, que mostró cómo se podía ver de un modo diferente a la gente corriente.

Antonioni era por supuesto muy consciente de las limitaciones de su mirada de extranjero. En la voz en *off* advierte contra la ilusión de igualar la apariencia con la verdad interna, citando el famoso proverbio chino: «Se puede pintar la piel del tigre pero no sus huesos, del mismo modo que se puede ver el rostro de una persona pero no su corazón». Evidentemente, su mirada no es la de un observador vigilante de China dedicado a escrutar constantemente los acontecimientos y a extraer un conocimiento en profundidad de su desarrollo histórico; pero se esforzó por convertir esa limitación en una ventaja. Al final, su mirada de viajero contribuyó a crear una tensión poética que permitió a la película escapar de la obsolescencia de algunos «diarios de viaje» cinematográficos. En sus momentos más líricos, las superficies, social y visual, que Antonioni observa centellean entre la luz de la inmediatez documental y la sombra de la atmósfera histórica inefable; lo que brilla a su través es la mezcla de la vida pública china tal como cobraba forma en aquel momento particular, en 1972. Es ese «tiempo recuperado» en presente, con su sensual combinación de memoria y contemporaneidad, lo que cautiva a los espectadores actuales, en particular en China. Por otra parte, centrándose en la gente corriente, Antonioni puso un rostro humano a un país que en aquella época parecía ajeno y tan distante como la luna a ojos occidentales. Su sensible observación ofrecía la

promesa, aunque resultara incumplida, de ayudar a Occidente a ver un país irreductiblemente «ordinario» y humano, lo que no solo desafiaba las dos percepciones extremas de los occidentales sobre China –como un Estado diabólico de políticos fanáticos, o como una tierra utópica de revolución–, sino que proponía la posibilidad de un nuevo tipo de relación.

La reaparición de *Chung Kuo* en China dice tanto del valor perdurable del arte de Antonioni como del cambio de época. Su inicial condena al olvido por la prohibición oficial, y su resurrección hoy, son el resultado directo de circunstancias históricas. Para el gobierno chino, el permiso dado a Antonioni para que filmara su película fue un error de cálculo enorme. Sacó a la luz serios problemas en la jerarquía china: profundo desacuerdo en cuanto al curso futuro del país, ignorancia sobre la cultura occidental contemporánea y una especie de analfabetismo hermético sobre la diferencia entre arte y propaganda. Uno no puede sino preguntarse si los funcionarios chinos que participaron en la invitación habrían recomendado un candidato alternativo si hubieran contemplado más cuidadosamente las películas anteriores de Antonioni. Pero éste pudo llegar a China con ciertas esperanzas equivocadas, una ingenuidad política que lo hacía vulnerable mientras los líderes, imbuidos de paranoia cultural, lanzaban torrentes de malicia xenófoba contra él y su obra. No percibió que, siendo fiel a su propia práctica como realizador cinematográfico, estaba ya infringiendo la visión «correcta» de la República Popular sobre sí misma; su misión de Marco Polo, socavada por una profunda desigualdad económica y tecnológica y una larga relación de desencuentros entre China y Occidente, estaba condenada al fracaso. En lugar de acercar las dos culturas, *Chung Kuo* reveló lo lejos que estaban una de otra. Desde entonces, el comercio a gran escala y la interacción económica han acercado China a Occidente día tras día; esto ha estimulado a su vez una proliferación de imágenes y palabras sobre el país. Sin embargo, si bien muchos documentales recientes relacionados con China han generado más información detallada y conocimientos en profundidad que *Chung Kuo*, ¿cuántos de ellos pueden equipararse en cuanto a arte y visión? La historia, al parecer, está finalmente poniéndose al día con los viajes de Antonioni. La curiosidad compartida, la mutua fascinación tan visiblemente viva en las miradas atrapadas entre cámara y sujeto, es ahora mucho más real en muchos frentes. *Chung Kuo*, esa película intemporal, estaba muy por delante de su tiempo, y quizá lo siga estando.

BOLÍVAR ECHEVERRÍA

HOMO LEGENS

Para Margo Glanz

El lector escribe la obra una y otra vez.

Jorge Luis Borges

MÁS QUE CONTRADECIR a aquellos autores que hablan de la decadencia del libro y la lectura, se diría que la enormidad del número de nuevos títulos y lo millonario de sus tiradas –que uno observa desconcertado en las grandes ferias del libro, de Frankfurt a Guadalajara– los lleva a reafirmarse en su convicción. Comparado con el aumento de la población mundial que debería ser lectora de libros, de acuerdo al ideal occidental y moderno, el crecimiento de la producción industrial de libros resulta casi insignificante. Además, dicen, el asunto no es solo cuantitativo. En la composición misma del mundo de la vida del ser humano de nuestros días, el libro y la lectura ocupan un lugar cada vez menos determinante; los otros *mass media* desarrollados en el siglo xx lo desplazan irremediabilmente como instancia social de creación y modelación de la opinión pública. El libro y la lectura, concluyen esos autores, son cada vez más cosa del pasado, y junto con ellos lo es también el tipo de civilización que ha girado a su alrededor.

Y las pruebas abundan: el libro, por ejemplo, ha sido expulsado de la política; para participar en ella ya no se requiere ser un «hombre leído» o «de libros»; por el contrario, el serlo resulta un obstáculo, es un «defecto» que hay que compensar con otras virtudes mediáticas de efectos

demagógicos más contundentes. El político-ideólogo es una figura que corresponde irremediablemente al pasado. En otro ámbito, el desahogo sentimental ya no ocurre durante la lectura de la novela rosa, sino cada vez más ante la pantalla del cine o del televisor. Si tomamos la información científica de alcance popular, ésta se difunde de manera mucho más eficaz a través de programas televisivos que a través de libros de divulgación. Incluso, hay que decirlo, buena parte de la producción poética parece haber retornado a su imbricación arcaica con la música en los grandes espectáculos fomentados por los *mass media*. Todo, entonces, parece indicar que sí, por supuesto, que la lectura seguirá practicándose, pero ya solamente como procedimiento accesorio, acompañante ocasional de otros medios de captación comunicativa.

Cabe, sin embargo, la siguiente pregunta: cuando hablamos de la decadencia del libro y la lectura, ¿qué es lo que lamentamos, en verdad? ¿Lamentamos tan sólo el estrechamiento del campo de vigencia de la lectura, la pérdida de importancia social de la lectura como vía de acceso del mundo a la conciencia?

Pienso que no, que lo que lamentamos es un hecho tal vez menos asible que el mencionado, pero más radical que él: lo que lamentamos en verdad es la amenaza de extinción de toda una especie: la del *homo legens*, el hombre que lee; lamentamos su ocaso, la amenaza de su desvanecimiento o desaparición.

¿Qué es el *homo legens*? El *homo legens* no es simplemente el ser humano que practica la lectura entre otras cosas, sino el ser humano cuya vida entera como individuo singular está afectada esencialmente por el hecho de la lectura; aquel cuya experiencia directa e íntima del mundo, siempre mediada por la experiencia indirecta del mismo que le transmiten los usos y costumbres de su comunidad, tiene lugar sin embargo a través de otra experiencia indirecta del mismo, más convincente para él que la anterior: la que adquiere en la lectura solitaria de los libros.

La existencia de esta especie, como es de suponer, está bien documentada. Ya en el siglo XVI, su presencia llamó la atención de la mirada paternalista de la corona española, preocupada por la salud psicoreligiosa de sus súbditos; desde 1531 prohíbe exportar «romances» e «historias vanas» a las Indias, pues «tornan borrosa en los lectores la frontera entre lo real y lo imaginario».

Puede decirse que el ejemplar más desatado de la especie *homo legens* pertenece al reino de la ficción, es Don Quijote, cuyo amor al mundo terrenal lo lleva a salvarlo del estado en que se encuentra reconstruyéndolo en lo imaginario. Don Quijote expondrá, a través de su trato exagerado con los libros de caballería, el programa vital de sus congéneres en el mundo real.

La presencia del *homo legens* se amplía y consolida a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Su auge comienza durante el tránsito de la Ilustración al Romanticismo, en la época de la lectura llamada «empática» y se mantiene a lo largo del siglo XIX. Lo que muchos llaman su decadencia parecería comenzar a mediados del siglo XX.

¿Cuál es el secreto de la fascinación que ejerce la lectura y que constituye al *homo legens*? ¿Qué se esconde tras la «manía lectora», la «pasión del leer», el «vicio de la lectura», el estar subyugado por el texto, por el habla escrita?

Considerada como si fuera una representación del escuchar, y comparada con ésta, la lectura tendría sus pros y sus contras: sería más efectiva pero también más pobre. Por un lado, permite al lector-receptor perfeccionar el procedimiento para descifrar el mensaje compuesto por el autor-emisor, por cuanto le da la oportunidad de administrar la llegada del mismo: el lector puede interrumpir su lectura y recomenzarla a voluntad, puede alterar la secuencia propuesta para ella (saltando hacia adelante en la paginación del libro) o puede repetirla, sea en todo o en parte (retrocediendo selectivamente en la paginación). Lleva sin embargo, por otro lado, a que el lector-receptor pierda la riqueza perceptiva propia de la experiencia práctica del acto de habla oral realizado por el emisor: el desciframiento del mensaje lingüístico es sacado de su interconexión con otras vías comunicativas y sobre todo arrancado de la interacción inmediata, lo mismo con el hablante-emisor que con los otros oyentes (a través de la reverberación que provocan en él), que el habla oral implica necesariamente como la performance única e irrepetible que es; lleva a que se pierdan datos visuales y táctiles propios de la densidad comunicativa de la palabra viva, en la que entra sobre todo el juego con los tonos de voz, con la gestualidad que los acompaña, con el estado físico y social del contacto que la posibilita.

Estos serían pros y contras de la lectura respecto de la recepción directa del habla oral, cuando se la considera solamente como una especie de transcripción de ésta. La lectura, sin embargo, no es esto –nos recuerdan, entre otros, Foucault y Derrida–; no es una mera «representación» de la vía oral del descifrar lingüístico, sino algo del todo diferente de ella, una vía autónoma alterna de ese mismo descifrar. Leer es otra cosa que escuchar la palabra del que habla, no se reduce a ser una reproducción técnicamente mediada de ese escuchar¹.

Puede decirse que la posibilidad de ser escrito es constitutiva del lenguaje. Exagerando un poco, sería como si todo habla oral fuera una escritura in nuce, mirada prospectivamente, o una escritura «disminuida», mirada retrospectivamente. Todo decir será ya una «protoescritura», en la medida en que logre escapar de alguna manera a la fugacidad de la palabra, a lo evanescente del contacto lingüístico (esto es, del estado acústico de la atmósfera y del «rumor» social en que se da). Igualmente, todo escuchar de una palabra será un «leer», en la medida en que el receptor alcance a distanciarse, por la fracción de un instante, de la presencia oral del emisor. El lenguaje es la realización culminante del rendimiento de un sistema semiótico; de manera parecida, la escritura es la realización culminante del rendimiento del habla.

En efecto, el dominio sobre el proceso de desciframiento del mensaje, sobre el hecho de que acontezca o no, de que suceda o no, y más que nada sobre la velocidad a la que acontece, esto es, sobre el ritmo de tal desciframiento, abre la posibilidad de que la lectura, en lugar de ser un acto de desciframiento único y en un solo sentido –como el de la recepción irrepitable que hace el receptor cuando es tan solo el oyente de lo que le envía el emisor-hablante–, se multiplique en una sucesión vertiginosa de actos virtuales de interlocución, de comunicación de ida y vuelta, entre las innumerables parejas inherentes a esta relación autor-lector. En efecto, con sus perplejidades, sus resistencias, sus dudas, sus disensiones, el lector responde a un autor virtual, que él supone *ad hoc* precisamente con estas reacciones suyas; un autor virtual que responde a su vez, que muestra al lector aspectos cada vez nuevos, inicialmente insospechados, incluso, en ocasiones, inexistentes en el texto del que

¹ Puede afirmarse incluso, en el mismo sentido en que Karl Marx decía que «la anatomía del hombre es la clave de la del mono», que: «Para saber cómo está hecha la lengua, primero hay que escribirla, y no a la inversa». M. Safouan, *L'inconscient et son scribe*, Seuil, 1982, p. 29.

ha sido colocado como autor. En su ritmo autónomo, la interlocución dialogante que aparece entonces hace de la lectura un proceso en el que el lector es todo menos un descifrador pasivo, un mero receptáculo de información nueva. La mal llamada «femineidad del lector», su actitud «obediente» y «generosa» ante el donador impositivo y caprichoso, «masculino», que sería el autor, es algo que no existe en verdad. No cabe duda de que, en general, el emisor-cifrador y el receptor-descifrador se sirven de una manera completamente distinta del código que tienen en común: el primero lo emplea de manera activa para desatar el hecho comunicativo; para él es el instrumento de su voluntad de explorar el contexto y apropiarse de él a fin de entregárselo al segundo. Éste, en cambio, lo aplica pasivamente, en el grado cero de la voluntad, para dejar que el hecho de la comunicación actúe sobre él. Pero en el hecho de la lectura el lector no solo acepta la propuesta de un uso concreto del código, que es lo primero que realiza el emisor-autor, más allá de sus intenciones explícitas. El receptor-lector se apodera de esta propuesta y la explora por su cuenta y a su manera, incitando con su inquietud inquisitiva a que el autor adquiriera una vida virtual y entre en un proceso de metamorfosis. Tal es el carácter activo del descifrador-lector, que su lectura desata un proceso en el que, al reaccionar con preguntas frente a lo descifrado en el texto y provocar para ellas respuestas inesperadas del autor virtual, el autor y el lector se crean mutuamente, despliegan potencialidades de sí mismos que no existirían fuera de dicha lectura. El hecho de que el lector se constituya en una especie de «creador» del emisor-autor se documenta con la decepción que suele despertar el autor de carne y hueso en sus lectores cuando, enfrentado a ellos, no alcanza a representar adecuadamente, como sucede las más de las veces, el papel de aquel autor que ellos han supuesto en los libros escritos por él; decepción que solo es vencida por el fetichismo de esos mismos lectores, que necesitan un referente tangible para su ilusión.

Esta es la virtud secreta del acto de la lectura. Por ello es perfectamente comprensible no solo la fascinación incomparable que despierta sino el hecho de que en torno a él haya aparecido en la modernidad toda una especie de ser humano, el *homo legens*.

La aparición del *homo legens* puede rastrearse ya en el mundo antiguo, igual que los inicios de la modernidad. Pero su presencia madura y generalizada es un fenómeno tan reciente como la afirmación definitiva de la modernidad en el siglo XVI.

Se trata sin duda de un hecho de primer orden en la historia de la cultura. Los libros heredados, lo mismo los religiosos que los de la tradición clásica pagana, pasan a ser examinados con paciencia y pasión por cualquier miembro de la sociedad civil; a ellos se juntan, en número cada vez más creciente, nuevos libros que vienen a satisfacer y al mismo tiempo a fomentar una demanda de lectura que parece no tener límites. El efecto potenciador que este hecho tiene sobre el uso reflexivo del discurso por parte de la sociedad es innegable. Decidir sin tutela, a partir del juicio propio: este postulado kantiano del comportamiento que debería ser propio del individuo ilustrado solo se vuelve realmente posible con el apogeo del *homo legens*, sobre todo a partir del siglo XVIII.

Hay sin embargo indicios de que esta proliferación del *homo legens* no venía únicamente a satisfacer la necesidad de potenciar las posibilidades de la cultura; datos que permiten afirmar que otras fuerzas, menos afectas o de plano hostiles a la vida, se encontraban también en juego en este proceso. Indicios que darían la razón a Walter Benjamin cuando afirmaba que «no hay documento de cultura que no sea al mismo tiempo un documento de barbarie».

En la formación del *homo legens* podemos reconocer una respuesta espontánea de la sociedad a las condiciones de vida que se estructuran en la modernidad capitalista y en especial a la masificación del sujeto social, del individuo colectivo; masificación que implica la *heimatlosigkeit* (pérdida de comunidad) de la que habla Heidegger, el hecho de que los individuos singulares sean puestos en el desamparo, a la intemperie; se encuentren desprotegidos, faltos de un cuerpo social, un lugar y un mito compartidos, que los ubiquen con un sentido ante el enigma de la existencia.

El *homo legens* es una modalidad del individuo singular moderno en su consistencia prototípica, es decir, como individuo abstracto, como ejemplar individual de la clase de los propietarios privados, cuya aglomeración amorfa y carente de voluntad propia constituye la masa de la sociedad civil. El individuo singular moderno, surgido históricamente de una devastación irreversible, es un individuo que ha quedado desprovisto de la identidad arcaica o tradicional de sus antecesores, los individuos comunitarios, pero que está sin embargo condenado a buscar una configuración concreta para su convivencia con los otros. Pese al carácter abstracto de su constitución, no puede renunciar a un trato con los otros que implica entablar con ellos relaciones de interioridad

o de reciprocidad en libertad, relaciones que implican para él una presencia de los otros como objetos de su pretensión de transformarlos y como sujetos de una pretensión de ser transformado que percibe gravitando sobre él.

No es de extrañar que, en la historia del mundo occidental, el *homo legens* haya extendido y fortalecido su presencia especialmente en la Europa que pasó por la revolución cultural del protestantismo y que, en cambio, su generalización en la Europa católica, tanto mediterránea como americana, haya enfrentado dificultades, que se mantienen hasta ahora. Es la revolución del protestantismo la que liberó a los fieles de toda pertenencia a una empresa común, eclesial, concretamente identificable, como pretende ser la empresa del cristianismo católico romano; es ella la que preparó el advenimiento y acompañó la constitución de ese individuo singular abstracto que encontramos sobre todo allí donde la modernidad capitalista se ha impuesto de la manera más consecuente, sin titubeos ni concesiones.

El *homo legens* es escéptico respecto de la concreción que la sociedad de la modernidad capitalista cree poder dar a la vida de las masas de propietarios privados, como sustituto de la concreción que tenía la vida en las comunidades o las iglesias perdidas; percibe lo ilusorio de la identidad prometida por la comunidad nacional. En contraposición a ella, prefiere la comunidad virtual que se esboza en su relación con ese autor que él adjudica al libro que lee. Puede decirse, en este sentido, que el *homo legens* colabora pero al mismo tiempo, paradójicamente, contradice el proceso de pulverización del sujeto social de la comunidad arcaica o tradicional.

Pero esta no es la única ambivalencia del *homo legens*.

La formación del *homo legens* forma parte del proceso de compartimentación y depuración del tiempo de la vida cotidiana que tiene lugar en la modernidad capitalista. Guiada por el principio de la producción, por la producción misma, la modernidad capitalista ubica en un lado el tiempo propio de la producción o trabajo y en otro el tiempo del disfrute o de la restauración de la fuerza de trabajo.

Concentra exclusivamente en el primero, en el tiempo productivo, la actividad requerida para el manejo de los medios de producción para la consecución del producto o la riqueza, y lo protege de toda impureza que pueda pervertirlo y obstaculizar o estorbar esa actividad.

Relega en el segundo, en el tiempo de la restauración de la fuerza de trabajo, toda la actividad dirigida a romper el automatismo de la rutina productiva y a cultivar la creatividad en todas sus formas, que es el rasgo distintivo de la humanidad de lo humano. Es el tiempo destinado exclusivamente a la actividad improductiva en términos económicos, la que se encauza en la producción de experiencias lúdicas, festivas y estéticas.

Como dice Roger Chartier:²

[...] ahora, tanto la tarde como la noche podían emplearse como tiempo de ocio aprovechable para el disfrute de la lectura. La concepción del tiempo de la burguesía sufrió un cambio: con la división y «compartimentación» del tiempo y de la vida cotidiana aprendieron también a pasar sin esfuerzo de los mundos fantásticos de la lectura a la realidad, con lo que también se redujo el peligro que entrañaba el contacto entre las diversas esferas de la vida.

El *homo legens* es el que más respeta la separación y depuración modernas de los dos tipos de tiempo cotidiano, el puramente productivo y el puramente improductivo. Pero su respeto es convertido por él en un modo de exaltar la función especial que les corresponde al juego, a la fiesta y al arte y que están impedidos de cumplirla adecuadamente, dado su relegamiento en las afueras o los márgenes de la actividad productiva de la sociedad: la función que consiste en romper con el automatismo o el bloqueo de la creatividad, propios de la rutina productiva capitalista. El *homo legens* exagera a tal extremo esta separación, que se aleja de los demás y se recluye en el rincón más apartado; al hacerlo, sin embargo, introduce en su vida, la de ese individuo singular que recorre con su mirada la página del libro, la mayor de las confusiones entre el trabajo de la lectura y el disfrute de la misma, entre el consumo de lo escrito y la producción de lo mismo.

Pero es necesario tener en cuenta que el *homo legens*, el que disfruta en solitario su relación con el libro, no está presente por igual entre todo el público lector, entre todos los que practican regularmente la lectura. Aunque parezca extraño, no todo el que lee es un *homo legens*.

En efecto, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, en la época de la «fiebre de la lectura», de la «manía lectora» que se extendió sobre

² Roger Chartier, «Lecturas y lectores “populares” hasta la época clásica», en G. Cavallo, R. Chartier, R. Bonfil (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, 2001, p. 519.

casi todo el cuerpo social en Francia, Inglaterra y Alemania, Reinhard Wittmann³ observa una tendencia espontánea pero firme de la sociedad más modernizada a salvar para la vida productiva un cierto tipo de lectura, sacándolo del tiempo destinado a las actividades improductivas, de recreación y de ruptura de la rutina automática, y reintroduciéndolo en el tiempo dedicado al trabajo y la producción. La sociedad capitalista de entonces fomenta la lectura, pero no cualquier lectura. Distingue claramente entre, por un lado, la lectura «contenida» o «útil», y la sucesora de la lectura «de embeleso», aquella que había sido condenada por las autoridades españolas en el siglo XVI. Obedeciendo a una preocupación por el progreso de la nación, se da ánimo a la primera, la lectura «que informa», mientras se reprime a la segunda, la que «solo entretiene», considerando que ésta, aunque apropiada para compensar las limitaciones de la vida, «mantiene a los lectores en la ignorancia y la inmadurez» y «despierta vicios que contravienen la ética del trabajo».

Escribe Chartier: «Debido a que anulaba la separación [...] entre el mundo del texto y el mundo del lector, y porque aportaba una fuerza de persuasión inédita a las fábulas de los textos de ficción, la lectura silenciosa poseía un encanto peligroso. El vocabulario la designaba con los verbos del arrobó: encantar, maravillar, embelesar. Los autores la representaban como más apta que la palabra viva, recitante o lectora, para hacer creíble lo increíble».

Frente a este tipo de lectura, que es «escapista y narcotizante», según Fichte, que se hace «sólo para matar el tiempo» y que «traiciona así del modo más vil a la humanidad, pues rebaja un medio hecho para alcanzar cosas más altas», el Siglo de las Luces exaltó un tipo de lectura diferente, al servicio (cito a Wittmann):

[...] del autoconocimiento y del raciocinio [...] La lectura, para la que la burguesía reservaba por fin el tiempo y el poder adquisitivo necesarios, [...] elevaba el horizonte moral y espiritual, convertía al lector en un miembro útil de la sociedad, le permitía perfeccionar el dominio de las tareas que se le asignaban, y servía además al ascenso social. La palabra escrita se convirtió, con ello, en un símbolo burgués de la cultura⁴.

³ *Ibid.*, R. Wittmann, «¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?», p. 482.

⁴ *Ibid.*, p. 502.

A tales excesos llegó la promoción de la lectura como instrumento de progreso en la Europa occidental, que una inquieta observadora polaca de la época, Luise Mejer, llegó a expresar su sorpresa en los siguientes términos: «Aquí se ceba a las personas con lectura, como entre nosotros se ceba a los gansos».

El *homo legens* no lee «para superarse», como lo hace el lector de la Ilustración, pero tampoco lo hace para matar el tiempo o para curarse algún mal del alma, como el lector «sentimental» o de empatía; el *homo legens* lee «por puro placer». Para él, la lectura no es un medio que vaya a llevarlo a alcanzar un fin sino que es un fin en sí mismo.

Expresión del proceso moderno de construcción del individuo singular abstracto, pero al mismo tiempo revuelta contra ese mismo proceso; obediente de la disposición moderna que separa el tiempo de la rutina del tiempo de la libertad, pero al mismo tiempo transgresor de la misma, el *homo legens* es ambas cosas a la vez: un documento de la «barbarie» moderna y un documento de su «cultura».

¿Es en verdad el *homo legens* una especie en peligro de extinción?

Esta pregunta, en mi opinión, debe ser precedida por otra, que permite aclarar la situación y acotar el problema. Y esa pregunta es: ¿el destino negativo del libro y la lectura es en verdad signo de la desaparición del *homo legens* o indica solamente el hecho del destronamiento, de la pérdida de poder, de un cierto uso del libro y la lectura?

En efecto, lo que se tambalea con el redimensionamiento del libro y la lectura que ha traído consigo la consolidación abrumadora de los nuevos medios de comunicación, introducidos en el siglo xx por el progreso de la técnica, es el uso tradicional, canonizador y jerarquizante, de los libros y la lectura; un uso que ha servido durante tantos siglos a la reproducción del orden y la jerarquía imperantes en la sociedad de la modernidad capitalista.

La sociedad de nuestro tiempo ha comenzado a usar el libro y la lectura de una manera diferente: desordenada, caótica, ajena al «modo de empleo» y a los cánones no solo aconsejados sino impuestos por los sistemas educativos nacionales a partir del siglo xix. Este fenómeno, ambivalente en sí mismo, que bien puede acelerar el hundimiento en

la barbarie, pero que igualmente puede prometer una relectura creativa y democrática de la herencia cultural, es el que los alarmistas presentan como muestra de la decadencia de ese tipo especial de ser humano que es el hombre que lee.

El *homo legens* no es una especie en extinción, ni lo será por un buen tiempo. Su existencia, como veíamos, depende de la existencia del tipo de individuo singular instaurado por la modernidad capitalista, el de todos los que pertenecemos a la sociedad de masas, y la existencia de esta modernidad, incluso sacudida como está por crisis que la cuestionan radicalmente, parece estar asegurada todavía por abundantes recursos de supervivencia.

Aparte de esto, me atrevo a suponer que, incluso si alguna vez el individuo abstracto de la sociedad de masas moderna llega a ser sustituido por otro de algún tipo nuevo, no arcaico o regresivo, de individuo social concreto, el *homo legens* perduraría, como mutante, si se quiere, pero fiel a su arte de hacer del desciframiento de un texto un acto de tránsito al vislumbre de la multiplicidad de mundos posibles.

Quito, abril de 2003.

CRÍTICA

Michael Mann, *The Sources of Social Power, Vol. III, Global empires and revolution, 1980-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

ADAM TOOZE

IMPERIOS EN GUERRA

La publicación casi simultánea de los volúmenes III y IV de *Las fuentes del poder social* de Michael Mann concluye un proyecto auténticamente colosal de sociología histórica. Junto con las obras de Anthony Giddens, W. G. Runciman, Ernest Gellner y Eric Hobsbawm, el proyecto de Mann fue uno de los productos específicos de la coyuntura intelectual en Gran Bretaña durante la década de 1970. Mann, colega de Gellner en la London School of Economics, buscaba, como Giddens y Runciman, una salida constructiva al *impasse* de la sociología posmarxiana y posweberiana; pero su formación original era la de un «*history boy*» prototípico, producto del legendario ideoducto Manchester Grammar School-Oxford. En el transcurso de un itinerario que lo llevó del trabajo social a una investigación comprometida sobre el mundo del trabajo, la idea original para *Las fuentes del poder social* se fue configurando a mediados de la década de 1970. Concebido en un principio como un libro de pequeño tamaño, fue creciendo hasta convertirse en una tarea gigantesca. La publicación del volumen I en 1986 hizo famoso a Mann y contribuyó a reavivar el campo de la sociología histórica. Mientras que contemporáneos suyos como Giddens sucumbían a los encantos del Nuevo Laborismo, Mann, a cobijo en California, siguió a lo suyo. El volumen II, con cerca de mil páginas que cubrían el periodo 1760-1914, apareció en 1993. Veinte años después, Mann nos presenta una exposición igualmente colosal en dos volúmenes del siglo XX. Esa culminación ha venido preparada por otros tres libros sustanciales, *The Dark Side of Democracy*, *Fascism* y el

ajuste de cuentas de Mann con el descarrilamiento de la política estadounidense después del 11 de Septiembre, *Incoherent Empire*¹.

El título del proyecto de Mann es programático. No se trata de un estudio sobre la sociedad o la cultura; es un estudio del poder social. El paso de la sociedad al poder respondía a un propósito constructivo y crítico. Junto con otros pensadores de las décadas de 1970 y 1980, Mann decidió elaborar y ofrecer una exposición del poder moderno que no se basara en la tan cosificada noción de «sociedad». Evidentemente, se pueden construir unidades sociales; pero es algo que debe explicarse, no darse por supuesto; las sociedades pueden también descoyuntarse, como intentó demostrar Margaret Thatcher. Mann propuso, por lo tanto, el estudio de las redes de poder como unidades de análisis más básicas. Podría verse en tal iniciativa una tentación de plantear un nuevo monismo bajo la forma de una única fuente de poder, pero Mann lanzó en cambio un acrónimo, IEMP, no muy fácil de pronunciar, lo que forma parte de la cuestión. Se trata de un conglomerado, y no de un término único: Ideología, Economía, fuerza Militar y organización Política, cada uno gobernado por su propia lógica y los cuatro ingredientes inseparables del poder, definido como «la capacidad de conseguir que otros hagan cosas que de otro modo no harían», a fin de «alcanzar nuestros propios objetivos». Es su combinación e interacción lo que da lugar a las redes y otras cristalizaciones a partir de las cuales se forman los Estados.

Dentro de ese marco, el volumen I constituía una narración multifacética que recorría varios milenios y culminaba en una presentación del ascenso de Occidente que evitaba muchos, sino todos, de los deslices habituales en ese venerable género. Fue recibido con gran aplauso. Más desconcertante es el silencio relativo que cayó sobre el volumen II, que se esfuerza más arduamente por explicar la cristalización del poder occidental a lo largo del siglo XIX, bajo la forma del Estado-nación europeo. Puede parecer paradójico que alguien que se propuso refundar la sociología a partir de un estudio de las redes más que de las sociedades acabara centrándose tan resueltamente en la nación; pero para Mann, si la tríada nación-Estado-sociedad llegó efectivamente a dominar la modernidad, eso es algo que la teoría crítica debe explicar, y no dar por supuesto como punto de partida. Durante las décadas de 1980 y principios de la de 1990 se produjo una gran proliferación de análisis constructivistas de la nación; la contribución distintiva de Mann fue su concentración en el poder. Hablaba de las naciones, no como comunidades imaginadas o tradiciones inventadas, sino como jaulas cuyas cuatro esquinas son IEMP.

La recompensa por esa exploración histórica cada vez más concentrada y a la vez profunda, llegaba en la conjunción entre los volúmenes II y III con

¹ *El lado oscuro de la democracia y Fascistas*, Valencia, 2013; *El imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*, Barcelona, 2004 [N. del T.].

la exposición que hacía Mann del estallido de la Primera Guerra Mundial. Se le pueden achacar las preocupaciones particulares de la Gran Bretaña postimperial, pero cabe entender las brillantes últimas páginas del volumen II como el blanco al que apuntaban todos los esfuerzos anteriores: es mirando hacia atrás desde la mareante tromba de julio de 1914 como se hace visible todo el arco de su construcción. Si el volumen I cartografiaba el ascenso de Occidente a partir de la era precristiana, y el volumen II mostraba cómo había surgido el Estado-nación como gran punto de convergencia de las energías del poder social colectivo, 1914 era el Armagedón, la vorágine, el comienzo del fin. Como decía el propio Mann en la penúltima página del volumen II, casi con una sensación de alivio: «La Gran Guerra ejemplifica, con su horror, la estructura del Estado y de la sociedad modernos, tal como la he analizado y he teorizado sobre ellos en este volumen.»

¿Qué quería decir con esto? En una valoración favorable del volumen I en estas páginas, Chris Wickham criticaba a Mann por decir en una observación de pasada que «habitualmente son las minorías las que hacen la historia». Esto, en opinión de Wickham, era a la vez falso como afirmación general sobre la historia y reflejo de un «modelo tradicional de la historia como acción política». La cita no hacía justicia a Mann; pero la paradoja de la era moderna revelada tan estrepitosamente por la crisis de julio de 1914 era precisamente que, en el mismo momento en que las fuerzas sociales parecían generar un enorme impulso, las elites entraban en juego como nunca antes. La culminación de aquel proceso paradójico fue la doctrina de la destrucción mutuamente asegurada (MAD) durante la Guerra Fría, cuando pares desequilibrados de gobernantes, al mando del poder destructivo de dos Estados continentales, tenían en sus manos el futuro de la vida en nuestro planeta. Tal situación es el tema del volumen IV, pero la extraordinaria labilidad de la modernidad quedaba prefigurada en 1914. Lo que la exposición sobre el poder de Mann era capaz de mostrarnos en relación con aquel momento es la fragilidad de lo que entendemos por Estado o nación sometidos a semejante tensión: toda la colectividad, con sus fuerzas inmensamente destructivas, puede ser llevada al conflicto como consecuencia de una interacción desastrosamente contraproducente entre parlamentos, juntas de mando militares, público de masas e intereses económicos. Aunque cada uno de ellos era individualmente racional, el resultado de su conjunción era abominable. Como decía Mann inmediatamente antes de la frase citada en el párrafo anterior, las formaciones polimorfas de poder llamadas Estados «eran solo el reflejo de la sociedad moderna, dotada de poderes colectivos masivos, con sus redes de poder distributivo entrelazadas en forma no dialéctica». En manos de uno de sus colegas franceses, la sugerente idea del «entrelazamiento no dialéctico» podría haber dado lugar a una teorización más profunda, pero el propio

Mann prefería un lenguaje más directo: la realidad del poder moderno era un «caos pautado» [*patterned mess*].

Si la crisis era la dramática culminación del volumen II de *Las fuentes del poder social*, en el volumen III se convierte en tema dominante de toda la narración. Durante más de quinientas páginas, Mann ofrece a sus lectores un rápido resumen de los dramas de la primera mitad del siglo XX, desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Segunda, pasando por las Revoluciones rusa y china, el fascismo, el estalinismo, el Japón imperial, el surgimiento de la ciudadanía social europea y el *New Deal* estadounidense. Como siempre sucede con Mann, esa narración está centrada en la «primera línea de ataque del poder»; pero como debe suceder en una historia del siglo XX, abarca una esfera mucho más amplia, prácticamente todo el hemisferio norte, desde Estados Unidos, Europa occidental y la Unión Soviética hasta China y Japón. Es una historia, en palabras de Mann, de «globalizaciones polimorfas», impulsadas por las complejas interacciones de las tres organizaciones de poder más básicas de las sociedades humanas: el capitalismo, los imperios y los Estados-nación. Concede que «entrecerrando los ojos, es posible construir una historia evolucionista hacia adelante y hacia arriba» incluso a partir de la siniestra materia prima del siglo XX; pero como él mismo ha insistido siempre, tales visiones comedidas de la modernización son incapaces de captar el auténtico drama del desarrollo del poder moderno, que consiste precisamente en su acumulación heterogénea, azarosa y a menudo proclive a la crisis. A diferencia de los dos anteriores, el volumen III de *Las fuentes del poder social* está por tanto dominado por una serie de acontecimientos complejos, que Mann llama las «tres grandes perturbaciones»: la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Ese tema, nos promete, proseguirá en el volumen IV, que se centra en la carrera de armamentos de la Guerra Fría y la crisis medioambiental global. Mann es agudamente consciente de este cambio de enfoque de sus análisis. Mirando hacia atrás, tras las consecuencias de 1914, dice, no puede sino parecernos que las épocas anteriores eran menos proclives a perturbaciones tan salvajes; menos contingentes, más gobernadas por pautas generales de desarrollo social. ¿Es esto cierto? Mann deja abierta la cuestión. Ciertamente, el reto a la hora de escribir la historia del siglo XX es evaluar «en qué medida las relaciones de poder contemporáneas son producto de la lógica del desarrollo de macroestructuras, y en qué medida han sido reorientadas por coyunturas oportunas que dan lugar a acontecimientos históricos o por individuos en situaciones de gran poder».

Es la envergadura de la ruptura en 1914 la que hace inevitables esas preguntas. Mann es de los pocos que afrontan de cara el resbaladizo problema de la transición entre el siglo XIX y la «era de los extremos» del siglo XX. Dos recientes estudios sobre la modernidad global, *The Birth of the Modern*

World (2004), de Christopher Bayly, y *Die Verwandlung der Welt* (2011), de Jürgen Osterhammel, se interrumpen abruptamente, dejando una sensación de frustración, en 1914. Al otro lado de la gran separación, el estudio sobre el siglo XX *Dark Continent* (2000), de Mark Mazower, conseguía la notable hazaña de entrar en el periodo de entreguerras sin un serio análisis de la Primera Guerra Mundial ni de la Revolución Rusa. Entre los que establecen un puente, Arno Mayer lo hizo en *Why Did the Heavens Not Darken?* (1988) extendiendo el siglo XIX hasta bien avanzado el siglo XX y convirtiendo así la Segunda Guerra Mundial y el judeocidio en consecuencias demoradas del *Ancien Régime*. Más convincentemente, Charles Bright y Michael Geyer, cuya obra Mann desgraciadamente no tiene en cuenta, han propuesto en una serie de artículos que deberíamos pensar en términos de un largo siglo XX que comenzaría, no en 1914, sino con los trascendentales levantamientos entre la hambrienta década de 1840 y la Comuna de París.

El estudio más leído de ese tipo, con mucho, es el de Eric Hobsbawm, cuyos cuatro volúmenes cubren el periodo desde la Revolución Francesa hasta la caída del comunismo. Lo que no es tan frecuentemente señalado es la gran diferencia entre su *Historia del siglo XX* y los tres volúmenes que la precedieron. Mientras que *La era de las revoluciones*, *La era del capital* y *La era del imperio* tenían una construcción muy clásica, basándose en un marxismo no dogmático, la *Historia del siglo XX* comenzaba con un capítulo que presentaba la extrema violencia con que estalló la Primera Guerra Mundial como un fenómeno nuevo, con su propia fuerza causal. A continuación enmarcaba el siglo como una batalla de ideas, una pugna ideológica que Hobsbawm remontaba hasta la Revolución Francesa. Vale la pena señalar que la reseña que hizo Mann en 1995 para la *NLR* del libro de Hobsbawm pareciera retrospectivamente un anuncio de su propio proyecto en marcha. Al igual que Hobsbawm, Mann reconocía que una historia del siglo XX tenía que ser una historia de la ideología, de la crisis y de protagonistas individuales como Stalin, Hitler, etc. Pero Mann se proponía un tratamiento más sociológico y materialista. Si la ideología era importante, ¿quiénes eran los extremistas y qué es lo que les hacía proclives a ideas tan salvajes? ¿Y qué es lo que hizo sus ideologías tan consecuentes históricamente? ¿Qué combinación de fuerzas impulsó la desmesurada expansión del poder estatal? Junto a la P, la I y la M de la crisis, había que tener en cuenta la E. Mann reprochaba a Hobsbawm la elusión de un tratamiento serio de la economía.

Pero a principios de la década de 1990 Mann no parecía todavía anticipar uno de los grandes descubrimientos intelectuales de las dos décadas siguientes, el advenimiento de lo global. Retrospectivamente, la ausencia más notable del volumen II de *Las fuentes del poder social* era cualquier referencia coherente al imperio occidental. En la medida en que se menciona siquiera el mundo como totalidad, es en relación con el capitalismo global,

y solo en un tímido capítulo. Pasados veinte años, en el volumen III, el «imperio» es el término clave. Capitalismo y Estados-nación son ahora (re) descritos como palancas de la globalización. Reconociendo su omisión en el volumen II, Mann insiste ahora en que los imperios «han proporcionado el tipo preponderante de dominio en todas las sociedades a gran escala de la historia». Insiste, por supuesto, en que las globalizaciones resultantes fueron polimorfas, fraccionales, plurales y divisorias; pero una de las sorpresas de los dos últimos volúmenes de *Las fuentes del poder social* es hasta qué punto Mann permite que el imperio domine la historia, no de los siglos XVIII y XIX, sino del siglo XX. Para Mann la gran guerra interimperialista no es la Primera Guerra Mundial, sino la Segunda.

Este resultado contrario a lo intuido de la discontinuidad del proyecto de Mann y de su interrupción durante dos décadas se hace algo más fácil de aceptar si tenemos en cuenta la revisión geográfica que subyace bajo su tratamiento del imperialismo. Tal como éste es introducido en el volumen III, comenzando en la década de 1890, lo representan tanto Japón como el imperio global de Gran Bretaña y Estados Unidos. Si giramos el globo hacia Asia oriental, donde se cruzan esas potencias, entonces sí es muy razonable ver una escalada de rivalidad interimperialista desde la intrusión del comodoro Perry en 1853 y que se arrastraría hasta la guerra apocalíptica entre Japón y Occidente iniciada en 1941. Es en el tratamiento que da Mann a la estrategia imperial de Tokio entre 1890 y 1941, recurriendo a un buen acopio de notables textos sobre la política y la economía política japonesa, donde vemos la prolongación más directa de su penetrante análisis del poder europeo antes de 1914. La cuestión es cómo trasladar esa sutura entre el siglo XIX y el XX desde Asia hasta el epicentro de violencia y agitación entre 1914 y 1945, esto es, a Europa. Cabría pensar que Mann simplemente asume la visión del impacto corrosivo del imperialismo sobre el sistema de Estados-nación europeos ofrecida por Hobson o Lenin, pero prefiere situarse ostentosamente junto a Niall Ferguson, arrojando esa idea al basurero de la historia y ofreciendo una atención parecidamente escasa a las versiones más de moda de los epígonos de Schmitt o de Arendt. ¿Pero cuál es entonces la conexión que ofrece el libro entre el nuevo planteamiento imperialista del volumen III y la crisis de 1914?

Una forma concreta de relacionar la rivalidad interimperialista en Asia oriental con los acontecimientos en Europa habría sido a través de la geopolítica de Eurasia. Pero esto habría requerido que Mann ampliara su panorama del imperialismo de finales del siglo XIX para incluir la que de hecho era su potencia más extensa y más rápida y agresivamente expansiva, la Rusia zarista. Siguiendo esa línea, un equipo imaginativo de historiadores dirigido por John Steinberg y Bruce Menning ha sugerido que la guerra ruso-japonesa de 1905 debería ser rebautizada como «Guerra Mundial

ceros». Pero si bien el tratamiento que ofrece Mann de Japón es sólido, Rusia es un eslabón débil en su cadena analítica: en el volumen II tenía más que decir sobre los Habsburgo; en el volumen III su narración no empieza hasta las revoluciones de 1917. Rusia como gozne euroasiático está ausente. Una vía alternativa hacia la coherencia podría haber transcurrido a lo largo de lo que John Darwin llama apropiadamente en *The Empire Project* (2009) «el sistema-mundo británico». En los cálculos del Comité eduardiano de Defensa Imperial ambos hemisferios eran rutinariamente «pensados juntos» como un único espacio estratégico. Pero en su exposición del poder imperial británico, Mann se distrae fácilmente con los informes sobre atrocidades coloniales. Con respecto a la economía se permite entretenerse en una reflexión moralista sobre los costes y los beneficios del imperio, cuyo propósito parece ser confirmar la idea de que éste era principalmente un proyecto de coerción e ideología, no impulsado por poderosos intereses sociales. Pero, sorprendentemente, no aprovecha esa crítica como trampolín para un análisis de la resistencia de masas frente al imperio británico, que después de la gran crisis imperial de 1919-1922 condicionó en buena medida las decisiones estratégicas de Whitehall.

Sin ese tejido conectivo, uno se queda con la desconcertante sensación, no de un «caos pautado», sino de un libro desencuadrado. Mann percibe esa tensión y trata de recuperarla para su argumento con términos sugestivos como «imperialmente fracturado» y «semiglobal», pero eso no le salva de acercarse a la contradicción consigo mismo: en su conclusión se complace en insistir en que la caída del imperio europeo en 1945 no fue más que justicia, porque «el imperialismo europeo, imitado por el japonés, había sido la causa profunda» de las ruinosas guerras que erosionaron sus recursos de poder; pero habiendo rechazado la geopolítica imperial como explicación de la crisis de julio de 1914, se ve obligado a empapelar la brecha con un nuevo holismo: la cultura militarista. Según nos dice, «los europeos eran todavía de Marte». No había «una razón necesaria por la que los sistemas multiestatales tuvieran que generar tanta guerra, pero cuando se involucraron en una cultura militarista, como lo hizo Europa, es probable generar una guerra sin fin y un imperialismo competitivo». Con una capa mágica tan holgada, que supuestamente cubre a Europa y Japón como una única unidad cultural, se encuentra una pauta más profunda; pero parece un retroceso deprimente para un proyecto que en otro tiempo se enorgullecía de su capacidad de captar el poder en su funcionamiento concreto.

Lo que está en cuestión aquí es la permanente dificultad de Mann para escapar de la jaula de los Estados individuales para afrontar la rivalidad geoestratégica interestatal. En los volúmenes anteriores eso se podía atribuir a su obsesión por el Estado-nación; pero el problema reaparece en su tratamiento del imperio. Su caracterización del imperialismo, incluso con las

varias distinciones entre modos formal e informal que introduce, dificulta una clara visión del acontecimiento decisivo a principios del siglo xx, el extraordinario ascenso de la potencia estadounidense. Como cabía esperar, Mann ofrece una revisión competente del desarrollo del país tras la guerra civil; pero cuando llega al imperio estadounidense su habitual percepción de las principales líneas de poder le abandona. En consonancia con las preocupaciones habituales de la izquierda estadounidense, dedica dieciséis páginas –el mismo número que reserva para la Revolución Rusa– a las incursiones estadounidenses en Filipinas y en la zona Monroe. ¿Pero era éste, para plantearle a Mann su propia pregunta, el eje principal del poder estadounidense a principios del siglo xx? Obviamente no. El rasgo auténticamente espectacular de la política estadounidense, desde el inicio del siglo en adelante, no fueron sus actividades como conquistador imperial, sino el peso que ejerció globalmente como un enorme Estado-nación continental de un océano al otro. Desde esa base desarrolló una ambición auténticamente espectacular, no por acumular satrapías en América Latina, sino por acorralar a las grandes potencias, a los principales participantes en el juego imperialista, domesticando a Rusia, Japón, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Esto se anunció en la política de puertas abiertas para China (1899), en el arbitraje de Theodore Roosevelt en la guerra ruso-japonesa, y más claramente en la diplomacia de Wilson en tiempo de guerra. Como han insistido con razón Negri y Hardt, llamar a esto imperialismo significa desviar la atención. Fue la aserción de algo mayor, el Imperio, tal como ellos lo llaman. Mann incluye evidentemente la hegemonía en su repertorio de formas imperiales, pero en este volumen, que trata precisamente del periodo en que surgió esa pretensión, se abstiene de aplicar el término con efectos analíticos.

Si la política de puertas abiertas no pasó de ser una aspiración en el momento del cambio de siglo, y si Wilson fue incapaz de frenar la Primera Guerra Mundial, Washington ejerció una importante influencia, tanto sobre la guerra como sobre la paz, mediante el apalancamiento financiero estadounidense, una historia que Mann deja a un lado en su relato. Aunque insiste en la importancia de la política de alianzas, no presta atención a las relaciones durante la guerra entre Wilson, Lloyd George y Clemenceau. La historia del Tratado de Versalles solo aparece como preludeo para el régimen de Hitler. La Conferencia de Washington en 1921-1922, el Plan Dawes y los Tratados de Locarno solo son mencionados de pasada. En la exposición de Mann está ausente todo el proceso de reflexión en las redes de poder, el intento de reconfigurar la sociedad internacional desencadenado por el desastre de 1914. Esta ausencia es tanto más sorprendente cuanto que, precisamente cuando Mann estaba concibiendo su proyecto, impulsado sin duda por las mismas influencias contemporáneas, apareció una sofisticada literatura histórica que al mismo tiempo que subrayaba el carácter polimorfo del

poder estatal, se ocupaba precisamente de lo que falta en el libro de Mann: la economía política de estabilización tras la Primera Guerra Mundial, y en concreto el papel de Estados Unidos en ella. Un eco indirecto de aquellos trabajos ha reaparecido recientemente a través de la preocupación actual por Carl Schmitt; pero ni la literatura neoschmittiana ni esa rica veta de estudios históricos son citados por Mann. Es evidente que cualquier obra con un ámbito tan amplio debe ser selectiva; ¿pero qué es lo que justifica la inclusión de los exabruptos de Niall Ferguson mientras que *Recasting Bourgeois Europe* (1975), de Charles Maier, o *The Great Disorder* (1993), de Gerald Feldman, por nombrar solo dos hitos, quedan fuera de la exposición? En esos casos no se trata tanto de selección, sino de un autosabotaje distraído de su propio proyecto histórico.

La omisión de cualquier referencia a la economía política de 1914-1923 socava una de las ambiciones más laudables de Mann, en concreto la de mejorar la exposición de Hobsbawm y presentar una valoración coherente de la Gran Depresión. Es notable que durante los últimos treinta años no se haya publicado ningún estudio histórico importante de aquel acontecimiento decisivo en la historia del capitalismo moderno. Lo más cercano es *Golden Fetters* (1996), de Barry Eichengreen, elegantemente elaborado en torno al llamado dilema: El conflicto entre las instituciones victorianas del patrón oro, el privilegio eduardiano de la movilidad sin trabas del capital y las demandas conflictivas de electorados nacionales emergentes que reivindicaban, no ortodoxia monetaria, sino empleo. Ha tenido gran influencia, proporcionando el marco básico, junto con la obra de Milton Friedman, para la interpretación neomonetarista de Ben Bernanke de la dinámica internacional de la Depresión; pero también va acompañada de una política, o más bien de una antipolítica. El enfoque de Eichengreen estaba especialmente destinado a hacer inteligible a los economistas académicos la economía política del periodo de entreguerras. El primer movimiento en tal operación consiste en eludir el problema del poder, desechar el problema de la hegemonía popularizado por *The World in Depression* de Charles Kindleberger y sustituirlo por el análisis neoclásico de la cooperación y la credibilidad. Después de desestimar las teorías del imperialismo como explicación de la Primera Guerra Mundial, Mann no se da menos prisa en arrumbar la cuestión de la hegemonía como explicación de la crisis de entreguerras. El resultado es que se limita a vacuidades, atribuyendo el fracaso en construir un régimen financiero robusto al hecho de que «la Primera Guerra Mundial no había resuelto las rivalidades geopolíticas». De hecho, hay que entender el «fallo de coordinación» de 1931 como naufragio del primer intento de hegemonía por parte de Estados Unidos. Pero poner eso de relieve le habría exigido a Mann centrarse, como se niega a hacer Eichengreen, en el principal medio por el que Estados Unidos ejercía su poder: la deuda interestatal.

Desde el momento en que la Entente contrató su primer crédito de guerra con J. P. Morgan en 1915, hasta el colapso de Bretton Woods en 1971, fue la deuda política la que definió un nuevo problema de hegemonía: créditos concedidos, no a deudores privados o a la periferia imperial, sino de un importante centro político a otro. Esto es lo que un análisis IEMP debería abordar para poder captar la primera fase del ascenso estadounidense.

No hay ni puede haber desacuerdo en que fue del fracaso de aquel régimen económico global del que emergió Hitler; tampoco fue un acontecimiento aislado de importancia meramente local. Fue la extraordinaria agresividad de Alemania la que catalizó a un beligerante tras otro: Italia, Japón, la Unión Soviética. ¿Pero qué podemos decir de la lectura de Mann de la confrontación en Europa entre 1938 y 1941 como una guerra interimperialista? Eso se lee en parte como un ajuste de cuentas polémico con la popular ideología churchilliana de la infancia británica de Mann: en su lugar vemos a Churchill cazando brujas como un bravucón imperialista; en lo que se refiere al enfrentamiento con Hitler, tenía la gran ventaja de que «hacia falta un matón para conocer a otro». El texto de Mann, en sus mejores párrafos conciso y competente, se hace notablemente más tosco a medida que nos aproximamos al clímax de la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, dejando a un lado las insidias polémicas, nunca ofrece un análisis de la política británica entre 1933 y 1941 que demuestre la prioridad de las preocupaciones *imperiales* en Whitehall durante aquel periodo crucial. ¿No fue principalmente, como arguye el propio Mann con respecto a 1914, una defensa del Estado-nación británico? Dado lo que había invertido en aquel proyecto —en términos de Mann una jaula, sin duda, pero una jaula dorada si alguna vez la hubo—, ¿no era el cálculo político y moral bajo el esfuerzo desesperado de apaciguamiento y la decisión final de combatir más complejo de lo que sugiere esa caracterización reductora?

Otro rumbo habría consistido en argumentar que la Segunda Guerra Mundial fue de hecho un conflicto interimperialista, incluso en Europa, porque en eso fue en la que lo convirtió Hitler. Desde un principio parecía haber en juego mucho más que en la Primera Guerra Mundial. Se trata de auténtica historicidad: en 1939 los protagonistas sabían que venían de un intento fallido de establecer nada menos que un nuevo orden global e hicieron sus planes en consonancia con eso. Era todo o nada. Pero mientras que la exposición de Mann sobre la toma de decisiones en Japón es bastante sofisticada, y su descripción de la política de apaciguamiento toca cuestiones clave, su descripción del Tercer Reich resulta seriamente deficiente. Cabría pensar en la Alemania de entreguerras como *locus classicus* para una teoría del Estado polimorfo. La policracia de Carl Schmitt, *The Dual State* (1941) de Ernst Fraenkel y *Behemoth* (1942) de Franz Neumann son todos ellos precursores legítimos del estudio de Mann sobre el poder moderno. Pero lo que

el volumen III nos ofrece en su lugar es una exposición simplista centrada en Hitler. En determinado momento, a propósito de la insistente petición del mariscal Zhukov de un ataque preventivo contra la Alemania nazi y la desdeñosa respuesta de Stalin —«Hitler no es tan idiota como para atacar la Unión Soviética»— Mann nos dice que «Hitler era un idiota y también lo era Stalin». Parece una discusión tabernaria, precisamente el tipo de caracterización cruda a la que Mann se negaba en su magistral exposición del régimen guillermiano en 1914. En cualquier caso, Mann no cree realmente que Hitler fuera idiota; de hecho piensa que sus objetivos territoriales eran los de un imperialista convencional, pero a lo grande. Hitler, nos informa, «no quería poner fin al imperialismo fracturado, solo [sic] quería fundar el imperio dominante». Fue el rechazo de Londres a ceder frente a esa ambición napoleónica lo que llevó a la guerra.

Ahí hay sombras de una confusión británica con larga tradición: cuando Mann dice que Hitler «no quería ni una guerra global ni un imperio global», ignora el hecho de que Hitler no creía que tuviera ninguna opción real en la materia, ya que la judería mundial conspiraba contra él. El exiguo espacio dedicado al antisemitismo y al judeocidio es un sorprendente rasgo de ese volumen. Mann, sin duda, respondería en su defensa que no quería repetirse a sí mismo: ya había dedicado muchas páginas al tema en *El lado oscuro de la democracia*; pero el resultado es uno de los tratamientos más insustanciales del judeocidio que se haya visto en muchos años en una exposición general como ésta. Más fundamental sería la objeción de que, aunque Mann reconoce la importancia de la ideología racista en el movimiento nazi, no se la toma en serio como elemento organizador del ejercicio del poder por Hitler, a pesar de que fuera sobre todo encuadrado en su antisemitismo como Hitler entendía la sorprendente presencia ausente del poderío estadounidense. Si Mann lleva razón, si fue una guerra interimperialista, su ámbito en la mente de Hitler fue siempre global. La violencia del nazismo estaba dirigida en último término, no solo hacia el establecimiento de una posición imperial dominante, sino contra el fin de la historia, aquel *finis Germaniae* con que amenazaba la soberanía estadounidense.

El marco IEMP que ha empleado Mann para orquestar el vasto conjunto de datos reunidos en las más de dos mil páginas de *Las fuentes del poder social* es una reja decididamente abierta para el análisis histórico y sociológico. Pero por la misma razón, los resultados dependen en gran medida del material histórico al que se aplica y de la habilidad del analista. En su exposición de la crisis de julio de 1914 con la que concluye el volumen II, Mann, el gran estudioso del Estado-nación europeo, ofreció una vindicación verdaderamente memorable de la capacidad de su modelo. Los resultados del volumen III son empero más desiguales. Los dos capítulos sobre los dilemas del imperialismo japonés muestran al mejor Mann: analítico, de

mente clara y no determinista, pero cuando enfoca el otro gran eje oceánico de poder, el atlántico, el marco IEMP no es alimentado con el material que necesita para producir resultados convincentes.

Pero quizá haya ahí en juego otro factor. Los resultados alcanzables mediante un análisis del estilo IEMP también dependen en parte de la energía crítica que alienta su aplicación. El análisis de la crisis de 1914, que Mann completó cuando la multitud se precipitaba a través de la Puerta de Brandenburgo y las dos Alemanias se unían en una Europa reunificada, suponía una afirmación verdaderamente memorable de la política democrática. A la luz de la experiencia europea durante el siglo XX, se preguntaba, «¿es ingenuo pretender que exista una política exterior auténticamente democrática, sin unos partidos o una opinión pública obsesionados con el nacionalismo y abierta al debate, que imponga a los regímenes la consideración del interés social general e impida la muerte de miles de ciudadanos en guerras inútiles?». Veinte años después, el espíritu normativo está todavía vivo, pero ahora en un tono mucho menos político. La historia del siglo es la reducción del potencial político de Europa, sustituida por dos superpotencias y luego por una única superpotencia global. La amenaza de la violencia estaba todavía presente, por supuesto, pero como nos dice Mann,

El imperialismo estadounidense era preferible al japonés o al europeo, cabe suponer porque el imperialismo informal es más benigno y más abierto que el imperialismo directo. El imperio informal se adecua más a la ventaja económica global, emplea menos violencia y es menos maligno que un imperio que subordina el interés económico a las preocupaciones militares y nacionalistas. A diferencia de Sombart, yo prefiero los comerciantes a los héroes.

A los cientos de millones de personas que no son ni comerciantes ni héroes, Mann les aplica una medida del desarrollo aún más básica. Durante la primera mitad del siglo XX, pese a las catástrofes políticas de la época, la altura del europeo y estadounidense medio aumentó más del doble que durante el medio siglo anterior. Fue, concluye Mann, «un proceso comparable a la biología evolucionista de Darwin», atribuible a «los mejores regímenes de sanidad pública, mejores condiciones de alojamiento y mejor dieta». ¿Qué podemos decir de ese giro aplanado, antipolítico, del pensamiento de Mann? ¿Expresa el mismo estado de ánimo deprimido que le llevó a escribir *El lado oscuro de la democracia*? O más prometedoramente, ¿podría el terreno biopolítico en el que Mann pretende últimamente afianzarse, servir como base desde la que abrir el marco IEMP hacia otras críticas sociológicas del poder moderno?

David Graeber, *Debt: The First 5,000 years*, Nueva York, Melville House, 2011, 534 pp.

ROBIN BLACKBURN

FINANZAS PARA ANARQUISTAS

Debt: The First 5,000 Years, el libro de David Graeber, puede verse bien como la contribución de un antropólogo a la nueva historia global como el credo intelectual de un militante-investigador anticapitalista. El proyecto de escribir una historia de las maquinaciones financieras combina agradablemente una deconstrucción de la deuda con los argumentos para considerar la crisis de 2008 como un decisivo punto de inflexión. En esta óptica, los acontecimientos recientes son un giro más en un viejo debate entre ricos y pobres, acreedores y deudores, la máquina del dinero y la causa de la supervivencia y prosperidad del hombre. Está escrito con un contagioso buen humor y una entrañable generosidad radical. «Quizá el mundo realmente te debe un medio de vida», sugiere Graeber. En la tradición de Lafargue y Bakunin, habla a favor de los pobres no trabajadores: «Por lo menos no hacen daño a nadie. En la medida en que el tiempo que pasan sin trabajar lo emplean con amigos y familiares, disfrutando y cuidando a los que aman, probablemente están mejorando el mundo más de lo que reconocemos». Es fácil de ver por qué su libro ha obtenido una audiencia tan amplia entre los endeudados estudiantes jóvenes, los trabajadores y no trabajadores del Movimiento Occupy.

Debt no tiene una narrativa lineal. La primera mitad del libro consta de extensos capítulos sobre las nociones de obligación, trueque, redención y honor. A continuación sigue lo que al principio parece ser una convencional secuencia cronológica, empezando con la prehistoria, siguiendo por el

antiguo Oriente Próximo, Roma y Grecia, China e India, antes de trasladarse a la Edad Axial (800 a.C. al 600 d.C.), la Edad Media, la «Edad de los Grandes Imperios Capitalistas» y finalmente, al periodo que se inicia en 1971, denominado «El principio de algo todavía por determinar». La aparente secuencia de etapas históricas se interrumpe a menudo, según Graeber pasa de consideraciones sobre la Irlanda medieval al África contemporánea, de la ley romana al comercio atlántico. A menudo insiste en similitudes transtemporales, vinculando el pasado, incluso el pasado remoto, con acontecimientos recientes; la propensión de los mercados para quedar fuera de control es un tema recurrente. El lector debería ser un erudito para no aprender mucho de estas fascinantes discusiones en las que para remarcar su crítica, Graeber, como Marx, a menudo cita obras de literatura –Rabelais, Goethe, *La Biblia*, *Las mil y una noches*– en vez de a los grandes economistas.

En los capítulos iniciales de *Debt*, Graeber aprovecha una variedad de investigación antropológica para apoyar su razonamiento de que los mercados no integrados, el dinero y la deuda de la teoría económica neoclásica son construcciones abstractas y arbitrarias que, comparativamente, se han inventado recientemente. El intercambio real siempre reunió no solamente a dos individuos, considerados como tomadores o fijadores de precios, sino a dos (o más) mundos sociales con reivindicaciones, supuestos y expectativas parcialmente solapadas. El acto aparentemente simple de intercambio siempre generó desiguales obligaciones y discrepantes temporalidades. La deuda y el crédito eran facilitadores decisivos, como lo eran mecanismos como el pago de tasas para iniciar el intercambio, o incluso el pequeño cambio del discurso educado: «agradecido», «por favor» y «gracias» todos eran términos expresivos de endeudamiento personal.

Lo que convierte una obligación en una deuda, señala Graeber, es que puede expresarse y calcularse en términos cuantitativos, induciendo la idea de que el dinero y el mercado reducen la calidad a cantidad. Sin embargo, Graeber apunta a otra conclusión. Echa por tierra la idea de que el trueque fue el primer tipo de economía, y lo considera menos importante que la evolución del dinero:

No empezamos con el trueque, descubrimos el dinero y después finalmente descubrimos los sistemas de crédito. Sucedió precisamente al revés. Lo que ahora llamamos dinero virtual llegó el primero. La moneda llegó mucho más tarde y su utilización se propagó solo desigualmente, sin llegar a remplazar por completo a los sistemas de crédito. El trueque, a su vez, parece ser en gran parte una cierta clase de subproducto accidental de la utilización de la moneda o del papel moneda: históricamente ha sido sobre todo lo que hace la gente que está acostumbrada a transacciones en efectivo cuando por una u otra razón no disponen de moneda.

Graeber explica que antes del intercambio generalizado muchas sociedades tenían diferentes monedas, algunas dedicadas a pequeñas transacciones orientadas al consumo diario, otras a regular y promover relaciones humanas básicas. Graeber cita el caso de sociedades tribales en África y América del Norte que han tenido monedas especiales para facilitar el matrimonio, o para prevenir interminables disputas que surgen de un homicidio. La pérdida de una hija por un clan o una familia aparentemente crea un derecho a recibir un «pago» en barras de latón, dientes de ballena o *wampun*¹. Similares muestras con un valor especial se ofrecían cuando un miembro de la familia había sido asesinado. La «moneda» empleada no era parte de ningún sistema que tuviera equivalencias –como señala Graeber respecto al pueblo *tiv* de la Nigeria rural, «ninguna cantidad de *okra te* podía proporcionar un bastón de latón, igual que, en principio, ninguna cantidad de bastones de latón podía darte plenos derechos sobre una mujer»– sino que estaba limitada en realidad a dejar constancia de una obligación especial que solo podía empezar a resolverse cuando fuera posible ofrecer, en restitución, una pareja para casarse. Incluso entonces, hasta que el matrimonio tuviera hijos no comenzaría verdaderamente la restitución. Como los pagos de dotes de novias, ofrecer bastones de latón o *wampun* no era el precio de algo, sino un mecanismo para dejar constancia de una obligación que ninguna moneda podía solventar.

Otra forma de obligación era la deuda de sangre, que fácilmente podía generar dependencia ya que los deudores se comprometían ellos mismos o a sus hijos como prendas. En condiciones normales la deuda podía ser fácil de saldar una vez que llegaba la cosecha o cuando acababa la sequía, y la situación de ser un rehén por deudas no era necesariamente gravosa en sí misma. Pero si las condiciones no mejoraban y si las redes comerciales daban nuevas opciones a los acreedores, saldar la deuda podía finalmente exigir que el deudor pagara con los cuerpos de los miembros de su familia. Los comerciantes podían apoderarse de los rehenes de deudores incapaces de pagar: Graeber señala que esta fue una de las fuentes del tráfico de esclavos en general y del comercio atlántico de esclavos en particular. (Sin embargo, hay que señalar que la desigualdad de género del tráfico del Atlántico –con dos tercios de sus víctimas hombres o niños– era muy diferente al típico modelo de peonaje por deudas, cuyas víctimas eran desproporcionadamente femeninas).

Filosóficamente, Graeber discrepa de la afirmación de Nietzsche, en la *genealogía de la moral*, de que la tribu debe exigir el último sacrificio –y el miembro de la tribu perder sus miembros– porque los espíritus de los antepasados siguen presentes y la tribu les debe todo. Aquellos que retratan a las sociedades humanas soportando una deuda primordial con los antepasados

¹ El *wampun* es un cordel o cinturón de abalorios [N. del T.].

se extravían, sostiene Graeber, si defienden una propensión universal para intercambiar, comparar y calcular. El argumento de Nietzsche sobre la deuda primordial es, en su opinión, «un juego realizado enteramente dentro de las fronteras del pensamiento burgués». Puede refutar o calificar las heroicas simplificaciones del individualismo liberal, pero permanece subordinado a un mítico régimen de cálculo: «ojo por ojo y diente por diente». A las fantasías de Nietzsche sobre «salvajes cazadores cortando pedazos de los cuerpos de otros», Graeber contrapone la declaración de un cazador-recolector inuit sacada del libro de Peter Freuchen, *Book of Eskimos*:

«¡Allí en nuestro país, nosotros somos humanos!» dijo el cazador. «Y ya que somos humanos nos ayudamos los unos a los otros. No nos gusta que nadie dé las gracias por eso. Lo que obtengo hoy lo puedes obtener tú mañana. Aquí decimos que con los regalos uno hace esclavos y con los látigos, perros».

Los cazadores exitosos sentían una obligación con los que no lo eran que iba más allá del cálculo cuantitativo. Graeber reconoce que aquí hay algún elemento de intercambio, pero sostiene que los sistemas de intercambio son típicamente una superestructura que descansa y se apoya en una red de ayuda y cooperación mutua a la que denomina «comunismo de base».

En otros lugares sugiere que el intercambio, la jerarquía y el comunismo son «los tres principales principios morales sobre los que pueden fundarse las relaciones económicas»; los tres «se dan en cualquier sociedad humana», a menudo combinados. Ya sea en el pueblo medieval o en la fábrica capitalista, el proceso de producción se apoya en actos de colaboración a pequeña escala entre los productores directos. Pero más allá de esto, para Graeber el comunismo de base está implícito en todos los intercambios sociales, como preguntar una dirección u ofrecer fuego: «es la materia prima de la sociabilidad, un reconocimiento de nuestra interdependencia final que es la última sustancia de la paz social». El funcionamiento de los mercados y la amenaza de «trampas de deuda» se pueden contrarrestar con prácticas e instituciones que consagran un infinito horizonte de reciprocidad, basado en la idea de que «la sociedad siempre existirá». Si se puede alcanzar semejante confianza existe la garantía de que las obligaciones asumidas en un momento dado serán cumplidas; una posibilidad a la que el cazador inuit se refería como lo que podía suceder «mañana». Graeber nos recuerda que la deuda es polivalente en sus implicaciones. Si sus escollos se pueden sortear entonces puede establecerse una red de obligaciones mutuas que contribuirán a asegurar que la sociedad perdure.

La narrativa histórica que forma la segunda parte del libro se basa en lo que Graeber identifica como una serie de grandes ciclos globales: «Si miramos a la historia de Eurasia en los últimos cinco mil años, lo que vemos es una amplia alternancia entre periodos dominados por el dinero crediticio

y periodos en los que dominaron el oro y la plata». La periodización que desarrolla a continuación está basada en esos ciclos: de la edad de los primeros imperios agrarios (3500-800 a.C.), en la que predominaba el dinero crediticio, a la Edad Axial (800 a.C.-600 d.C.), una época de acuñación y filosofía, la Edad Media, donde el crédito llegó a dominar una vez más, para pasar después a la «Edad de los Grandes Imperios Capitalistas» que, según Graeber, «empezó alrededor de 1450 con un masivo cambio planetario hacia los lingotes de oro y plata, y que solo se puede considerar que termina en 1971, cuando Richard Nixon anunció que el dólar estadounidense ya no sería canjeable por oro». Para Graeber, los «contornos finales» de esta nueva fase –iniciada apenas hace 40 años– «son necesariamente invisibles».

El motor impulsor de estas alternancias históricas, según Graeber, «parece ser la guerra»: «Aunque los sistemas de crédito tienden a dominar en periodos de relativa paz social o en redes de confianza [...], en periodos caracterizados por la guerra y el pillaje generalizados tienden a ser sustituidos por el metal precioso». El oro y la plata tienen la ventaja de simplificar las transacciones –y ser fáciles de robar– mientras que el dinero crediticio requiere tener confianza en una red de relaciones y registros más compleja. Graeber señala con sarcasmo que «un itinerante soldado fuertemente armado es un ejemplo perfecto de un elevado riesgo crediticio», al tiempo que pone de relieve la «extraordinaria violencia de la Edad Axial», para proporcionar, a partir de las explicaciones de Geoffrey Ingham sobre los orígenes de la moneda, proporciona un mordaz relato del «entramado maquina militar-moneda-esclavitud» típico de los primeros imperios. La conquista de Persia por Alejandro Magno, por ejemplo, «significó que el sistema persa de minas y fábricas de moneda que existía tuvo que reorganizarse alrededor del ejército invasor; y desde luego, las antiguas minas utilizaban esclavos. A su vez, la mayoría de ellos eran prisioneros de guerra». Como señala *Debt*, «se puede ver cómo este proceso podía alimentarse a sí mismo».

En opinión de Graeber, para la mayoría de los habitantes de la tierra, la Edad Media señaló «una extraordinaria mejoría respecto a los terrores de la Edad Axial». En los nuevos Estados que surgieron de la ruina de los principales territorios imperiales, «se rompió el nexo entre guerra, metales preciosos y esclavitud»; el dinero crediticio resurgió por toda Eurasia tomando formas abstractas, virtuales: papel moneda y palos tallados en la China de los Song, pagarés denominados *sakk* en el mundo islámico, etcétera. Por el contrario, la era de los «Grandes Imperios Capitalistas» marcó un regreso al oro y la plata, acelerado por la conquista española de México que ayudó a desatar la «revolución de los precios» en la Europa del siglo XVI. Graeber señala en todo momento el papel de la coacción, «la particular mezcla europeo occidental de la guerra y el comercio» que llevó el terror y la esclavitud a millones de personas en el mundo colonial.

El ciclo final en el esquema de *longue durée* de Graeber empieza en 1971 con el desmantelamiento de la arquitectura financiera de Bretton Woods. Este desmantelamiento representa una ruptura con el modelo de alternancia analizado en capítulos anteriores. Como señala Graeber, «si la historia es cierta, una edad de dinero virtual debería significar un movimiento que se alejase de la guerra, de la construcción de imperios, de la esclavitud y del peonaje por deudas (asalariado o de otra manera), y se orientase hacia la creación de alguna clase de instituciones generales, a escala global, para proteger a los deudores». Sin embargo, «lo que hemos visto hasta ahora es lo contrario». «La nueva moneda global está anclada en el poder militar incluso con más firmeza que la antigua». Graeber señala que, a partir de la década de 1970, los compradores más activos de bonos del Tesoro estadounidense tendían a ser verdaderos protectorados militares de Estados Unidos: Alemania Occidental, Japón, Corea. En opinión de Graeber, «la llegada de la libre flotación del dólar no señala una ruptura de la alianza de guerreros y financieros, sobre la que se fundó originalmente el propio capitalismo, sino su apoteosis final». Sin embargo, apenas llevamos cuarenta años en la nueva fase que, con el ascenso de China, podría finalmente asentarse en un modelo histórico más familiar: quizá estamos asistiendo a la «primera etapa de un proceso muy largo de reducir a Estados Unidos a algo parecido a un tradicional Estado cliente chino».

El libro está más preocupado por las premisas sociales de la buena vida que por una dialéctica histórica de las formas de trabajo o emancipación social; Graeber está escribiendo una historia de la deuda y no una historia de la productividad ni de los sistemas subyacentes de producción agrícola o industrial. Considera que los conflictos sobre la deuda y el endeudamiento han proporcionado el punto principal para las luchas de clases históricas, en las que los conflictos sobre salarios, condiciones y derechos organizativos eran menos importantes. Realmente, propone que el trabajo asalariado libre ha sido mucho más excepcional de lo que normalmente se considera y que diversos regímenes de peonaje por deudas, servidumbre y esclavitud han sido proporcionalmente mucho más importantes. Sin rechazar por completo al proletariado, está contento de ensalzar a los «pobres no trabajadores» como agentes del cambio. Cuando propone que «la acumulación primitiva» no debería considerarse como una fase distante, que se produjo una vez por todas a comienzos del periodo moderno, tiene razón y sintoniza con gran parte de la investigación reciente. Pero está en una posición más débil al negar que haya un necesario (aunque muy desigual) vínculo entre trabajo asalariado y capitalismo. Desde luego, los trabajadores asalariados a menudo han cobrado parcialmente en especie, o con vales que solo pueden utilizar en el almacén de la empresa. La coacción extraeconómica se ha utilizado frecuentemente como complemento. Pero el desarrollo del capitalismo

a menudo también aumentó la eficacia de la compulsión económica, con la deuda desempeñando un papel complementario. El propio Graeber reproduce datos sobre índices salariales ingleses desde varios siglos atrás, y sostiene que el capitalismo se desarrolló en el campo inglés mucho antes de la Revolución industrial. También cita datos más recientes sobre la creciente brecha entre los aumentos de la productividad laboral en Estados Unidos y los índices salariales próximos al estancamiento. Actualmente, unos cuantos miles de millones de personas por todo el mundo –quizá la mitad de la raza humana– depende de sueldos y salarios para cubrir las necesidades de vida. Y los salarios bajos y el endeudamiento de los pobres han hecho una gigantesca contribución a los desequilibrios globales y a la crisis financiera, algo con lo que sin duda estaría de acuerdo Graeber.

Esta falta de atención a las relaciones sociales de producción significa, por ejemplo, que no consiga reflejar la complejidad del funcionamiento del dominio español en las Américas, perdiendo de vista el elemento del trabajo asalariado libre que incorporó. El trabajo tributario o el trabajo esclavo no estaban bien adaptados a la minería de la plata en las condiciones andinas, porque la simple supervivencia en el frío y árido *altiplano* era probable que absorbiera todas las energías de los esclavos y porque los trabajadores tributarios no permanecían suficiente tiempo como para dominar las técnicas necesarias. Los funcionarios reales encontraron una elaborada manera de circunvalar estas dificultades adaptando el régimen de tributos anterior a la Conquista: se exigió que los pueblos proporcionaran trabajadores para las minas durante seis meses, además de tener que suministrar alimentos y tejidos a las autoridades que los vendían a los trabajadores asalariados en los distritos mineros del *altiplano* a los que se pagaba en plata con tarifas similares a las de los mineros de la plata en Alemania (como explica Pierre Vilar en su clásico *El oro y la moneda en la historia*). Sin embargo, la mayor parte del dinero que recibían como salario se gastaba comprando comida y ropa suministrada como bienes tributarios. De esta manera, el Estado colonial desarrolló una capacidad parecida a la del rey Midas para convertir el maíz y el algodón en plata. Estos acuerdos ilustran el ingenio –y la voracidad– de los funcionarios reales para extraer dinero en metálico. Otras fuentes de ingresos incluían las licencias para la extracción de plata, la tasa de la quinta parte sobre toda la plata extraída, las tasas de transporte e ingresos del *asiento* o la venta del derecho a importar esclavos domésticos.

Hay un recurrente énfasis sobre el gran daño que pueden causar los mercados, especialmente los «mercados libres», pero el objetivo de Graeber no es demonizar una institución muy anterior al capitalismo. En vez de ello, rebate la «falsa elección» que se ofrece entre el mercado y el Estado. La noción de Graeber de «comunismo de base» señala una vital dimensión o escala de la existencia social. La contrasta con cualquier redención mágica

del género humano de los engaños de la propiedad privada y la división del trabajo, alcanzada simplemente con la supresión del mercado: semejante noción se ha demostrado de hecho peligrosa y engañosa, pero no debería implicar que cualquier preocupación por la «propiedad de los medios de producción» sea simplemente otra manifestación del «comunismo mítico». En la época de la globalización, la propiedad pública necesita un replanteamiento radical que sin duda será complejo; requerirá una contribución de varias entrecruzadas encarnaciones de «lo público» –productores, consumidores, comunidades, redes, etcétera– pero no se alcanzará menospreciando el poder de la propiedad capitalista, que siempre ha permitido que el pez grande se comiera al pequeño.

El argumento de Graeber puede estar influenciado por la tradición anarquista, pero en ocasiones permite que el poder del Estado pueda ejercerse de maneras que promuevan la justicia social o el mayor fortalecimiento económico. Sostiene que es absurdo contraponer el Estado y el mercado porque los Estados muy a menudo han creado y sostenido mercados, pagando salarios y suministradores y garantizando las reglas esenciales básicas y los derechos de propiedad. La capacidad del Estado para cancelar la deuda es un hilo conductor del libro, que Graeber retrotrae hasta Mesopotamia y la ofrece como ejemplo de lo que debería hacerse actualmente. *Debt* frecuentemente registra la opresión y explotación invariablemente traída por los Estados, pero ofrece pocos ejemplos del Estado como una institución ambivalente y productiva, que da con una mano lo que recupera con la otra.

En su polémica reconstrucción de escenarios prehistóricos, Graeber frecuentemente apunta a la ideología neoliberal contemporánea, su fundamentalismo de mercado y su fracaso para prever un futuro colectivo verosímil. Aunque a menudo convincente, una de esas bofetadas a la sabiduría convencional –una crítica de un famoso ensayo de Paul Samuelson– me parece un error. Dado que trata directamente sobre el argumento general del libro merece la pena explicar la equivocación. El ensayo de Samuelson, publicado en 1958 en el *Journal of Political Economy*, llevaba por título un tanto árida y técnicamente, *An Exact Consumption-Loan Model of Interest with or without the Social Contrivance of Money* [Un exacto modelo de préstamo-consumo de interés, con o sin el artificio social del dinero]. La queja de Graeber –en sí misma bien justificada– es que Samuelson considera equivocadamente al dinero como un irrelevante velo que cubre las relaciones de producción. Sin embargo, la importancia de este ensayo se encuentra en la resolución que ofrecía a la controversia que rodeaba al programa de la Seguridad Social en Estados Unidos. Como se aprobó originalmente en 1935, había ofrecido cobertura de pensión solamente a aquellos que habían contribuido a él, de manera que, para empezar, había un torrente de contribuciones desprovistas de cualquier prestación. Esto tuvo dos desafortunadas consecuencias:

agravó la recesión de 1938 y dejó sin protección a los trabajadores de más edad. En 1950, se aprobaron enmiendas que acreditaban a estos trabajadores las contribuciones que habrían hecho en los años anteriores a 1935 si hubiera existido el programa. Este supuesto –algunas veces conocido como de «recubrimiento»– permitió que la Administración de la Seguridad Social pagara pensiones mucho más generosas, con consecuencias benignas para los balances macroeconómicos y los ingresos de jubilación de los mayores. Realmente podía considerarse como un mecanismo que representaba los valores humanos y colectivos del cazador inuit: aseguraba que la Seguridad Social cubriera a todos mientras efectuaba una redistribución invisible, ya que todos contribuían y todos se beneficiaban.

El ensayo de Samuelson explicaba por qué esto sería un acuerdo perfectamente viable incluso aunque ofreciera a los trabajadores de más edad algo a cambio de nada. En lo que llamó la «Paradoja de la Seguridad Social», explicaba que siempre habría suficiente en el Fondo Fiduciario de la Seguridad Social para saldar sus obligaciones con los actuales receptores, en la medida que las pensiones que se debían a los contribuyentes actuales iban a ser parcialmente financiadas por aquellos que «todavía no habían nacido». Los críticos objetaron que todo eso estaba muy bien pero, ¿quién iba a pagar las pensiones de «la última generación»? Samuelson pudo mostrar que en tanto el plan sobreviviera y estuviera respaldado por el gobierno, las pensiones futuras serían abonadas; el requisito esencial era la confianza en que el patrocinador (el Estado) seguiría ahí dentro de veinte o cincuenta años (algo que una aseguradora comercial nunca puede prometer).

Mientras que los intelectuales conservadores acentúan la deuda primordial y la imposibilidad de saldarla por completo, el argumento de Samuelson audazmente tomaba prestado del futuro para financiar «un plan de justicia intergeneracional», como lo ha denominado Brian Barry. El propio Samuelson se dio cuenta de que estaba presionando en los límites de la política económica convencional: en defensa de su enfoque citaba las conclusiones de Friedrich Engels, algo que no se hacía despreocupadamente en los Estados Unidos de 1958. Graeber continúa describiendo el periodo posterior a 1945 como un periodo caracterizado por una mayor inclusión social. Las revisiones en 1950 de la Seguridad Social en Estados Unidos –paralelas a las de otros países– fueron una importante contribución a este régimen de protección social, públicamente organizado, que ha mostrado una gran capacidad para resistir los ataques.

Si hay una estructura vagamente cronológica en el libro, no hay ningún sentido de progreso o de avance: Graeber desafía cualquier lectura optimista de la modernidad capitalista, considerando por el contrario al Estado-nación, con su deuda nacional, como el heraldo de guerras más destructivas. Afirma que los analistas más perspicaces del capitalismo estaban convencidos de

que estaba a punto de colapsar: «Prácticamente ninguno de los grandes teóricos del capitalismo, de cualquier lugar del espectro político, Marx, Weber, Schumpeter, von Mises, pensó que era probable que el capitalismo durara más de una o dos generaciones como mucho». Sin embargo, aunque se podrían recopilar citas para apoyar esta afirmación, había otra dimensión en el pensamiento de estos estudiosos del capitalismo que hacía hincapié en su robustez en y a través de los mecanismos de crisis, de la «destrucción creativa» y a pesar de las ideas mal concebidas de muchos aspirantes a críticos. Como señala Graeber, la llegada de las armas nucleares y de otras amenazas a la biosfera hizo que el escenario del colapso fuera más verosímil. Pero aunque sea consciente de esos peligros todavía considera que su mensaje central es de esperanza; las instituciones humanas pueden transformarse profundamente, construyendo a partir del fundamento implícito de un «comunismo de base» con su principio «a cada uno según su capacidad y a cada uno según sus necesidades».

Realmente, Graeber declara que su intención es volver a suscitar un sentido de posibilidad social. No gasta mucho tiempo detallando alternativas, pero insiste que la idea milenaria de una cancelación universal de las deudas sigue siendo el mejor punto de partida. La extraordinaria magnitud de la reciente creación de dinero al servicio de los bancos ha revelado el absurdo de inclinarse ante banqueros y mercaderes de bonos como los amos del reino financiero. El jubileo es más adecuado que nunca. Sin embargo, hubiera estado bien ver por lo menos un bosquejo de lo que sería un mundo sin deuda (¿o sin deuda malsana?). ¿Cómo regularían sus propios asuntos las cooperativas de consumo y los colectivos de trabajadores, las comunidades autoadministradas y las redes y asociaciones cosmopolitas? ¿Necesitarán ellas, como sostenía Proudhon, su propia versión de la inversión y del crédito para poder prosperar? ¿Seguirán siendo necesarios los precios y, si es así, cómo se fijarán? La tendencia del razonamiento de Graeber le lleva a no apostar por una drástica simplificación de la existencia después de la cancelación de la deuda odiosa, sino más bien por la elaboración de nuevas instituciones que encarnen la inclusión social, la desmercantilización y el control democrático. La representación formal combinada con la indefensión económica se rechaza explícitamente. La «deuda nacional» y su democracia encadenada al mercado de obligaciones, igual que el «Estado redistributivo», demasiado a menudo alimenta el clientismo y las «políticas de identidad».

Aunque *Debt* ha aparecido en medio de una crisis financiera, tiene poco que añadir a la cuestión de la quiebra de 2008 y a los desequilibrios que condujeron a ella. Sin embargo, hubiera sido interesante que Graeber hubiera desarrollado sus argumentos un poco más a la luz de esta crisis ya que ha sido muy educativa: pocos negarán ahora que la misma existencia de los

grandes bancos ha dependido de gigantescas y constantes inyecciones de ayuda del Estado y, sin embargo, los bancos continúan acaparando el crédito y perjudicando a la recuperación. Aunque sus condiciones han sido duras, el rescate de General Motors ha mostrado que el crédito público puede reavivar la producción a corto plazo. La conclusión, no obstante, no debería perpetuar un modelo económico obsoleto, sino por el contrario elaborar nuevos tipos de trabajo cooperativo y propiedad colectiva y diferentes productos o servicios.

Este voluminoso tratado sobre la deuda mala muestra la necesidad de nuevos trabajos sobre el crédito saludable. En una venerable tradición, Graeber denuncia el «juego» capitalista. Sin embargo, toda inversión en instalaciones futuras supone un elemento de incertidumbre y una demanda de recursos. Los gobiernos pueden hacer que el dinero necesario aparezca de la nada si esas inversiones se dirigen a afrontar genuinas y efectivas necesidades sociales. Los capitalistas a menudo no son demasiado buenos para detectar y patrocinar innovaciones sociales necesarias, especialmente aquellas que requieren una infraestructura a gran escala y complementaria. La empresa pública –desarrollada sobre un amplio y variado lienzo– es el decisivo ingrediente perdido en un mundo afligido por el endeudamiento, la debilidad de la demanda, la catástrofe climática, la pobreza, la infraestructura tambaleante y la austeridad contraproducente. Graeber contribuye a este debate exponiendo el malo y viejo mundo de la deuda y aclarando el camino para un nuevo horizonte más allá de la mercantilización, quizá iluminado por el crédito público.

Göran Therborn, *From Marxism to Post-Marxism?*,
Londres y Nueva York, Verso, 2011, 194 pp.

GREGOR MCLENNAN

UNA CARTOGRAFÍA DE LA TEORÍA RADICAL

En tres sucintas y solapadas exposiciones sobre el estado de la tradición marxista, Göran Therborn entrelaza un destacado número de indicadores teóricos y políticos. Su objetivo declarado y el tono predominante son humildes: en el primer capítulo, extraer de un conjunto de «modestas notas» un panorama del funcionamiento del espacio social global en el que operan actualmente las ideas de izquierda; en el segundo, resituar el marxismo frente a sus antecedentes y legados del siglo xx; y en el tercero, identificar sus perspectivas dentro de un amplio espectro de «pensamiento radical reciente». El resultado es una amplia y útil visión de conjunto, salpicada de sugestivas percepciones.

Aunque la mayor parte de *From Marxism to Post-Marxism?* se interesa por el destino de las ideas, Therborn empieza intentando «hacer un esquema del espacio social de la política de izquierda-derecha» desde la década de 1960 hasta la actualidad. Comienza con una valoración de las suertes de las tres principales fuerzas que modelan ese espacio: los Estados, los mercados y lo que denomina los «patrones sociales». En contra de la intuición, sostiene que las formas de Estado de más éxito durante las décadas recientes han sido los Estados del bienestar europeos y los modelos asiáticos impulsados por las exportaciones, incluso cuando los mercados han saltado a la palestra, con el capital privado impulsando la inversión de una tendencia a largo plazo hacia la socialización de las fuerzas productivas. En términos socioculturales, Therborn señala un marcado «declive de la deferencia» que suscita la posibilidad de novedosas formas individuales y colectivas de rebelión que, a su vez, plantean a la izquierda «nuevas cuestiones de prioridades,

alianzas y compromisos». Therborn proporciona a continuación un breve inventario de los éxitos y derrotas de la izquierda, desde la desacreditación del racismo y el auge del feminismo, por un lado, a la *rendez-vous manqué* entre los rebeldes de 1968 y los movimientos obreros y la implosión del comunismo, por el otro. Volviéndose hacia el contexto geopolítico, señala las tres principales novedades sistémicas del nuevo siglo: la ausencia de cualquier Estado equivalente a las grandes potencias capitalistas; las insinuaciones de un próximo final del dominio del Atlántico Norte, y la desterritorializada «guerra contra el terror» lanzada por Bush y Blair en 2001. Therborn continúa con breves bosquejos de las principales tendencias que funcionan en cada una de las zonas del mundo, y concluye su estudio inicial sugiriendo que la erosión de la deferencia, la persistencia de culturas críticas y la inclinación económica del mundo hacia Asia oriental pueden ofrecer espacio de maniobra para una izquierda que permanece a la defensiva. Al mismo tiempo, la menguante importancia de la clase exige «nuevas concepciones de la transformación social» y por ello una perspectiva «transocialista».

El segundo y tercer capítulo emprenden un ambicioso estudio y una valoración provisional del marxismo en el siglo XX y de la teoría social radical más generalmente desde 2000. El ámbito geográfico de Therborn es principalmente el Atlántico Norte, abarcando Europa occidental y Estados Unidos, pero con prolongaciones en Asia oriental, América Latina y África, y su objetivo procedimental es comprender históricamente sus objetos conceptuales, como elementos de los complejos culturales y políticos en los que se forman y reforman. Más específicamente, se propone relacionar la variable difusión y coloración del marxismo, en particular, con cuatro «rutas hacia la modernidad», de las cuales los lugares representativos son Europa, donde las luchas de clases internas fueron dominantes; las Américas, con su historia de colonización y emigración de masas; el África subsahariana, donde el colonialismo moderno alcanzó su cénit y Asia oriental, donde Japón encabezó el rumbo hacia la «modernización reactiva». La principal preocupación del segundo capítulo es el marxismo como teoría crítica, y su eje central es una vívida, en ocasiones, emotiva, reconstrucción de la así llamada Teoría Crítica, del carácter y destino del marxismo de la Escuela de Frankfurt. El hilo conductor del capítulo es un rechazo de la habitual oposición entre las tendencias «críticas» y «científicas» u «ortodoxas» del marxismo, en el que, Therborn insiste, la ciencia y la crítica estuvieron desde el principio indisolublemente unidas.

Más exactamente, Therborn sostiene que el marxismo ha sido una cierta «triangulación» cuyos tres polos son la ciencia social histórica, la filosofía crítica y la política socialista, que es el dominante del conjunto. Señala que abrumadores reveses de finales del siglo XX han roto ese triángulo y que resulta dudoso que pueda ser reparado, por lo menos en cualquiera de sus formas familiares. El capítulo tercero distingue cuatro grandes modos de pensamiento político en la izquierda en los últimos treinta años; el postsocialismo, la socialdemocracia no

marxista, el posmarxismo y el neomarxismo, y traza las principales tendencias que funcionan en ellos. Aquí, Therborn recoge siete «modos de respuesta» del pensamiento de la izquierda a la crisis del marxismo y a la aparición de nuevos instintos opositores: el «giro teológico» emprendido por Debray y Eagleton entre otros (encajando menos, Badiou está incluido aquí); un fuerte renacer del interés por la utopía y el futuro del capitalismo como sistema (Jameson, Wright, Harvey, Arrighi, Wallerstein); los nuevos «desplazamientos de la clase», en gran medida porque la propia categoría está considerada por muchos escritores meridionales como subterráneamente eurocéntrica (Balibar, Laclau y Mouffe); el abandono del Estado como la unidad teórica primordial del análisis político, desafiada por ideas de globalismo desde abajo, cosmopolitismo y democracia radical (Offe, Beck); las teorizaciones en constante desarrollo de feministas y de otras propensiones y relaciones psicosexuales (Butler, Oakley, Moi); la promesa de conceptos de red y modos de organización (Castells, Hardt y Negri); y los nuevos estilos de economía política que se aprovechan tanto de ideas premarxistas como posmarxistas (Altvater, Brenner, Glyn, Arrighi). Sobre estos puntos de partida temáticos, Therborn parece tener sus meditadas opiniones propias, pero elige receptivamente enumerarlos en vez de juzgarlos. Lo que colectivamente señalan –junto a los diversos espacios en el repertorio de posiciones que considera que responden a estos desafíos– no es solamente la llamativa creatividad del pensamiento de la izquierda, sino incluso un nuevo «impulso radical». Si semejante situación no debería desencadenar una sensación de expectativa revolucionaria al viejo estilo, ciertamente reivindica una «desafiante humildad».

Therborn manifiesta al principio que no ha renunciado a su compromiso con la izquierda radical, y en una presentación posterior de lo que considera como el actual «repertorio» de posiciones teóricas, expresa su aprecio por la opción señalada como más explícitamente marxista, la «izquierda resistente». Pero a pesar de estos gestos solidarios, el libro es de diversas maneras totalmente posmarxista. Esto queda indicado al comienzo en un brindis bastante desenfadado a Marx el pensador: exponente de la razón emancipadora, fundador del materialismo histórico, estimulante guía en las accidentadas carreteras de la modernidad, se espera que tome su lugar junto a Platón, Confucio y Maquiavelo; sujeto para siempre, como esas grandes figuras, a una continua degustación y un nuevo despliegue. El brindis es todo un honor, pero no es exactamente una manera marxista de establecer el valor de una obra. Y Therborn habla poco sobre el determinante compromiso de Marx con el comunismo revolucionario, el Marx político rápidamente descartado como «muerto hace mucho». En este boceto inicial, Therborn ya asume su principal afirmación general. El triángulo se ha roto, «con toda probabilidad, irremediablemente». El mismo lenguaje de transformación social marxista –ya sea en la tradición de la «Revolución de Octubre» o en nuevas alternativas de la izquierda a esa tradición, o los proyectos de «construir el socialismo» centrados en el Estado– están «agotados».

El genérico posmarxismo de Therborn no es, sin embargo, el posmarxismo que él denomina como otra variante del actual repertorio. La etiqueta consta de un surtido de autores, como Laclau y Bauman, que están mucho menos preocupados que Therborn por la «enfermedad» que aflige al pensamiento radical en la estela del posmodernismo y los «estudios socioculturales», y que realmente desconfiarían mucho de la nostalgia totalizadora de Therborn por los días en que Picasso y Einstein se identificaron, en cierto modo, con la concepción marxista del mundo. Además, al presentar su balance de pérdidas y ganancias, Therborn parece intentar exponerlo simplemente tal y como es, en vez de seguir la tortuosa directiva ex marxista de situar el origen de los «fracasos» prácticos de la izquierda en algún primigenio esencialismo que se encuentra en el corazón del modelo marxista. Así, si los movimientos específicamente de izquierda se han convertido en «partidos de testimonio en vez de partidos de esperanza», y si las ideas marxistas han sido «tragadas por el diluvio», eso se explica en gran parte por la fuerza del neoliberalismo militante a lo largo de un periodo de treinta años que representa la «nueva ofensiva del capital». Quizá, junto a otros izquierdistas impenitentes, Therborn está simplemente aceptando como hechos políticos el hundimiento del movimiento obrero, el naufragio de viejas fuerzas anticoloniales, la implosión del comunismo al estilo soviético y la perversión del discurso del moderno progresista en manos de los nuevos gestores. El desafío ante ello sería esperar estoicamente, con las herramientas y el compromiso marxistas intactos, a que los pozos de la motivación socialista se llenen de nuevo. En este sentido, finalmente Therborn puede no ser un «marxista resistente», ni siquiera un neomarxista, ejemplificado por gente como Žižek, Hardt y Negri. En vez de ello, mientras da la bienvenida al considerable empuje anticapitalista del Foro Social Mundial, a la energía política y cultural que viene de América Latina, y a las reivindicaciones religiosamente moduladas de justicia social, su sensación es que estos desarrollos son fundamentalmente posmarxistas en vez de proto-marxistas, y que necesitan una imagen intrínsecamente pluralista de la teoría social progresista como «una casa grande, con muchas entradas».

Dicho esto, una dirección marxista todavía se puede poner en uno de sus principales portales, con la condición de que el marxismo sea reconfigurado como *teoría crítica*. En un libro que trata solo ligeramente muchos de los importantes temas que plantea, esta proposición es el argumento más persistente de Therborn y ocupa su segundo capítulo. El título, «El marxismo del siglo xx y la dialéctica de la modernidad», es importante porque otra de las tendencias posmarxistas del autor es respaldar la generalizada costumbre de situar el pensamiento y la práctica marxista bajo la categoría maestra de la modernidad. Por ejemplo, denomina el marxismo –y al hacerlo lo amansa– como la «Leal Oposición a su Moderna Majestad», anulando así un requerimiento previo de los marxistas de corregir la sociología académica decodificando consistentemente

la modernidad como capitalismo. Aquí se puede recordar que una estimulante versión de esta última ecuación la proporcionaba Therborn en *Science, Class and Society* (1976). Sin embargo, aquí Therborn adelanta sin duda debates sobre la modernidad y la posmodernidad subdividiendo la categoría maestra en cuatro sendas sociohistóricas globales: la europea, la del Nuevo Mundo, la Colonial y la modernización reactiva impuesta desde arriba. Este paso, aunque ayuda a realizar su cartografía de las trayectorias de la izquierda, contribuye a rescatar el análisis sociológico de un eurocentrismo bastante flagrante, sin embargo también señala una adecuada advertencia contra el peligro de un moralismo relativista dentro de discursos antieurocéntricos de diferencia cultural. Pero del mismo modo, toda insistencia de memoria althusseriana sobre una marcada ruptura epistemológica entre el materialismo histórico y la sociología parece algo «cándida», para ampliar su comentario autocrítico sobre su rechazo juvenil de Habermas. En conjunto, el «marxismo sociológico» y aquellos que llevaron adelante ese proyecto –Burawoy, Wright– tienen que ser apoyados.

Pero aun así, la tradición de la Escuela de Frankfurt también dio prioridad a la categoría de modernidad, y si la agudeza de la teoría sociológica ha aumentado en los tiempos recientes, ha sido porque ha llegado a absorber como uno de sus obligatorios puntos de referencia a gente como Adorno. Aquí es donde Therborn daría un giro positivo a la etiqueta «posmarxista»: «pos» no como «anti» o completamente «más allá», sino más bien expresando «bajo continua revisión crítica». En consecuencia, hay dos caras de su lectura del marxismo como teoría crítica. La primera supone un fuerte debate con una línea de pensamiento derivada de Perry Anderson: donde éste último caracterizaba al «marxismo occidental» como forjado dentro de un contexto de derrota política, Therborn localiza sus orígenes en la respuesta occidental a la Revolución de Octubre. Resalta el evidente, aunque matizado compromiso de Lukács y otros marxistas filosóficos, de su propia generación y posteriores, con el hecho y la naturaleza de 1917; su sentido de la indispensabilidad de la economía política y de la valoración de la sólida investigación empírica, en tándem con difíciles ejercicios de conceptualización; y sus similitudes temperamentales con otros marxistas de su era, al margen de cómo estén geográficamente etiquetados. Si hay un verdadero momento decisivo de derrota histórica, dice Therborn, entonces llega más tarde, alrededor de 1990, y continúa enredando a todo el mundo en la izquierda.

La segunda dimensión del argumento elogia el desagrado de la Escuela de Frankfurt por el economicismo y el cientificismo –es decir, el polo del marxismo representado por la «dialéctica de clase positiva» de Kautsky– y alaba sus preocupaciones constitutivas y normativas considerando que una seria reflexión moral sobre la violencia, el terror y el placer todavía esquiva a la izquierda, con su gran coste. También se destaca el significado del elemento utópico y mesiánico en la teoría crítica clásica, posiblemente porque podría mejorar seculares interacciones socialistas con «comunidades

religiosas subalternas». Y todavía, la línea de la Escuela de Frankfurt es claramente la de la Ilustración (reflexiva), señalándola como más genuinamente basada en principios que la pragmática sociología crítica que la rodea.

El segundo conjunto de cuestiones es relativamente familiar para los estudiosos de la teoría social contemporánea, pero en Therborn tienen una fogosa y convincente expresión, especialmente cuando se combinan con los contrapuntos de la Nueva Izquierda del primer conjunto. Sin embargo, la causa del marxismo como teoría crítica no es plenamente convincente. El culturalismo de la teoría crítica podría decirse que es residual y excesivo; la utilización del término de modo omnicompreensivo, como una etiqueta disciplinaria también puede actuar en su contra. Therborn señala correctamente la «afinidad» general de Habermas con Marx, pero el solapamiento sustantivo y político se reconoce ligero, y seguramente desgastado, cuando lleguemos a Honneth. Therborn también tropieza con problemas, mientras tanto, al regresar al pensamiento de Adorno. Acepta que éste último es incluso menos parecido a Marx que Habermas, pero minimiza los aspectos genuinamente oscuros y en cierto sentido suprapolíticos del pensamiento de Adorno, los mismos que los teóricos «no representacionales» posmodernos legítimamente se apresuran en admirar. Además, cabe preguntarse sobre el valor duradero del eslogan de Horkheimer –citado por Therborn– de que la teoría crítica es «un único juicio existencial elaborado». Si nunca se debe renegar del viaje hacia la totalización, tampoco debería renegarse del deber de la discriminación analítica.

Marcuse no aparece demasiado en la reelaboración de Therborn de la teoría crítica, pero su ejemplo parece estar sólidamente presente: el infatigable respeto por las obvias verdades del marxismo junto al pensamiento heterodoxo sobre la novedad social y lo económicamente inaprensible. Por ello, el primer capítulo de Therborn supone un suplemento sociológico de corte marcusiano, dirigido tanto a incorporar como a sustituir la inversión en la clase obrera industrial como (principal) portadora de la emancipación. Para Therborn, este fluido estrato, más amplio, está denominado como «las fuerzas de la irreverencia», cuyas manifestaciones debería apoyar una izquierda renovada «en la posición contra la deferencia». Al mismo tiempo, hay una lucha para asegurar que las formas colectivistas, progresistas, de irreverencia prevalezcan sobre expresiones individualistas e incluso nihilistas; que bien pueden ser más fuertes de lo que Therborn admite, al igual que algunas formas de deferencia bien pueden ser moralmente importantes para cualquier comunidad viable. En cualquier caso, Therborn prevé una perspectiva «transocialista» en la que iniciativas conocidas y valiosas de la izquierda –marxismo, feminismo, ecologismo– pueden actualizarse y aprender de nuevas fuentes de comportamientos rebeldes, incluyendo varias formas de una política de la vida, la ciberpolítica y la devoción religiosa.

Una de las dificultades en todo el relato es que la relación entre el marxismo y «la izquierda» nunca se precisa con exactitud. Los lectores son inducidos a pensar que ahora una anterior identificación de ambos ha dado paso a una situación muy diferente en la que muchas ideas nuevas de la izquierda aparecen de una manera que hace que su dominación por el marxismo sea especialmente problemática. Desde luego, Therborn sabe muy bien que el marxismo siempre ha operado en una amplia corriente de movimientos y teorizaciones progresistas, muy a menudo encontrándose en minoría. Y también tiene claro que los deseos y teorizaciones anticapitalistas de la actualidad –incluso en el Sur global– frecuentemente incluyen tesis marxistas fundamentales. Por ello no hay una simple curva sobre una cronología fija que empieza arriba a la izquierda y se hunde en el fondo a la derecha. Pero aun así, da la impresión de que los déficits de la izquierda, a los que se considera marcados por fenómenos generales como la crisis del Estado del bienestar keynesiano y la caída de los regímenes anticoloniales socialistas, de alguna manera se deben o están estrechamente asociados con el fracaso intelectual del marxismo para estar a la altura de los tiempos. La cuestión no es que esto sea completamente erróneo, sino que solo es parcialmente cierto. En consecuencia, incluso si estamos de acuerdo con Therborn en que el triángulo está roto, y que la política de clase es la principal dimensión necesitada de un vigorosa revisión o abandono, el continuo poder del marxismo simplemente como ciencia histórica y filosofía materialista no debería ser malvendido, especialmente como antídoto a los excéntricos vuelos (por otro lado, excitantes) del pensamiento posmarxista.

Therborn parece reconocer esto cuando concluye su defensa de la teoría crítica diciendo que «el camino por delante más evidente para la teorización social inspirada por Marx será mirar a lo que está pasando actualmente a la venerable pareja de las fuerzas y relaciones de producción a escala global y a sus conflictivos efectos sobre las relaciones sociales». Esto es de algún modo incongruente, porque es justamente la clase de tarea «estructural» e incluso «economicista» que muchos de los representantes de la teoría crítica evitarían o desaprobaban a favor de algo más evidentemente cultural y descriptivo (e igualmente necesario, podemos añadir). Si la búsqueda humana de «nuevas modernidades» progresistas sin duda va más allá de la tradicional política marxista, y si lo que es novedad en la realidad sociológica y en la vida de la conciencia no es percibido fácilmente dentro de las categorías más abstractas del materialismo histórico, eso no significa que la tradición marxista sea prescindible ni para el entendimiento ni para la acción. Decir eso es solo ofrecer otra versión de lo que el propio Therborn sostiene en este importante estímulo para nuevas clarificaciones y debates. Pero con ese fin, él y otros autores deberían ser presionados para que realizaran análisis más detallados de las opciones de posmarxistas, neomarxistas y de marxismo resistente, y para una resolución más firme al valorar los nuevos temas que presenta. No pueden ser igualmente buenas ideas, para la izquierda o para nadie.